

HARLEQUIN®
BIANCA®

385 ptas. / 2,31 € - Argentina: $2,70 - México: $12.00

Dulce corazón

Stella Bagwell

Stella Bagwell

Dulce corazón

Stella Bagwell
Dulce corazón (2001)
Título Original: Falling for Grace (2000)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Bianca 1196
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jack Barrett y Grace Sullivan

INDICE

Argumento:

Nada más ver a su vecina, Jack Barrett se sintió intrigado. Grace Holliday tenía una dulzura que el cínico abogado no había visto en mucho tiempo. Sin embargo, sabía que era demasiado joven para él. Y encima estaba embarazada…

Pero Jack se sintió atraído hacia ella con la fuerza de un imán. En poco tiempo, se vio totalmente involucrado en la vida de Grace. Pronto comprendió que con ella tendría que ser todo o nada, y él ya había recorrido ese camino en el pasado. No entraba en sus planes comprometerse… con nadie. Ni siquiera aunque Grace llevara en su seno al hijo de su sobrino…

Capítulo 1

¡Había vuelto! ¡El cielo había escuchado sus plegarias!

A pesar de lo tarde que era, Grace Holliday se apartó de la ventana del salón y fue en busca de las sandalias. Como no las veía, decidió rápidamente que no le hacían falta; salió volando por la puerta y cruzó el césped hacia el bungaló de al lado. Parte de la casa estaba oculta entre pinos y magnolios, pero no había soñado que había visto luz en la cocina. En ese momento la veía ya perfectamente.

Los haces de luz que se filtraban por entre las ramas de los pinos eran como un faro de esperanza para su abrumado corazón, y a pesar de su abultado abdomen se sintió ligera como un pájaro mientras salvaba las escaleras de madera y cruzaba el porche.

La sólida puerta de madera estaba abierta y la suave brisa del océano se colaba por la puerta mosquitera, a través de la cual se veía el pequeño salón a oscuras. No se oía ni un solo ruido en la casa y Grace se preguntó si se habría quedado dormido.

—¡Trent! Trent, soy yo Grace. ¿Estás ahí? —gritó tras llamar con los nudillos en el marco de la puerta.

Grace esperó con impaciencia en la noche calurosa.

—¡Trent! ¡Contesta!

Pasó otro minuto y nadie salió, así que Grace decidió entrar en la casa y hacerle saber que estaba allí. Seguramente no la habría oído llamar. No era posible que la ignorara abiertamente. Después de todo, había vuelto a Biloxi. Eso tendría que significar algo.

Se dirigió hacia la cocina por un corto pasillo. De repente oyó un ruido detrás de ella y seguidamente una voz de hombre resonó a sus espaldas.

—¿Quién demonios es usted?

Con el corazón en la boca, se dio la vuelta y retrocedió involuntariamente al ver una corpulenta y oscura figura delante de ella.

—Yo… Soy Grace Holliday. ¿Quién es usted?

—Está claro que no soy la persona a la que anda buscando —dijo con sarcasmo y un trasfondo de advertencia.

Sin pensarlo retrocedió un poco más hasta entrar en la iluminada cocina.

—Yo pensé que… Estaba buscando a Trent —le dijo algo nerviosa.

—Lo sé. Ya la he oído.

Grace lo miró con incredulidad. ¿Si la había oído, por qué no había acudido a la puerta?

—¿Está Trent aquí? —le preguntó, ligeramente molesta.

El hombre se acercó a ella y al verlo Grace se sorprendió.

—¿Por qué lo quiere saber?

—Yo pensé que… Él…

Su vacilante discurso se interrumpió totalmente mientras intentaba asimilar el físico de aquel hombre. Aparte de ser alto, era esbelto y de aspecto enérgico; tenía los ojos grises, la mandíbula cuadrada y los labios perfectamente dibujados. El cabello era castaño dorado y ligeramente ondulado. Grace se dio cuenta de que tenía delante a un hombre de lo más sensual y atractivo.

—¿Pensó que él, el qué, señorita Holliday?

Grace se pasó la lengua por los labios nerviosamente y apartó la mirada de él.

—Nada. Vi la luz desde la casa de al lado y pensé que sería él. Siento haberme equivocado.

La joven qué tenía delante tenía una mata de pelo negro rizado y alborotado recogida sobre la cabeza. Llevaba pantalones cortos blancos y una camiseta roja suelta. Tenía los pies descalzos y unas piernas largas, firmes y bien torneadas. Pero no fueron sus piernas lo que más le llamaron la atención, sino la redondez de su vientre. La mujer estaba embarazada. ¡Muy embarazada!

El descubrimiento lo distrajo momentáneamente y le hizo perder el hilo de sus pensamientos que, para un hombre de su profesión, eran ciertamente impropios.

—Me llamo Jack Barrett —dijo por fin.

Grace le tendió la mano y Jack sintió deseos de estrechársela en lugar de rechazar a esa preciosa intrusa. Y él no era así; normalmente a Jack le importaba un pito a quien tuviera que desairar; incluidas las mujeres bellas.

—Esto… ¿Ha comprado esta casa, o algo así? —preguntó, ligeramente confusa.

Mientras le daba la mano, decidió que no tendría más de veintidós o veintitrés años. Jack se estrujó el cerebro intentando recordar si Trent había mencionado alguna vez a alguna muchacha llamada Grace, pero era como encontrar una aguja en un pajar. En una semana de trabajo oía más nombres que cualquier otra persona en un año entero. Y además no solía ver a su sobrino muy a menudo. Desde que el hijo de su hermana se había hecho un hombre, Jack apenas veía al joven.

—Algo así —dijo al tiempo que decidía mostrarse cauto con Grace

Holliday.

Si había mantenido alguna relación con Trent, no tenía ni idea de lo que podría querer. Pero con la familia Barrett normalmente se reducía a una cosa: dinero.

—¿Dígame, señorita Holliday, suele entrar en las casas ajenas a estas horas de la noche como lo ha hecho hace un rato?

Grace se sonrojó y Jack notó que no iba maquillada. Tenía las cejas negras y finas, y las pestañas largas y espesas; unos ojos verde pálido y una tez bronceada y sonrosada. Decidió que era como la imagen de una diosa tahitiana; una mujer naturalmente bella, de una sensualidad primitiva. Era de las que haría perder la cabeza a cualquier hombre.

—No —contestó Grace—. Pero la puerta estaba abierta y pensé que…

—Y pensó que Trent estaría aquí —dijo, sonriendo despectivamente.

Grace asintió y él leyó la decepción escrita en su bello rostro. ¿Qué querría decir?, pensó Jack.

—¿Vive usted aquí en Biloxi? —le preguntó él.

—En la casa de al lado. Así fue cómo conocí a Trent. Estuvo viviendo aquí hace unos meses.

Jack se estrujó de nuevo el cerebro. Trent había tenido las vacaciones de mitad de trimestre en la facultad en diciembre. Intentó recordar si le había pedido permiso para utilizar la casa de la playa. Claro que de haberlo hecho sin su consentimiento a Jack no le habría importado. Jack no había ido a conocer el sitio hasta ese mismo día.

Dos años atrás había comprado la propiedad por capricho. Un empleado de la firma había necesitado dinero rápido y Jack le había extendido un cheque sin pensar demasiado lo que haría con una casa en Mississippi.

Irene, su secretaria, le había dicho que había tardado demasiado tiempo en interesarse por la casa. Él había pensado en contestarle que ya nada podía despertar su curiosidad, que había hecho de todo y que lo había visto todo. Pero menos mal que no se lo había dicho, porque Grace Holliday habría conseguido dejarle por mentiroso. En tan solo unos minutos, Grace había conseguido más que despertar su interés.

—¿Esto… ? ¿Cuánto tiempo hace que no ve a Trent?

Arrugó el entrecejo mientras consideraba si decirle o no algo a aquel hombre.

—Mire… Yo no lo conozco. Tal vez debería pedirle disculpas por la intrusión y salir de aquí.

El hombre se cruzó de brazos y la miró con sospecha.

—Ya se ha disculpado antes. Si no estuviera embarazada pensaría

que ha entrado aquí a robar.

Grace abrió mucho los ojos; se sentía perpleja e insultada.

—Estoy segura de que por estar yo embarazada se le están ocurriendo todo tipo de cosas, de todos modos.

Era cierto. Pero no el tipo de cosas que ella creía. Y de pronto Jack decidió que de momento no le diría que era el tío de Trent. Si esperaba averiguar quién era ella y si el bebé tenía algo que ver con su sobrino, iba a tener que ser muy discreto en cuanto a sí mismo.

Le miró la mano y vio que no llevaba ni anillo de compromiso, ni alianza, y no le había corregido cuando él le había dicho señorita.

—¿No está casada con ese tal Trent?

Ella sacudió la cabeza y arrugó el entrecejo con confusión.

—¿Y por qué iba a querer saberlo usted?

Él se encogió de hombros.

—En realidad, por ninguna razón. Pero el modo en que gritaba su nombre… Parecía desesperada por verlo.

Grace había estado desesperada por ver a Trent. Hacía cinco meses que la había dejado plantada y embarazada. Y durante ese tiempo casi había llegado a aceptar el hecho de que no quería pasar el resto de su vida junto a ella. Pero Grace esperaba y rezaba para que volviera, al menos por el bien del bebé.

—Sí —reconoció en tono bajo.

Al ver que no seguía hablando, Jack le preguntó:

—¿Está pensando en… casarse con ese tipo?

Una triste sonrisa se dibujó en sus sensuales labios rosados. El gesto turbó a Jack más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—No.

—¿Es acaso… el padre de su bebé? —le preguntó mientras arqueaba las cejas ligeramente.

Su rostro se ensombreció y su expresión se tornó hermética.

—Lo siento —repitió—. Ahora tengo que volver a casa. Adiós, señor Barrett.

Por un instante, al pasar junto a él, pensó en agarrarla del brazo y detenerla. Pero no lo hizo. Estaba claro que no quería hablar con él. Y si él la presionaba se podía delatar.

Al oír la puerta mosquitera cerrarse suavemente, Jack fue hacia la parte delantera de la casa y se asomó por una ventana del salón. Grace Holliday iba cruzando el césped despacio, con la cabeza gacha, claramente temerosa de volver a casa y contarles a sus padres que no era Trent el que estaba en la casa de al lado, sino un hombre algo mayor, más sabio y más duro.

Dudaba mucho que Trent fuera el padre del hijo de esa chica. De

haberse quedado en el bungaló a primeros de ese año, sin duda lo habría hecho acompañado. Jack sabía muy bien que Trent siempre tenía a multitud de amigos a su alrededor. Quizá se hubiera liado con uno de los amigos de Trent y estuviera buscándolo para que la ayudara.

Pero de uno u otro modo Jack tenía la intención de enterarse. Al menos por el bien de su hermana. Jillian tenía diez años más que Jack y se había divorciado casi tantas veces como años tenía Trent. El padre del chico se había largado poco después de nacer Trent, y Jillian lo había tenido que criar sola. Lo que menos falta le hacía a su madre era que una jovencita ávida de dinero le pusiera un pleito a su hijo.

Cuando Grace se tumbó en su cama con dosel, estaba temblando de pies a cabeza. Se agarró las manos y cerró los ojos para desterrar de su pensamiento la imagen de Jack Barrett. No sabía quién era ni por qué estaba en casa de Trent. Pero una cosa le había quedado clara: su visita no le había hecho mucha gracia.

Tenía ganas de llorar, pero se contuvo con rabia. Era ya demasiado tarde para derramar lágrimas o para entristecerse. Por el contrario, cuando había visto luz en la casa, había sentido una enorme alegría en el corazón. Había estado segura de que Trent había vuelto. Aunque no por ella. Sabía desde que le había contado lo del bebé hacía ya meses que ellos dos no tenían esperanzas. La noticia le había llevado a reconocer que jamás la había amado, y que no tenía intención de mantener una relación con ella. Simplemente había ido a Biloxi a divertirse un poco y a relajarse después de los exámenes que había hecho en la Universidad de Tejas de Austin.

Tras el dolor inicial al descubrir que la había utilizado, Grace había aceptado el hecho de que había sido una ilusa. Y, lentamente, los sentimientos que tenía hacia Trent se habían ido apagando. Pero desde entonces no había hecho más que esperar y rezar para que volviera por el bien del bebé. Deseaba que su hijo tuviera un padre, y saber que tenía el cariño de ambos padres. Y esa noche, mientras corría hacia el bungaló, había creído que sus sueños de esperanza se habían vuelto realidad.

Pero en lugar de encontrar a Trent se había encontrado con un hombre muy distinto a ningún otro. Todo él respiraba una sensualidad tremenda, y con solo mirarlo Grace se había estremecido como no lo había hecho jamás.

Ni siquiera se había preguntado si tendría familia o el tiempo que pensaba quedarse. Solo había sentido la urgente necesidad de apartarse de aquellos penetrantes ojos grises. Incluso en ese momento, en la paz de su dormitorio, sentía la mirada de Jack Barrett sobre su

rostro y su cuerpo.

Por la expresión inquietante de Jack, Grace adivinó que tenía ganas o de estrangularla o de besarla.

Mientras pensaba en ello, apagó la lámpara y se desvistió despacio. Debía olvidar a ese hombre. Al día siguiente le esperaba otra larga y agotadora jornada. Tenía que estar descansada y lista.

A la mañana siguiente, Irene, la secretaria de Jack, contestó su llamada.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le ladró Jack—. ¿Comiendo caramelos?

—No, intentando seducir a uno de tus clientes. Pero se largó de aquí después del tercer timbrazo. Siempre llamas en el peor momento, Jack. ¿Además, para qué llamas al despacho? ¿No recuerdas lo que te dijo el médico? Tienes que estar lejos de aquí una temporada.

Jack suspiró largamente y ladeó la cabeza para poder ver bien la casa de al lado. Muy temprano, esa misma mañana, antes de prepararse el desayuno, había visto a Grace cargar un montón de libros y una bolsa de paja en el coche que había aparcado en su plaza de garaje. Recordó cómo el viento le agitaba el cabello suelto y el vestido floreado mientras se montaba en su pequeño vehículo. Momentos después se había puesto en marcha en dirección a Gulfport, y hasta entonces no había regresado. Tampoco había visto a nadie en la vieja casona.

—No estoy llamando al despacho, Irene; solamente quiero hablar contigo.

—Pues no sé por qué. Dijiste que no te importaba si volvías o no a ver este lugar —le recordó Irene—. Dijiste que no querías volver a oír el timbre del teléfono, la alarma de un despertador, la radio o la televisión. Y sobre todo que no querías volver a escuchar las resoluciones de un juez, el testimonio de un testigo o a un cliente quejándose para obtener un pago más elevado.

—Eso es cierto —dijo en tono seco—. Y sigo pensando lo mismo.

Dejó la taza de café vacía sobre una mesa baja que había delante del sofá, mientras Irene soltaba una especie de carcajada.

—¿Entonces abandonas Barrett, Winslow y Layton?

¿Era cierto?, se dijo para sus adentros. A sus ojos, abandonar era sinónimo de perder. Y Jack jamás había perdido ningún caso; en realidad no sabía cómo se perdía. Pero el trabajo tenía cada vez menos sentido. Y era tan estresante que dos días atrás había acabado en la consulta de su médico con un ardor de estómago insoportable y con la tensión lo suficientemente alta como para enviarlo al otro barrio.

Durante treinta minutos había escuchado el sermón del médico que lo había reprendido por enfrascarse demasiado en su trabajo y no tomarse tiempo libre para realizar otras actividades fuera del despacho. Maldita sea, Jack no tenía otra vida que la oficina y eso era lo que le había dicho al médico.

—Entonces será mejor que cambie de vida antes de que un día lo encuentren muerto —le había dicho el doctor.

—No me has contestado, Jack. ¿Vas a abandonar el bufete? —Irene repitió.

—Eso enorgullecería enormemente a mi padre —comentó con sorna.

—John Barrett está muerto, Jack —le dijo de sopetón—. No hay razón por la que tengas que seguir complaciéndolo.

John Barrett. Durante años el sonido de ese nombre había sido suficiente para que todo el despacho se echara a temblar. Ninguna empresa, fuera grande o pequeña, quería enfrentarse al formidable abogado en un juicio.

Desde pequeño a Jack le habían preparado para seguir los pasos de su padre. Su tatarabuelo había fundado Barrett, Winslow y Leyton. Era deber de Jack que la empresa continuara; era lo único que habría sido aceptable a los ojos de su padre.

—No te he llamado para discutir contigo, Irene. Necesito una información y me preguntaba si habías visto o hablado con Jillian últimamente.

Tras una pausa Irene le dijo:

—No recuerdo exactamente cuándo hablé con tu hermana por última vez. Creo que hace un par de semanas. Se pasó por el despacho para verte, pero ese día estabas en un juicio.

—¿Sobre qué me quería ver?

—Bueno… No recuerdo que fuera por nada en especial. Creo que había salido de compras y simplemente decidió pasarse a verte. ¿Por qué?

—¿Dijo algo de Trent?

—Bueno, fui yo la que le pregunté por él —explicó Irene—. Me dijo que le iba bien; sobre todo desde que ha empezado en su nuevo empleo.

—¿Dijo algo de una novia?

Irene se echó a reír.

—Bueno, Trent ha tenido unas cuantas novias. Más o menos como su tío, ya sabes.

Jack ignoró el insidioso comentario de Irene.

—Me estoy refiriendo a alguna en especial.

—Trent piensa que cada una de ellas es especial. Hasta que se cansa de ellas, claro.

—No te he pedido tu opinión sobre el comportamiento de mi sobrino, Irene. Solo los datos.

Pero su modo de hablar brusco y directo no molestó a Irene. Llevaba quince años siendo su secretaria y estaba acostumbrada a su forma de ser.

—Lo siento. Con tantos caramelos se me ha ido la cabeza —contestó—. Pero ahora que lo dices sí recuerdo que Jillian mencionó el nombre de una chica a la que veía desde hacía un tiempo. Creo que se llamaba algo así como Tessa o Tricia.

Nada de Grace. Jack no sabría decir cómo le sentaba lo que le había dicho Irene.

—¿Estás segura?

—No al cien por cien. Pero recuerdo que el nombre empezaba por «te». ¿Te sirve eso de algo?

—Un poco.

—¿Bueno, me vas a contar entonces de qué va todo esto?

—No.

—Vaya, qué hay de nuevo —dijo, fingiendo estar molesta—. Simplemente soy la vieja y fiel secretaria que trabaja sesenta horas a la semana para ti. No merezco una explicación.

—Irene —dijo con impaciencia—. Si pensara que podría valérmelas sin ti, te despediría.

—Pero no puedes —dijo, sonriendo—. Así que no me vas a despedir. Además, soy tu única amiga.

Irene estaba tan cerca de la verdad que Jack hizo una mueca. El hecho de que su secretaria de cincuenta y cinco años fuera su mejor amiga decía mucho de su vida.

—No puedo decirte nada —dijo enfadado.

—Bueno, francamente, no lo entiendo, Jack. Pensé que habías ido a Biloxi a descansar, no a investigar a tu sobrino.

—No estoy investigando, Irene —le dijo cansinamente.

Tras una pausa, Irene le preguntó:

—¿Entonces, cuánto tiempo tienes pensado quedarte ahí?

—No lo sé. Depende.

—¿De qué?

De su preciosa vecina embarazada.

—Del humor que tenga, Irene —dijo en voz alta.

—Vaya. Bueno, espero que estés de mejor humor la próxima vez que me llames.

—Yo también —gruñó y seguidamente colgó antes de que Irene

pudiera añadir nada más.

Se levantó del sofá, salió al porche y se quedó contemplando el Golfo de México. Soplaba un fresco viento del sur que levantaba las blancas crestas de las olas y las empujaba hacia la playa. La extensión de arena vacía estaba a menos de doscientos metros y corría paralela a la parte delantera de la casa.

No recordaba la última vez que había estado en Biloxi; quizá hiciera ya siete años. Había sido por algún caso en el que un casino había denunciado a algún contratista por algo que no recordaba.

Desde entonces, varios casinos más habían proliferado junto a las playas de la ciudad costera. Pero, sorprendentemente, el tráfico y el ruido no llegaban hasta allí; estaba a tres millas de la ciudad y de algún modo había conseguido seguir siendo un lugar tranquilo. Aparte de la casa de al lado, no había otras residencias en los alrededores.

Jack no se imaginaba a Trent en un lugar tan tranquilo y solitario. Se figuró que una de las lujosas salas de un casino habría sido más de su agrado. Pero entonces, tenía que reconocer que Grace Holliday sería en sí una atracción para cualquier hombre. Quizá su sobrino se había entretenido entre ella y las mesas de juego.

¿Maldita sea, por qué estaba suponiendo ya que Grace Holliday llñevaba en su seno al hijo de Trent? A lo mejor eso estaba muy lejos de ser verdad.

Para ser totalmente sincero consigo mismo, Jack debía admitir que el hecho de que Grace Holliday estuviera embarazada, fuera quien fuera el padre, lo molestaba. Aunque no entendía por qué. En los tiempos que corrían las madres solteras eran más la regla que la excepción. Además, ella era una extraña para él. Lo que hiciera con su vida no era asunto suyo.

Sin embargo la noche anterior, cuando le había tendido la mano, había sentido algo distinto. Había sentido como si Grace Holliday fuera una auténtica señorita sureña, con orgullo, moral y valores familiares. No le había parecido la típica chica que se acostara con un hombre para luego sacarle dinero.

Maldita sea, había pasado demasiado tiempo en los tribunales. No era capaz de reconocer a una cazafortunas cuando la tenía delante.

Horas más tarde, los ruidosos graznidos de los pájaros lo despertaron de su sueño. ¿Malditos bichos, por qué no volvían a la playa, donde debían estar?

Abrió los ojos al oír otro ruido. ¿Dónde demonios estaba? Por la ventana vio las ramas de los pinos meneándose al compás de la suave brisa.

Se pasó la mano por los cabellos y se incorporó. Paseó la mirada

por el pequeño patio trasero y de repente todo volvió a él con claridad. La sombría orden del médico, y después el largo trayecto desde Houston hasta Biloxi el día anterior.

Recordó también el cansancio que había sentido por la noche, antes de que Grace Holliday apareciera en el bungaló.

El recuerdo de su bonita vecina le llevó a mirar inmediatamente hacia la casa de al lado. Quizá ya estuviera en casa. No se había fijado; había pasado casi toda la tarde trabajando en el expediente de un juicio muy importante. Después había salido al patio para descansar un rato, y lo último que recordaba era que se había sentado en la tumbona y se había puesto a escuchar el adormecedor e incesante arrullo del océano, mientras aspiraba el suave aroma de los pinos y del salitre.

Debía de haber estado más cansado de lo que había pensado para quedarse dormido. Jack hizo una mueca de pesar. Esa era otra señal de que se estaba haciendo mayor y de que cada día estaba más acabado.

Se levantó de la tumbona. De pronto, cuando se disponía a entrar en la casa le llegó la voz de Grace.

—Joshua, no dejes que se te caiga el instrumento. ¿Qué llevo diciéndote desde hace tres semanas? Debes mantenerlo erguido todo el tiempo. Venga, agárralo bien y empieza de nuevo. Y esta vez no me decepciones.

Jack abrió los ojos como platos. Esa mujer no estaba en condiciones de mantener relaciones sexuales, ¿no?

A menos de cinco metros una valla y unas azaleas separaba los dos patios traseros.

Sin saber qué esperar, se acercó a la valla y se asomó por entre los arbustos. A unos dos metros, en un patio de ladrillos, estaba Grace de espaldas a él. Llevaba puesta la camisa amarilla y la falda larga con las que la había visto esa mañana y el mismo recogido del día anterior.

De pronto, el chirrido que lo había despertado momentos antes empezó de nuevo. Grace se apartó un poco y Jack pudo ver al culpable. Tendría alrededor de ocho años. El rizado flequillo le cubría en parte los ojos y tenía la lengua un poco sacada, totalmente concentrando en el pequeño violín que aprisionaba bajo la barbilla.

¡Un estudiante de música! Que Dios lo ayudara, había ido allí para disfrutar de la paz y la tranquilidad. ¡Ese era el sonido más molesto que había oído en su vida! Y Grace Holliday no podía ser profesora de música. Era demasiado joven. ¡Y encima estaba embarazada! Las mujeres como ella no solían hacer ese tipo de cosas, se dijo para sus adentros.

—Mucho mejor, Joshua —le dijo—. Pero sigues dejando el arco flojo. Recuerda que debes mantenerlo al mismo nivel que el puente.

—Sí, lo recuerdo, señorita Holliday. Pero cuando pienso en las notas que tengo que poner con los dedos, me olvido del arco —se quejó el niño.

Jack vio cómo Grace le daba al niño una palmada en el hombro para animarlo.

—Lo sé, Joshua. Pero pronto podrás hacerlo todo a la vez y dentro de poco estarás tocando a Strauss. Te lo prometo.

¡Strauss! ¡Pero si el chico ni siquiera se sabía las notas! Esa mujer estaba loca.

Jack no se quedó por allí a seguir escuchando el chirriante sonido del arco sobre las cuerdas. Se metió en la casa, contento de tener el aire acondicionado en marcha y las ventanas cerradas. De todos modos, ya era casi la hora de cenar. Se prepararía algo de comer y quizá más tarde, cuando Joshua se hubiera marchado, intentaría encontrar el modo de hablar de nuevo con Grace.

Y en esa ocasión tenía la intención de averiguar las respuestas a algunas de sus preguntas.

Capítulo 2

Dos horas más tarde los chirridos continuaban. En ese momento el infractor era un pelirrojo llamado Albert. Había llegado después de un niño rubio que no podía tener más de seis años y que le había destrozado los tímpanos mientras Jack intentaba asar las chuletas en la barbacoa.

Jack ya había dejado de pensar en alguna excusa para volver a hablar con Grace. Varias horas de ruido insoportable le habían dado razones de sobra para enfrentarse a ella.

Grace no supo que había alguien allí con ella hasta que no sintió que le tocaban en el hombro. Se volvió y puso cara de sorpresa al ver a aquel hombre alto y corpulento delante de ella.

—¿Pero… qué está haciendo aquí? —le preguntó sin más.

Jack se hizo la misma pregunta. Él era un extraño allí, un intruso. Alguien que solo pasaría una corta temporada, mientras que ese era el hogar de Grace. No tenía derecho a quejarse o cuestionarla.

A no ser que estuviera planeando algo perjudicial para su sobrino, y no había manera de averiguarlo si no intentaba conocerla. Pero eso no significaba que tuviera que ser agradable.

—¿Qué cree que estoy haciendo?

—Pues no sabría decirle —dijo en tono seco.

—¿Se da cuenta del ruido que están haciendo? —le dijo mirando a Albert, que seguía luchando con las notas.

A ese hombre le hacía falta una buena patada en la espinilla, pero con Albert delante Grace hizo lo posible para contener sus impulsos.

—¿Le importaría ponerse ahí? —le señaló un conjunto de muebles de jardín—. No quiero que mi alumno se distraiga.

Antes de que pudiera contestarle, Grace se volvió y lo dejó allí plantado.

—Mire, señorita Holliday —le dijo después de seguirla hasta una zona apartada donde había varias sillas y una mesa bajo la sombra de un enorme roble de Virginia—. No he venido aquí para sentarme a charlar con usted. Lo único que quiero es que usted…

Jack se calló al toparse su mirada con la turgente redondez de sus pechos y con la enorme protuberancia de su vientre. No había estado cerca de muchas embarazadas en su vida, y normalmente no las solía encontrar atractivas, pero esa mujer tenía algo que le resultaba nuevo.

—¿Que yo qué, señor Barrett?

Jack se calló lo que verdaderamente le hubiera gustado decir.

—Ayer por la noche no le dije que voy a estar aquí durante unos días.

Grace pensó que en realidad la noche anterior no le había contado nada. Claro que, ella tampoco se había quedado a preguntárselo. Aquel hombre le había resultado de lo más turbador, y en ese momento sentía exactamente lo mismo… En realidad, con más intensidad.

No podría decir cuántos años tenía con exactitud, pero calculó que alrededor de treinta y ocho o cuarenta; esa edad en la que un hombre no podía estar más guapo. Y aquel hombre estaba desde luego en su mejor edad.

Poseía el cuerpo esbelto y musculoso de un atleta. Sus fuertes facciones combinadas con su melena leonina y aquel par de ojazos grises lo convertían en uno de los hombres más atractivos que Grace había visto en su vida.

—¿De verdad? ¿Así que le ha comprado la casa a Trent?

Jack pensó que quizá aquel a mujer estuviera intentando sonsacarle algo.

—La casa me pertenece ahora —le dijo evasivamente.

De nuevo vio una sombra de decepción nublándole el verde claro de sus ojos.

—Entiendo —dijo en voz baja—. Así que eso significa…

—¿Significa el qué? —le dijo en tono apremiante.

Ella sacudió la cabeza.

—Nada —añadió con una sonrisa forzada.

Por primera vez en su vida Jack no sabía qué decir, y se congratuló de que sus socios no estuvieran allí para verlo. Se había enfrentado a cientos de testigos hostiles, discutido con algunos de los jueces más duros del país, pero jamás había perdido la habilidad para dirigir una conversación hacia donde él quisiera.

Pero con esa mujer, las palabras le fallaban. Solo era capaz de mirarla y pensar. Y de paso de sentir cosas que no debía. ¿Qué le ocurría?

—Mire, señorita Holliday, vine a Biloxi a descansar; lo que desde luego no esperaba era encontrarme con esto —volvió la cabeza hacia Albert, que seguía practicando.

Su cortante afirmación pareció sorprenderla y por un instante Jack creyó ver una sombra de dolor cruzar su rostro, como si lamentara su ademán desagradable.

Pero qué tontería. Si ni siquiera lo conocía. No podía importarle que fuera amable o grosero con ella.

—Supongo que Trent le habló de mí.

Jack entrecerró los ojos.

—¿Qué me iba a decir de usted? —le preguntó con cuidado.

Ella arrugó el entrecejo como si pensara que su pregunta no tenía sentido.

—Pues que soy profesora de música, por supuesto. Y que quizá oyera algo de música desde su casa de vez en cuando.

Le dieron ganas de decirle que aquellos chirridos no tenían nada que ver con la música. Pero lo cierto era que había estado pensado que le saldría con algo mucho más personal sobre Trent. El hecho de no hacerlo lo decepcionó enormemente.

Estaba deseando llegar a la verdad, para así poder alejarse de esa mujer. Lo turbaba de un modo que no lograba entender.

—En realidad no me dijo nada. Yo… compré la propiedad a través de una agencia —mintió—. Ayer puse el pie en la finca por primera vez.

Su expresión le dijo que solo un imbécil compraría una propiedad sin verla. Pero claro, ella no sabía que él tuviera dinero de sobra. La cantidad que había pagado por aquel a casita junto al mar había sido insignificante para él.

—¿Por qué?

—¿A qué se refiere?

—¿Por qué compró la casa sin verla antes?

Impaciente a causa de su pregunta y sobre todo consigo mismo por encontrarla tan intrigante, le preguntó con brusquedad:

—¿Cree de verdad que eso es de su incumbencia?

Se sentó en el borde de una silla y cruzó las piernas. Jack inmediatamente le miró las uñas de los pies, pintadas de un rojo brillante. No tenía ni idea de cómo demonios se las arreglaría para pintárselas. Claro que quizá tuviera a un hombre que se lo hiciera… Caramba, solo de pensarlo sintió una desazón por dentro.

—No. La verdad es que no me importa, señor Barrett. Al igual que mis alumnos de música no son asunto suyo.

—Lo siento, pero ahí es donde se equivoca —dijo mientras se cruzaba de brazos lentamente—. Y en cuanto a llamar a eso «música»… Creo que debería ir al especialista del oído.

Ella esbozó una sonrisa demasiado dulce.

—Si le molesta la música, quizá debería meterse dentro.

—¿Y por qué no se mete usted? —le sugirió él.

Se puso derecha y lo miró a los ojos. Grace decidió que aquel hombre era demasiado arrogante.

—En primer lugar, mi aparato de aire acondicionado no funciona y

dentro hace demasiado calor. En segundo lugar, quiero que los niños se acostumbren a tocar fuera, ya que van a dar un concierto al aire libre este otoño en uno de los colegios de la zona.

Jack resopló en tono burlón.

—¡Concierto! ¡Durante las pasadas dos horas no ha salido ni una sola nota de los violines de esos chicos!

Grace se levantó con cara de pocos amigos.

—¿Quiere hacer el favor de bajar el tono? No quiero que Albert le oiga.

—Pues bien, yo llevo oyéndole desde hace ya media hora. ¿Cuánto tiempo más va a durar esto?

Grace aspiró profundamente y soltó el aire despacio mientras intentaba calmarse. Sabía que cualquiera que no estuviera acostumbrado a estar cerca de un aprendiz de música, sobre todo de violín, sufría un poco al principio. Pero no había necesidad de ser tan grosero y tan poco comprensivo.

—¿A qué se dedica, señor Barrett?

—Soy abogado. ¿Pero qué tiene eso que ver con nada?

Para ella sí. Se le daba de miedo hacer preguntas personales.

—Cuando empezó a ir a juicios, ¿lo hizo sin estudiar primero?

Él la miró con rabia, pero ella se apresuró en contestar por él.

—No se moleste en contármelo. Ambos sabemos que lo hizo durante años. E incluso después seguía siendo inexperto. Tuvo que aprender; al igual que Albert y el resto de mis alumnos. Y si se queda por aquí hasta el otoño, le demostraré lo que quería decir.

Jack notó que la había enfadado. Un rubor rosa tiñó sus pómulos altos y bien dibujados. Los ojos le brillaban como finas esmeraldas y a Jack se le ocurrió que ojalá él estuviera tan vivo como la mujer que tenía delante. No recordaba la última vez que había sentido la pasión que veía reflejada en su rostro.

—Estoy seguro de que no estaré aquí este otoño, señorita Holliday. Como le he dicho hace un rato, solo me quedaré… unos días.

Ella lo miró con interés, haciendo que Jack se preguntara lo que veía cuando lo miraba. ¿A un hombre mayor? ¿A un vecino latoso? ¿O acaso de algún modo más especial?

¡Pero bueno! ¿Desde cuándo le importaba cómo lo mirara una mujer? No desde que había tenido esposa, y ella se había divorciado de él hacía ya años.

—¿Y su familia? ¿No ha venido con usted? —le preguntó Grace.

—No. No tengo familia.

—Ah…

La noticia le hizo experimentar una sensación cálida y extraña. A

su edad había pensado que tendría familia, si no allí con él, en otro lugar esperándolo. Pero ya que sabía que no tenía ni esposa ni hijos, se sintió aún más amenazada por su imponente presencia.

—Lo siento —añadió tras una pausa.

Él estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Qué lo siente? Mire, así es como quiero estar. Libre. Soltero. Soy tan feliz como un cerdo en un melonar.

Grace pensó que por su aspecto no parecía demasiado feliz, al menos no tanto como decía. Pero también podía tener esa cara a causa del cansancio.

—Señorita Holliday, son las siete y media. Mi mamá ya estará esperándome fuera.

Grace salió de su ensimismamiento y miró hacia Albert, que en ese momento se estaba bajando de la silla donde había estado practicando con el violín.

—Disculpe —le dijo a Jack—. Volveré en un par de minutos.

Jack estuvo a punto de decirle que también él debía marcharse, pero se contuvo. Deseaba tener la oportunidad de seguir conversando con ella. Y ya que se la había dado, sería estúpido desaprovecharla.

Jack la observó mientras le decía a Albert lo que debía practicar durante la semana siguiente. El niño guardó el violín y las partituras y Grace le dio la mano y se lo llevó de allí con una sonrisa.

Jack tuvo que admitir, aunque de mala gana, que parecía tener buena mano con los niños. Aunque él no tenía hijos, recordó con facilidad cuando él mismo tenía más o menos la edad de Albert. Francine, su madre, había sido una mujer muy nerviosa que apenas les había dedicado tiempo ni a su hermana ni a él. Nunca les había sonreído ni acariciado con la ternura que Grace acababa de mostrar hacia su alumno. Solo parecían importarle las fiestas y la vida social que iban mano a mano con ser la esposa de un famoso abogado. Se había ocupado de que a Jack y a Jillian no les faltara nunca nada, pero jamás les había dado ningún cariño.

Francine, que se había divorciado de su padre poco antes de sufrir él un ataque cardiaco, se había casado enseguida con un rico financiero de la costa oeste. Jillian aún seguía derramando lágrimas cuando recordaba cómo los había tratado su madre a lo largo de los años. En cuanto a Jack, le importaba un pimiento si volvía a verla o no.

Jack decidió dejar de pensar en esas cosas tan desagradables y se sentó en una de las sillas para esperar a Grace. Pasó un buen rato antes de que volviera a aparecer.

—Siento haber tardado, pero es que a la madre de Albert le gusta

mucho charlar.

Alzó la cabeza y vio a Grace dirigiéndose hacia él.

—Mire, señorita Holliday, todo este asunto de sus alumnos… olvidémoslo. Si no le importa decirme cuándo van a venir, yo me iré a dar un paseo y ya está. De ese modo los dos quedaremos contentos.

Ella lo miró a la cara, intentando decidir si su gesto era sincero. Debió de decidir que sí, porque momentos después sonrió.

Tenía los dientes blancos y los labios rojos. Al sonreír se le formaba un suave hoyuelo en una de las mejillas y por primera vez Jack notó que tenía una peca sobre el labio superior. Era una auténtica belleza. Si Trent había tenido una relación con ella, Jack sabía ya por qué. En ese momento notó el deseo nacer en su interior, y pensó si se habría vuelto loco de repente. Estaba embarazada y tendría por lo menos quince años menos que él.

—Por favor, llámame Grace —lo invitó—. No eres uno de mis alumnos de violín.

Jack carraspeó.

—De acuerdo, Grace.

El acceder a llamarla por su nombre de pila pareció complacerla. Su mirada se suavizó y continuó sonriendo de aquella forma tan provocativa.

—¿Te apetecería beber algo? ¿Un té helado? ¿Un café?

En ese momento no le habría sentado mal un buen trago de bourbon, pero Grace no tenía pinta de ser bebedora.

—Dentro de la casa hace calor —empezó a decir antes de que él contestara—. Pero podría sacar las bebidas aquí fuera.

Casi parecía deseosa de estar en compañía suya y su lado más escéptico se preguntó por qué. Sin duda tendría muchos amigos de su edad. Estaba claro que había tenido uno en particular.

—No hace falta que te molestes —le dijo—. No hace mucho que he cenado.

—Oh, no es molestia —le aseguró—. Espera aquí y ahora mismo vuelvo.

Jack se volvió a sentar en la misma silla de antes y mientras esperaba se fijó bien en el jardín trasero.

Además de la sombra que ofrecían los árboles, un emparrado cubría el patio de ladrillos. Había numerosas macetas por todas partes, moteando de color la modesta construcción. La casa necesitaba algunos arreglos; por ejemplo la pintura estaba algo estropeada a causa de la brisa cargada de salitre.

El abandono de la casa le hizo preguntarse cómo se ganarían sus padres la vida y por qué no habían hecho un esfuerzo para estar

mejor. Pero Jack no quería juzgar a nadie precipitadamente. Que él supiera, sus padres podrían estar dejándose la piel para criar quizá al resto de sus hijos.

Dentro de la casa, Grace se apoyó sobre la encimera y se pasó una toalla de papel humedecida por la frente. Estaba tan harta del calor y del cansancio, y exhausta de tener que andar todo el día moviéndose cuando su cuerpo le estaba pidiendo descanso a gritos.

No sabía por qué demonios había invitado a Jack Barrett a tomar algo. Ni que fuera un buen amigo o un conocido de hacía años. Pero era su vecino de al lado. Y mucho antes de morir, su abuelo la había educado en los auténticos valores sureños. A Elías le habría parecido una tremenda grosería el no mostrarse hospitalaria con su vecino.

Pero no iba a juzgar a Jack Barrett precipitadamente. Quizá en ese momento tuviera muchos problemas personales. Su brusca actitud podría esconder un corazón roto. Desde luego tenía el aspecto de ser un hombre que no tenía demasiado amor en su vida. Y Grace sabía muy bien lo mal y solitaria que una persona podía sentirse sin amor.

Poco tiempo después Grace apareció con una bandeja donde había una jarra de cristal y dos vasos con hielo. Mientras la colocaba sobre la pequeña mesa que los separaba y empezaba a servir el té, Jack sintió una punzada de inquietud, incluso de culpabilidad.

No podía creer que le estuviera mostrando la auténtica hospitalidad sureña después de cómo había hablado de sus alumnos. Pero quizá también tuviera otro motivo para mostrarse agradable con él, igual que él lo tenía para querer hablar con ella.

—No deberías haberte molestado tanto. Al menos no por mí —le dijo, preguntándose por qué su conciencia había decidido mostrarle la cara después de tantos años.

Le pasó uno de los vasos y después señaló la bandeja.

—Si quieres puedes ponerte limón y azúcar. En cuanto a la molestia, tengo un motivo que me ha empujado a invitarte a tomar algo conmigo.

Jack la miró sorprendido.

—Ah —dijo con cautela—. ¿Y qué es?

—Bueno, espero que no te ofendas, pero…

Jack alzó la cabeza y sus miradas se cruzaron. Ella le sonrió tímidamente y a Jack le dio la impresión de que iba a averiguar la verdad sobre Grace Holliday.

—¿Pero qué? —la presionó.

Grace se encogió de hombros y suspiró.

—Supongo que mejor será que no me avergüence de ello —dijo—. Sobre todo ahora que te tengo aquí.

Jack arqueó las cejas con curiosidad, pero no dijo nada.

—Después de decir que lo que dijiste antes sobre que no tenías familia y que estabas aquí solo, pensé que quizá… Bueno, que quizá pueda hacerte un trabajo mientras estás aquí.

Su sugerencia le hizo ponerse derecho. ¡Trabajo! ¿Se había vuelto loca?

—Mira, Grace, no sé qué tipo de trabajo tienes en mente, pero yo he venido a Biloxi para alejarme del despacho. Solo me he traído un expediente muy extenso, y soy capaz de escribir a máquina mis propias notas.

Ella echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Jack estaba demasiado ensimismado fijándose en la esbelta línea de su cuello y en el musical sonido que se escapaba de sus labios como para sentirse ofendido por su reacción.

—¡No me refiero a trabajo legal! Dios me libre, no tengo ni idea de leyes. Me estaba refiriendo a limpiarte la casa. O quizá a hacer la colada, o cocinar. Cualquier tarea de ese tipo que tal vez no quieras hacer.

¿Limpiar la casa, cocinar o hacer la colada en su estado? A Jack le pareció algo vergonzoso. Su expresión debió delatarlo porque al mirarlo Grace puso cara de decepción.

—Grace, veo que tienes un empleo con tus alumnos de música. Estoy seguro de que tus padres no querrán que hagas nada más. Sobre todo en tu estado.

Ella arrugó el entrecejo y su expresión se volvió confusa.

—¿Mis padres? —repitió con gravedad—. Jack, yo no tengo padres. Vivo sola aquí.

Capítulo 3

—¿Sola? ¿Vives aquí… sola?

La incredulidad con que le habló hizo sonreír lánguidamente a Grace.

—Sí, así es. Doy clases de violín los martes y viernes por la tarde. El resto de la semana voy a la facultad. Así que necesito todo el trabajo que pueda conseguir.

—Pero si estás…

No era capaz de decir la palabra, y sabía que si lo vieran algunos de sus antiguos amigotes de profesión se desternillarían de la risa. Tartamudeando como si fuera un principiante. ¿Maldita sea, qué demonios le ocurría? En su vida lo había visto casi todo, se había enfrentado a casi todo. No se avergonzaba de nada; nada conseguía conmoverlo. Era demasiado duro y estaba demasiado curtido para dejar que algo lo afectara.

—Embarazada —terminó de decir por él—. Pero eso no quiere decir que sea una inválida; solo que necesito más el dinero.

Jack había estado todo el tiempo pensando que quería dinero, lo único era que no había esperado que quisiera trabajar para conseguirlo. Incluso se le ocurrió que quizá no la hubiera oído bien.

—¿No te ayudan tus padres de algún modo? —le preguntó.

Una expresión de recelo asomó a su rostro y apartó la mirada de él rápidamente.

—No tengo padres —le dijo de plano—. Al menos, no como estás pensando.

—¿Están muertos?

Su brusca pregunta no pareció molestarla, y Jack se preguntó si en el fondo Grace no sería tan dura como él. Jack había aprendido hacía ya mucho que el género femenino era experto en el engaño.

—Mi padre murió en un accidente mientras cazaba, hace ya mucho tiempo. En cuanto a mi madre… No está por aquí.

—¿Por qué no está de acuerdo con lo de tu embarazo?

Arqueó las cejas y una sonrisa apenada se dibujó en sus labios.

—Ella no sabe que estoy embarazada.

—¿Y por qué no? —insistió Jack.

Grace lo miró con extrañeza mientras Jack daba un trago de té.

—¿Siempre les haces preguntas personales a los extraños?

Jack supuso que se había pasado un poco. Se dijo a sí mismo que

era por Trent y por Jillian que estaba tan ansioso por saber de la vida de Grace Holliday. Sin embargo, una voz en su interior le dijo que simplemente deseaba conocer a esa mujer.

—Lo siento. Supongo que es el abogado que llevo dentro el que me empuja a hacer estas cosas. Preguntar es para mí como respirar —sin mirarla dio vueltas al líquido en el vaso—. Supongo que la pregunta ha sido un tanto entrometida.

Grace no sabía qué demonios le ocurría. Normalmente no le importaba responder a preguntas personales. Ni siquiera a las que tenían que ver con su frívola madre. Pero el abandono de Trent la había hecho cambiar. Ya no confiaba en los hombres. Se tomaba cada palabra, cada mirada, con mucha cautela. Y había algo en Jack Barrett que la empujaba a no bajar la guardia.

—El porqué de que mi madre no sepa de mi embarazo es una larga historia. Estoy segura de que te resultaría aburrida —le dijo.

Él la miró y vio que ella lo estaba mirando también. Sus ojos verde pálido lo observaban detenidamente, y eso le hizo experimentar una extraña sensación en el pecho.

—Tal vez. Tal vez no —murmuró Jack.

Aspiró profundamente y soltó el aire mirando hacia otro lado.

—No puedo creer que pensaras que estoy viviendo con mis padres —se volvió de nuevo a mirarlo—. Tengo veintitrés años.

Lo dijo como si fuera ya muy vieja, como si tuviera la suficiente sabiduría para valérselas sola en el mundo. En otro momento Jack se habría impacientado ante su actitud, pero algo en su mirada le hizo contenerse. Bajo aquella valiente mirada, había sombras de tristeza que normalmente le habría costado años adquirir.

Él se encogió de hombros.

—Como estás soltera, creí que seguirías viviendo en casa con tu familia. Una equivocación natural, ¿no te parece?

Ella hizo una mueca.

—Bueno, supongo que sí.

—Bueno, ya que te he ofendido me gustaría preguntarte cómo consigues arreglártelas tú sola. ¿Está el padre del bebé… pasándote dinero?

Grace miró hacia otro lado. Jack notó que se pasaba el vaso helado por la garganta y la abertura de la blusa.

—No.

Su monosilábica respuesta solo le hizo pensar que el bebé no era de Trent. Jillian no lo había educado para que se desentendiera de sus responsabilidades.

—¿Y no te molesta eso?

—No espero dinero de él. El tener un hijo de un hombre no tiene nada que ver con el dinero.

La miró con interés mientras bebía del vaso.

—¿Le has pedido ayuda económica?

De pronto su expresión se tornó pétrea.

—No. Y no pienso hacerlo. Él… Trent no nos quiere ni a mí ni al bebé. Y no quiero limosnas de él, ni de nadie.

La información que acababa de darle fue tan inesperada que Jack se quedó estupefacto. Pero inmediatamente la duda se apoderó de él. Aunque hubiera mencionado a Trent como padre del futuro bebé, no iba a creerla así como así. Podría estar liada con varios jóvenes y resultar que Trent fuera el único con dinero.

—¿Así que este… Trent a quien llamabas la noche pasada es el padre?

Ella asintió ligeramente.

—Quizá ese tipo no tenga dinero suficiente para cuidar de sí mismo, mucho menos de una esposa y un hijo —sugirió.

Ella colocó el vaso sobre la mesita que los separaba y seguidamente se frotó la espalda con las dos manos.

—Trent tiene dinero de sobra —le dijo—. Se gastó más en los casinos de lo que yo gano dando clases de violín durante todo un año.

Jack no lo dudó. Se daba cuenta de que Grace vivía pobremente comparado con el nivel al que tanto su sobrino como él estaban acostumbrados.

—¿Es eso lo que te atrajo de él? ¿Su dinero?

Ella lo miró con el ceño fruncido mientras seguía frotándose la espalda. El movimiento hizo que se arqueara hacia atrás y consecuentemente sacó pecho y, aunque Jack se dijo a sí mismo que no debía mirar, no podía apartar los ojos de su lozano y femenino cuerpo.

—¿Qué te pasa a ti? —le preguntó ella—, ¿Tienes obsesión con el dinero o algo así? Desde luego no paras de hablar de ello.

Su sugerencia lo dejó de piedra. Jack jamás había pensado que tuviera obsesión por el dinero. Había nacido entre algodones y ya de mayor había adquirido una suma mayor por méritos propios. El dinero había sido algo que jamás le había faltado. Y jamás le faltaría. Pero Grace tenía razón. Le había mencionado el dinero varias veces en los últimos minutos. ¿Sería cierto que le daba demasiada importancia?

—No —dijo en voz alta—. Solo me preguntaba qué habías visto en ese tipo. A mí me parece un cretino. ¿Estás… segura de que es el padre de tu hijo?

Ella lo miró de hito en hito y Jack vio cómo se le abría la boca

lentamente y cómo el color teñía sus mejillas.

—¡Nunca en la vida he conocido a alguien tan insultante! —se puso de pie y levantó la bandeja—. No hace falta que traigas el vaso cuando termines. Lo recogeré después.

Se volvió y fue hacia la casa. En menos que canta un gallo Jack se levantó también y la alcanzó bajo el emparrado. Cuando ella iba a abrir la puerta, la agarró del hombro.

—Lo siento, Grace. Ha sido un comentario fuera de lugar.

El roce de su mano, más que sus palabras, hicieron que volviera la cabeza y que se fijara en sus dedos largos y rectos.

—No lo sientes. Simplemente estabas mostrando tu verdadera personalidad. Pero eso no significa que tenga que quedarme a escucharlo. No soy una de tus testigos. Ahora, si me disculpas, tengo mucho que hacer.

Jack se metió las manos en los bolsillos.

—Estás enfadada conmigo —dijo, sorprendido de que le importara.

—No. Más que nada estoy decepcionada.

A cada minuto que transcurría esa mujer se parecía menos a la imagen que se había hecho de ella. Y no tenía ni idea de qué hacer.

—No ha sido mi intención insultarte, Grace. Un hombre ve estas cosas con más lógica que una mujer. Solo estaba pensando que quizá estarías mejor si el bebé fuera de otra persona, ya que parece que ese tal Trent no te está ayudando en nada.

A lo largo de los años, a veces había tenido que engañar un poco para arrinconar a alguien o para darle la vuelta a un caso. Simplemente era parte de su trabajo. Pero el hecho de no ser totalmente sincero con Grace estaba empezando a molestarlo.

Grace suspiró largamente.

—Mira, Jack, acabo de conocerte. Cómo consigo mi propio sustento no es asunto tuyo. Y en cuanto al padre de mi hijo, está fuera de todo esto y prefiero que siga así.

Jack se dijo que Grace había dicho suficiente. Eso era todo lo que necesitaba saber. Debería darle las gracias por el té, disculparse de nuevo y despedirse de ella para siempre. Sin embargo, no podía hacer eso ya.

—Si recuerdas bien, Grace, tú fuiste la que sacaste todo este tema. Tú me pediste un empleo.

Ella apretó los labios.

—Sí. Y me arrepiento de haberlo hecho. No sabía que lo contemplarías como una oportunidad de interrogarme.

—Normalmente entrevisto a las personas que vienen a trabajar para mí. Es el procedimiento estándar.

Ella se puso derecha y alzó la cabeza.

—¿Preguntarles con quién y con cuántos se han acostado? —lo miró de arriba abajo con lascivia intencionada—. Quizá deberías recordar ese refrán que dice que «el que esté libre de culpa que tire la primera piedra», porque dudo mucho que hayas vivido como un monje.

A pesar de que sus palabras lo molestaron, la ardiente llama que asomó a sus ojos lo excitó como nada lo había hecho en su vida. Deseaba estrecharla entre sus brazos, besarle los labios. Era una locura. Grace era una extraña… y para colmo estaba encinta. Pero a pesar de eso la sensación no lo abandonó. Y resultaba algo maravilloso para un hombre que, como él, llevaba tanto tiempo emocionalmente muerto.

—No te estaba acusando de nada, Grace. Solo intentaba… ofrecerte consejo desde una perspectiva distinta.

Ella apartó la mirada de él y, aunque seguía seria, Jack notó que tragaba saliva.

De repente Jack se preguntó si podría haberse equivocado en cuanto a esa mujer. Tal vez no se había propuesto cazar un marido rico; tal vez hubiera sido engañada y luego abandonada a sufrir en soledad las consecuencias de un error.

Pero no podría averiguarlo si no tomaba confianza con ella; y algo le decía que hacer eso podría resultar muy peligroso.

—No necesito tu supuesto consejo.

—¿Y el empleo? ¿Aún lo necesitas?

Ella se volvió a mirarlo despacio, con cara de incrédula.

—¿Lo dices en serio?

Jack sabía que sería una locura, pero ya había ido demasiado lejos y no podía dar media vuelta. Además, se daba cuenta que, sobre todo, no deseaba hacerlo.

—Sí. Me vendría bien tener un ama de llaves. No habrá demasiado trabajo —la avisó—, pero quizá el suficiente para ayudarte.

Grace suspiró largamente; parecía desencajada.

—Lo siento. Debo… sentarme.

Le pasó la bandeja y fue hacia un grupo de sillas de mimbre, bajo la sombra de una parra.

Mientras se dejaba caer en una de ellas, Jack fue hacia ella con gesto preocupado.

—¿Estás enferma o algo así?

Ella sacudió la cabeza y después se agachó y empezó a desabrocharse las sandalias.

—No. Solo estoy muy cansada.

Cuando se las hubo desabrochado, levantó la cabeza y lo vio allí delante de ella, con la bandeja aún en la mano.

—Ah, se me había olvidado. Deja eso por donde puedas. Ya lo recogeré más tarde.

—Quizá deberías tumbarte dentro —le sugirió.

Lo cierto era que parecía exhausta. Se preguntó si su acalorada discusión la habría extenuado. Pero Jack no quería pensar que fuera eso. Lo que menos deseaba era hacerle daño a ella o al futuro bebé.

Grace seguía frotándose los tobillos.

—Lo haré más tarde —le aseguró—. Después de que hablemos sobre el trabajo.

Jack dejó la bandeja en una mesa que había junto a la puerta trasera y se sentó en una silla a su lado.

—No hay mucho que decir.

Grace lo miró y le sonrió lánguidamente.

—Parece que tú y yo no nos comunicamos bien. ¿Me pregunto por qué será? Pensaba que los abogados eran expertos en ir al grano.

Él no pudo evitar sonreír.

—En realidad somos lo opuesto, Grace. Somos profesionales en desviar los pensamientos de las personas del asunto principal.

—¿Es eso entonces lo que estás intentando hacer conmigo?

De alguna manera eso era exactamente lo que estaba haciendo, pensó con culpabilidad. Pero esa vez con una razón más importante que la de simplemente velar por los intereses de un cliente. Grace ya había reconocido que Trent era el padre del bebé. De ser cierto, significaría que el bebé era parte de su familia. Tenía derecho a averiguar qué intenciones tenía Grace.

—No estoy intentando hacerte nada, Grace —le dijo con frustración—. Excepto ofrecerte un poco de trabajo si quieres.

—Sí que quiero.

—Bien. No limpio la casa, y de cocinar sé muy poco.

—Será mejor que sepas que hay días que tengo clases hasta última hora de la tarde. Pero los días que enseño violín estoy en casa más temprano.

—Por eso no te preocupes. No llevo un horario de trabajo rígido.

—Muy bien. Entonces cuando quieras que empiece, dímelo.

Jack se sentía como un imbécil. No necesitaba ni un ama de llaves ni una cocinera. Aunque él nunca se ocupaba de esas cosas en Houston, era un experto en arreglárselas solo si tenía necesidad.

—No me has preguntado nada del sueldo —señaló Jack.

Se quitó las sandalias y se agachó para colocarlas a un lado de la silla.

—Confío en que eres un hombre justo.

Hacía mucho tiempo que Jack no hacía nada de lo que se hubiera sentido orgulloso. Y en ese momento, mientras contemplaba el cansado pero sensual rostro de Grace, se preguntó en dónde se estaría metiendo.

—Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo. Ahora será mejor que vuelva al bungaló. Tengo trabajo por hacer —salió del patio y volvió la cabeza antes de marcharse—. Cuando te necesite, te avisaré.

Ella asintió.

—Gracias, Jack.

Otra curiosa sensación lo recorrió, pero Jack hizo lo posible para ahogarla. Tenía muchas cosas que averiguar acerca de Grace Holliday; no podía ser blando con ella en ese momento. Ni nunca.

—No me lo agradezcas todavía, Grace. Quizá luego te arrepientas de haber aceptado el trabajo.

Mientras Grace lo observaba salir de allí, se preguntó si tendría razón. No sabría determinar por qué aquel hombre le parecía peligroso. Algo le decía que era mucho más arriesgado relacionarse con él que con Trent.

Lo cual no tenía sentido. Trent había fingido amarla y después la había dejado embarazada y sola. ¿Cómo podía cualquier hombre hacerle más daño que eso?

Como si quisiera responderle, el bebé le dio una fuerte patada en la parte baja del estómago. Se frotó suavemente el lugar y sintió un ligero alivio. No le importaba no tener a nadie más en el mundo. En el futuro, ella y su hijo formarían una familia. Y Jack Barrett no sería más que un recuerdo.

A la tarde siguiente, de pie en el jardín delantero, Jack miraba con rabia hacia la máquina cortacésped que se había parado a mitad de faena. Había mirado el depósito de gasolina y el nivel de aceite, pero todo parecía estar bien. Desde luego no pensaba darse por vencido, ni llevarla a reparar hasta no echarle un vistazo.

Tiró de la cuerda de arranque. Después de intentarlo tres veces la soltó y se fue a buscar la caja de herramientas del maletero del coche. Mientras se sentaba junto a la cortacésped no podía dejar de pensar que había ido a Biloxi a alejarse de las presiones del trabajo. Pero hasta ese momento no sentía ningún alivio. Bueno, no tenía ardor de estómago ni le dolía la cabeza. Pero no parecía poder dejar de pensar a toda velocidad, tal y como lo hacía en Houston.

«Jack, deberías darte por satisfecho», le había dicho Irene en repetidas ocasiones. Y probablemente ella tenía razón. Poseía uno de

los despachos de abogados más prósperos del país. Su nombre era sinónimo de éxito, y tenía tanto dinero que no sabía qué hacer con él. Jamás le había faltado compañía femenina.

Las mujeres lo buscaban, y no al revés. Pero en lo referente a las mujeres, Jack sabía que el dinero y el éxito eran dos poderosos reclamos. Jamás había estado seguro de si las mujeres que habían salido con él lo habían hecho o no por su dinero. Incluida su esposa.

Jack torció el gesto mientras examinaba el extremo ennegrecido de una bujía. Tal vez Irene tuviera razón. Tenía todo lo que la mayoría de las personas envidiarían. Debería ser feliz. Pero la verdad era que no recordaba cuándo se había sentido contento o en paz consigo mismo por última vez.

Se incorporó y se guardó la bujía en el bolsillo de la camiseta. Debía cambiarla para que la cortacésped funcionara de nuevo. Así que fue hacia el coche para ir a Biloxi a buscar lo que le hacía falta.

Mientras iba hacia su vehículo Jack notó que Grace todavía no había vuelto a casa. Entre el tiempo que había pasado trabajando en el expediente esa mañana y en cortar el césped esa tarde, había intentado no mirar hacia su casa, ni pensar en ella. Precisamente la noche antes, tras enterarse de que vivía sola, no había sido capaz de quitársela de la cabeza ni un solo momento.

Mientras salía de la propiedad, echó una mirada hacia el oeste y vio que el sol descendía con rapidez. Después de terminar con el césped, quizá le iría bien correr un rato por la playa antes de que oscureciera. Necesitaba cansarse y sudar, y también olvidar que ver de nuevo a Grace era la primera cosa que tenía deseos de hacer en mucho, muchísimo tiempo.

Se estaba haciendo de noche cuando Grace entró en el garaje. Su intención no había sido quedarse hasta tan tarde, pero el proyecto en el que estaba trabajando requería una gran cantidad de investigación, y había tenido que quedarse en la biblioteca de la facultad más tiempo del que había pensado.

De vuelta a casa se había parado en el mercado de abastos y había comprado pescado fresco para hacerlo a la parrilla. Era un lujo que no podía permitirse, pero no había comido nada especial en toda la semana y estaba deseando llevarse a la boca algo que no fuera enlatado. Quizá con el trabajo que le había ofrecido Jack tendría más dinero y podría comer mejor.

Grace se olvidó momentáneamente de los libros y abrió el capó para sacar la exigua bolsa de comida.

—Venga, deja que te ayude con eso —oyó una voz de hombre

detrás de ella.

Reconoció la voz inmediatamente y el corazón le dio un salto de alegría al volverse hacia él.

—Hola, Jack.

—Hola.

Con el brazo se limpió el sudor de la frente y le agarró la bolsa.

—¿Solo tienes que llevar esto?

—No, también tengo los libros —le dijo—. Pero eso puede esperar.

—No, los llevaré también —insistió.

Grace sacó los libros del asiento de atrás y fue colocándoselos sobre el brazo. Mientras lo hacía no pudo evitar fijarse en las largas y musculosas piernas que asomaban bajo los pantalones cortos grises o en el modo en que la camiseta azul marino se le pegaba al pecho, marcándole los pectorales. Se veía que había estado corriendo o haciendo ejercicio, porque tenía el pelo y la ropa sudorosos.

—Estaba corriendo por la playa cuando te vi entrar con el coche.

Ella se encaminó hacia la casa con Jack a su lado. Mientras avanzaban, Jack aspiró el tenue aroma de su perfume, cálido y exótico.

—Con este calor, creo que preferiría estar en el agua que corriendo —dijo Grace.

—Necesito hacer ejercicio —dijo, y entonces la miró—. ¿Nadas en esta playa?

—Cuando tengo tiempo.

Parecía cansada; Jack se lo notó en los ojos. Entonces se preguntó de nuevo qué habría estado haciendo todo el día. No podía creer las ganas que tenía de preguntárselo. Y no por Trent o el bebé, sino simplemente porque quería saberlo.

Al llegar a la entrada de la casa, ella le preguntó.

—¿Has pasado el día tranquilamente? —le dijo y sonrió.

¿Qué pensaría Grace si le dijera que por culpa suya no se había podido concentrar? ¿Que prefería oír los chirridos de sus alumnos de violín con tal de poder verla? Seguramente pensaría que estaba loco. Y desde luego, tendría razón.

Al día siguiente se largaría de allí y volvería a Houston. Si Trent era el hombre que la había dejado embarazada, Jack no podía hacer nada. Era un problema de su sobrino, no suyo. Lo mejor sería que se mantuviera al margen de todo aquel lío.

—He estado ocupado —le dijo.

Abrió la puerta y tras unos momentos le indicó que pasara. La habitación estaba a oscuras y Jack esperó a que ella encendiera una lámpara.

—Tendrás que perdonar el desorden —le dijo—. No siempre tengo tiempo de arreglar la casa.

Jack estudió el pequeño salón. Estaba ordenado y resultaba acogedor, y solo había un par de vasos y unos cuantos papeles desperdigados sobre una mesa. La casa era muy modesta comparada con la suya, una vivienda de dos pisos situada en una zona residencial de Houston. Sin embargo, la casa de Grace resultaba acogedora, mientras que la suya constaba de habitaciones decoradas para que, sin ser un hogar, lo pareciera.

—¿Dónde quieres que ponga esto?

—Los libros en la mesa del rincón. La comida en la cocina.

Jack dejó los libros junto al teléfono y después la siguió por el pasillo hasta la cocina. Tenía el techo bajo y el suelo alicatado. La pared orientada al oeste estaba totalmente cubierta de ventanas, por donde entraba la brisa del mar. Allí hacía mucho menos calor que en el salón.

—¿Sabes lo que le pasa a tu aparato de aire acondicionado? —le preguntó mientras dejaba la bolsa sobre la encimera.

—No. Ojalá pudiera llamar a alguien para arreglarlo, pero eso costaría más dinero del que tengo en este momento. Y doy gracias porque el verano no ha sido demasiado caluroso.

En opinión de Jack el verano había sido sofocante. Francamente, no podía entender cómo Grace soportaba la presión.

—El calor no puede ser demasiado bueno en tu estado —comentó.

Se acercó a él y empezó a sacar las cosas de la bolsa.

—Durante cientos de años las mujeres han soportado los embarazos sin la ayuda del aire acondicionado. Supongo que yo también puedo hacerlo.

Pero Jack no quería que Grace sufriera sin necesidad. De pronto se dio cuenta de lo que acababa de pensar y se quedó perplejo. No tenía ni idea de por qué se sentía así. Esa mujer era aún una extraña, y a saber qué clase de artimañas estaría preparando para su sobrino.

—Bueno, será mejor que me vaya —dijo, a pesar de que no tenía ganas de hacerlo.

—Voy a hacer pescado al horno para cenar. Si quieres puedes comer conmigo —lo invitó—. Solo tengo dos filetes, pero me no me importa compartirlos. O si quieres que te prepare algo más tarde, no me importa ir al bungaló a hacerlo.

Ese era el momento de confesar; de decirle que era el tío de Trent, y que solo le había ofrecido el trabajo para espiarla. Pero al ver la cara de cansada que tenía Grace decidió callarse.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, se oyó a sí mismo decir:

—Tengo un montón de filetes en casa. Podría traerlos.

Grace sonrió y Jack pensó que parecía contenta de tener a alguien con quien compartir su cena. Inmediatamente se sintió fatal. Pero enseguida maldijo para sus adentros por ser tan blando.

—Trae solo para ti —le dijo—. Yo me comeré el pescado. Es bueno para el bebé.

La simple afirmación le hizo comprender que Grace amaba a ese pequeño ser que crecía en su seno. Entonces sintió una extraña y cálida sensación de bienestar, pero hizo lo posible para ignorar la desconocida emoción.

—Bien —le contestó Jack—. Iré a cambiarme y vuelvo enseguida.

Un imbécil tendría más cabeza que él, pensaba Jack mientras se metía bajo el chorro de la ducha. Tenía cuarenta años. No tenía por qué hacerse amigo de Grace Holliday. Ni por el bien de Trent, ni por ningún otro motivo. No había ido a Biloxi para buscar compañía femenina. Su última novia no había sido menos víbora que las anteriores. O bien había querido sexo, o dinero; o ambas cosas en proporciones monumentales. Cuando se vio libre de ella, había llegado a la conclusión de que no deseaba más mujeres en su vida. No le importaba si no volvía a acostarse con ninguna.

Pero seguidamente se dijo para sus adentros que esa extraña emoción que sentía cuando estaba cerca de Grace no tenía nada que ver con el sexo. Bueno, prácticamente nada. Simplemente deseaba estar cerca de ella, escuchar su voz, mirarla, y hablar con ella. La simple idea de cenar con ella le había acelerado el pulso.

Santo Dios, eso no era normal en él. Alzó la cabeza y se quedó un minuto bajo el chorro de agua fría, rezando para que se le aclararan las ideas.

Grace le había dicho que llevaba en su seno al hijo de Trent. Si eso era cierto ni nada ni nadie podría variarlo. No podía permitirse a sí mismo el sentirse atraído por una de las mujeres que su sobrino había plantado. No importaba que fuera preciosa, estuviera sola o necesitada. Jack ya tenía suficientes problemas sin tener que enamorarse de una mujer como Grace.

Capítulo 4

«Grace, eres una boba», se dijo para sus adentros mientras se quitaba el arrugado vestido que había llevado todo el día, y se ponía uno limpio color azul. «Mira cómo estás por culpa de un hombre».

Por un instante se olvidó de la cremallera mientras se acariciaba el vientre. No resentía el hijo que llevaba dentro; en realidad lo amaba ya con locura y siempre lo amaría. Lo único que sentía era que el niño o la niña no conocería jamás a su padre.

Grace había sido tonta al dejarse embaucar por la palabrería y las encantadoras sonrisas de Trent, pero desde que se había muerto su abuelo, no había tenido a nadie a quien querer o que la quisiera.

No había planeado que las citas que había tenido con Trent se convirtieran en algo serio, pero él se había mostrado interesado por ella y Grace se había dejado querer por la necesidad de afecto que tenía. Desgraciadamente, jamás se había parado a pensar en las posibles consecuencias.

En su día, Trent se había sentido horrorizado al pensar en ser padre y esposo, y no se lo había ocultado a Grace. Había pensado que eran demasiado jóvenes para cargar con una responsabilidad tan grande y le había intentado convencer para que abortara. De todos modos y, según sus propias palabras, no había sido su intención mantener con ella una relación seria.

Grace no se había molestado en recordarle todas las veces que le había prometido amor eterno. Al final, lo había dejado salir del atolladero con mucho gusto.

Y después de decirle que no tenía por qué preocuparse por ella o el bebé, él había regresado a Texas, aliviado de que ella no hubiera intentado arruinarle la vida solo por haberse acostado juntos.

Después del modo en que Trent la había utilizado, Grace había aprendido una dura lección. Sin embargo, debía hacer todo lo posible para intentar darle a su hijo una vida digna. Estaba empeñada en darle a su hijo amor, un hogar estable y una seguridad. Algo que su madre jamás le había dado a ella.

Cuando Jack llamó a la puerta un rato después, llevaba puestos unos Levis y un polo amarillo. Grace lo invitó a pasar a la cocina, segura de que jamás había visto a un hombre tan sexy en su vida. Era tan viril que al mirarlo casi se le cortaba a una la respiración.

—He traído un par de cosas más aparte de los filetes —le dijo—.

Espero que no te importe.

Le pasó una bolsa de papel. Grace la dejó sobre la encimera y miró en su interior.

—¡Ay! ¡Verduras frescas! Puedo hacer una ensalada, y también hay maíz. ¡Es estupendo, Jack!

Había visto mujeres menos emocionadas por una joya de diamantes. Le hizo pensar que o bien no tenía suficiente dinero para comprar comida, o que se contentaba con poco.

—Me alegro de que estés contenta.

—¡Contenta! —se volvió y esbozó una sonrisa deslumbrante—. Oh, no puedes imaginar lo harta que estoy de comer alimentos enlatados. Verduras frescas y además compañía. Esta va a ser una noche especial.

Una noche especial.

Jack repitió las palabras mentalmente mientras observaba a Grace llevar la bolsa junto al fregadero. No pensaría eso si supiera quién era él en realidad. Pero todavía no podía decírselo. Debía pensar en Jillian y en todo el dolor que su hermana tendría que pasar si Grace decidiera pasar a la acción con Trent.

La idea en sí le hizo sentir repugnancia y estuvo tanto rato callado que Grace finalmente se volvió a mirarlo.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

Intentó sonreír, pero era algo que siempre le había costado hacer. La mueca que se dibujó en sus labios reflejó su estado de ánimo.

—No. ¿Por qué?

—Parece como si estuvieras pensando en asesinar a alguien.

—No te preocupes. No soy un asesino en serie disfrazado de abogado —le dijo y seguidamente se acercó a ella—. ¿Qué quieres que haga?

Su oferta la sorprendió y por un instante solo lo miró.

—Nada. Recuerda, se supone que soy yo la que debo cocinar para ti.

El hombre dentro de él prefería pensar que lo había invitado a cenar porque deseaba su compañía, no porque considerara que prepararle la cena fuera parte de su trabajo.

—No tenías por qué empezar con el trabajo esta noche —no pudo evitar decir.

Su extraña forma de mirarla, con aquellos ojos tan grises y misteriosos, la obligaron a bajar la vista.

—Lo sé. Yo solo… Bueno, no tienes que pagarme por esta noche. Considérala como una cena de prueba.

Desde el primer momento Grace no había intentado ocultar que necesitaba dinero. Sin embargo le estaba diciendo que no quería que

le pagara esa noche. La mayoría de las mujeres no funcionaban de ese modo.

—Si ese es el caso, me siento obligado a ayudar. Solo dime qué debo hacer.

Ella lo miró de reojo. El pelo se le había empezado a secar. Un aroma indefinido a lluvia y a bosque emanaba de su piel y su ropa. Sintió el calor de su cuerpo e imaginó la fuerza de sus anchos hombros.

Aspiró profundamente y soltó el aire despacio; seguidamente se apartó un poco de él.

—De acuerdo. Me gustaría mucho que encendieras la barbacoa. Y luego puedes elegir preparar la carne o las verduras.

Al poco rato habían preparado la sencilla comida. Grace insistió en que no sería ninguna molestia llevarlo todo a la mesa de madera situada bajo el roble de Virginia, donde el aire nocturno era balsámico y hacía mucho más fresco que dentro de la cocina.

—Mmm, esto está delicioso —Grace comentó mientras empezaban a comer—. Hace mucho que no probaba algo tan rico —lo miró—. Ayer por la noche me dijiste que no sabías cocinar. Este pescado está en su punto.

—Solo cocino cuando tengo que hacerlo —contestó—. Pensé que las embarazadas siempre estaban mareadas y vomitando.

Ella lo miró con expresión divertida.

—Eso solo le pasa a un pequeño porcentaje, y normalmente en los primeros meses de embarazo. Pero a mí no me pasó. Me encanta comer —lo miró más de cerca—. ¿No lo sabías? ¿Quiero decir, nunca has tenido un hijo?

Él miró el filete y empezó a cortar un pedazo.

—Ya te he dicho que no tengo familia.

—Lo sé… Pero pensé que quizá tuvieras algún hijo… En algún lugar.

¿Acaso pensaba que era igual que el padre de su hijo? ¿Un hombre al que solo le interesaba su propio placer y no se preocupaba de nada más? Detestaba pensar que ella tuviera esa opinión de él.

—Estuve casado cinco años, pero mi esposa no quería hijos.

Grace lo miró asombrada, como si le costara imaginar que pudiera haber alguna mujer que no deseara tener un hijo.

—¿No te has vuelto a casar?

—Lenore se divorció de mí hace diez años. Desde entonces estoy soltero.

—¿Y por qué tu ex esposa no quería tener hijos?

Él se encogió de hombros, esperando darle la impresión de que

para él aquel tema estaba olvidado.

—Era una mujer de carrera. Trabajaba en la publicidad de una gran cadena de hoteles con base en Houston. Deseaba llegar a lo más alto y quedarse allí. Tener un hijo no entraba dentro de sus planes.

—Qué triste. ¿Es por eso por lo que os divorciasteis? ¿Por qué tú querías tener hijos?

En aquel momento el tema de los hijos había sido un problema sin importancia entre ellos. Se había casado con Lenore porque deseaba amar a alguien y ser correspondido. Deseaba compartir su vida con ella. Sin embargo, al cabo de poco tiempo notó que a Lenore no le interesaba compartir, solo adquirir. Suponía que su divorcio había sido un momento clave en su vida. El modo en que Lenore había vivido el matrimonio le había vuelto más duro. Era más fácil, más seguro, que todo le importara a uno un bledo.

—Al principio de casarnos yo deseaba tener un hijo. Sobre todo un chico —habría querido tener un hijo para educarlo de modo totalmente opuesto a como John Barrett lo había educado a él—. Pero ese no fue el motivo principal de nuestro divorcio. Pertenecía a una familia adinerada de Houston. La posición social era tan importante para ella como el dinero. Pasado un tiempo llegué a la conclusión de que por mucho que le diera, jamás la haría feliz.

—Pobre mujer —murmuró Grace con el ceño fruncido.

Él se echó a reír con sorna.

—¡Pobre mujer! Lenore tiene dinero a punta pala. Tiene exactamente lo que desea.

—Aun así siento lástima por ella. Seguramente no se da cuenta de lo infeliz que es en realidad.

Jack tomó un trago de la botella de cerveza que se había llevado de su casa.

—Eres una muchacha extraña, Grace Holliday.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Y por qué dices eso? ¿Porque soy simple?

Justo cuando Jack pensaba que estaba empezando a entenderla, ella volvía a desconcertarlo.

—No, creo que eres una persona muy inteligente.

Grace sacudió la cabeza.

—No me refiero a eso, sino a que llevo una vida común y corriente. Sobre todo comparada a la tuya.

Sus ojos tenían algo especial, pensó Jack. Cada vez que lo miraba con aquellos ojos Jack experimentaba extrañas sensaciones.

—¿Cómo puedes saber cómo vivo? —le preguntó.

Grace tragó lo que tenía en la boca antes de contestar.

—Vives en una gran ciudad. Es evidente que tienes dinero y una profesión de altos vuelos.

Se tomó su tiempo para examinar las suaves facciones de su rostro.

—Cómo ibas a saber de mi profesión. Tú no sabes si tengo que rogar para que me den un caso.

Ella se echó a reír al pensar en lo que le decía.

—Sinceramente, dudo que hayas tenido que suplicar alguna vez en tu vida.

Jack levantó las cejas ligeramente.

—¿Es eso lo que crees?

—Estoy segura de ello. Se nota que eres un hombre de éxito. Pero también me parece que eso no te ha hecho muy feliz.

El hecho de que lo hubiera calado tan rápidamente no le hizo ninguna gracia. No deseaba ser un libro abierto para nadie. Y menos para esa mujer.

—¿Qué sabrás tú de la felicidad? —dijo entre dientes.

Grace adoptó una expresión remota y distante.

—Durante un tiempo, después de marcharse el padre de mi hijo, pensé que jamás volvería a ser feliz. Pero ahora… Bueno, quiero creer que el futuro será mejor. Tengo que creerlo… por el bien del bebé.

Si Trent era el padre, a Jack le dolía pensar que su sobrino pudiera ser tan cruel e irresponsable. Pero también Grace podría haber engañado a Trent, asegurándole que estaba tomando anticonceptivos cuando no había sido así.

—¿Estás segura de que ese tipo no va a volver? Quizá cambie de opinión, ¿no crees? —sugirió Jack.

Ella soltó una risotada burlona.

—En cuanto Trent se enteró de que estaba embarazada, le faltó tiempo para largarse. Me sorprendería mucho que apareciera por aquí otra vez. Sobre todo ahora que sé que te ha vendido el bungaló.

Jack intentó que no se le notara. Empezaba a preguntarse cómo terminaría aquel embrollo.

—¿Así que… crees que no volverás a saber de él?

Su mirada se tornó triste y Jack se preguntó si habría amado a su sobrino.

—No —contestó ella—. Pero no pasa nada. Me habría gustado que fuera un padre para su hijo, pero no de mala gana. Eso sí que no lo quiero; mi hijo se merece algo mejor.

Qué curioso. Jack pensó que sentiría lo mismo si estuviera en el lugar de Grace.

—¿Pero y el dinero? El niño o la niña necesitará cosas.

Grace hizo una pausa y lo miró con seriedad.

—Me ocuparé de que a mi hijo no le falte de nada, Jack. Quizá no pueda criarlo como fuiste criado tú, pero no lo tendré abandonado.

—No estaba intentando implicar lo contrario, Grace. Pero hace falta dinero para criar a un hijo, y tú misma has reconocido que estás pasando estrecheces.

—No tengo la intención de ser pobre para siempre —dijo, sin levantar la vista del plato.

—¿Tienes pensado casarte con un hombre rico?

Ella lo miró de hito en hito.

—Si alguna vez accediera a casarme, sería por amor y porque confiara en poder pasar toda la vida junto a esa persona.

Lo dijo tan dolida, con tanta resolución, que Jack la creyó.

—¿Y hasta entonces, qué vas a hacer?

Grace se recostó sobre el asiento y suspiró cansinamente.

—No entiendo a qué vienen todas estas preguntas, Jack. Pensé que la entrevista de trabajo terminó ayer.

Jack sabía que le estaba haciendo demasiadas preguntas, pero en realidad deseaba hacerle otras tantas más.

—Y así fue —dijo, con la mayor naturalidad posible—. Solo es que… tengo curiosidad por conocer tus planes. Es raro que me tope con una joven embarazada y que, como tú, quiera arreglárselas sola.

Grace lo miró enfadada.

—No. En tu círculo social estoy segura de que no te topas con nadie como yo.

Grace creía que su falta de dinero era lo que la diferenciaba de las mujeres que había conocido. Pero en realidad era mucho más que eso. A pesar de su estado, había en ella una inocencia, una dulzura imposible de fingir.

—No me interesan esos círculos sociales. No tengo ni tiempo ni ganas de asistir a fiestas ni de actuar como esas personas tan falsas.

Ella parecía asombrada.

—Pensaba que tu trabajo te exigía eso.

—Hace falta algo más que un nivel social y una apariencia determinadas para sorprenderme. Si alguien quiere que lo defienda Jack Barrett, entonces tienen que poner las cartas sobre la mesa y yo decidiré si voy a hacerlo o no. Es así de sencillo.

—¿Y debo asumir que con esas cartas te refieres a billetes? ¿Algo así como cientos de miles?

—Tienes una opinión muy baja de mí, ¿no? —dijo, mirando al plato.

Ella ladeó la cabeza y continuó hablando.

—No del todo. Me da la impresión de que solías ser un hombre

agradable y sensible. Pero a través de los años… Bueno, has aprendido a que todo te resbale.

—Si me hubiera permitido a mí mismo preocuparme en el sentido que dices tú, me habría muerto ya de una úlcera o de un infarto.

Pero en vez de eso había abandonado todos sus sueños.

Grace lo estudió un momento y tras dejar el vaso sobre la mesa le preguntó:

—¿Por qué has venido a Biloxi, Jack?

Él alzó la cabeza rápidamente.

—¿Por qué? Ya te lo he dicho. Para descansar.

—Pareces estar saludable y en forma.

Él arrugó el entrecejo con socarronería.

—Gracias. Para un hombre de cuarenta años, es un alivio escuchar cosas así.

Ella sonrió brevemente.

—Venga, no me digas que te ves mayor. No seas ridículo.

—Tú eres muy joven. No puedes saber cómo me siento.

En realidad, ni el mismo Jack lo sabía. En los últimos meses había empezado a temer no poder sentir nada. Pero en ese momento, mientras los curiosos ojos de Grace se paseaban por su persona, se dio cuenta de que estaba muy equivocado.

Una sensación imprudente e indecente latía en su interior como el corazón de una bestia salvaje.

—Te lo he dicho ya. Tengo veintitrés años.

Él dio un trago de cerveza.

—No eres más que una niña.

Grace se puso de pie.

—Voy a hacer café —dijo con expresión seria, y entró en la casa.

Una vez solo, Jack golpeó la mesa con el puño. Maldita sea, no necesitaba nada de eso. Poco a poco sentía cómo se iba implicando en la vida de Grace. Si no se largaba a la mañana siguiente, no sabía lo que podría acabar haciendo o diciendo.

Pero marcharse a Houston no resolvería su problema. Aunque volviera seguiría pensando en ella y en el bebé; en lo que haría Grace y en cómo iba a sobrevivir.

Maldijo entre dientes y se puso de pie. Entonces entró en la casa y fue a buscarla. Estaba en la cocina haciendo café. Al acercarse a ella, Grace lo miró pero no sonrió, y Jack se sintió estúpidamente decepcionado.

—Te he molestado —le dijo él.

Sin mirarlo colocó unas pastas en un platillo.

—No. No estoy enfadada.

Jack se apartó de ella y se apoyó sobre un armario. Una abundante mata de cabello negro y brillante le caía por los hombros, y Jack deseó desesperadamente poder tener una excusa para acariciárselo. Y de paso también a ella.

—¿Si no estás enfadada, qué te pasa?

Lo miró de reojo y un leve suspiro se escapó de sus labios.

—Llevo viviendo aquí sola desde los dieciocho años, Jack. Me ofende oírte decir que soy una niña.

Jack sintió una angustia en el pecho.

—No he querido decir que no seas capaz de vivir sola. Pero para mí eres una niña, Grace. Tú estás empezando a vivir, mientras que yo… Yo estoy de vuelta de todo. No es una sensación en absoluto agradable, créeme.

Grace se mordió el labio inferior y miró hacia otro lado.

—A veces me pongo muy susceptible sin saber por qué. El estar embarazada me ha cambiado. Discúlpame, no debería haberte dicho que eres ridículo.

—Sí. Tienes todo el derecho del mundo a decirlo —dijo—. Porque lo soy.

Eso hizo que Grace se volviera a mirarlo de modo interrogante.

—¿Por qué?

—Mi médico me dijo que necesitaba descansar de la oficina. Pero creo que en realidad he salido de Houston porque no me gustaba en lo que me había convertido allí. Pensé que el estar aquí me ayudaría, pero creo que un hombre no puede huir de sus problemas. Y esta noche… cuando me invitaste a cenar… Sentí cosas que no tenía por qué sentir.

Al menos, por una vez, estaba siendo sincero con ella, pensó Jack.

Grace se quedó sin aliento mientras intentaba entender el significado de las palabras de Jack. No podía sentirse atraído por ella. No. Él pertenecía a otro mundo.

Y ella llevaba en su seno al hijo de otro.

Mientras el café empezaba a subir, ella se volvió hacia Jack.

—¿Jack, estás… huyendo de alguna mujer?

No. Estaba corriendo hacia una. Con la precisión y la rapidez de una flecha mortal. Pero no podía permitírselo a sí mismo, se decía mientras ella lo miraba. Grace era joven, por no mencionar su estado. Sin embargo, la deseaba más de lo que había deseado nada ni a nadie en su vida.

Con mano temblorosa, le apartó un bucle de la cara.

—Ojalá fuera tan sencillo, Grace.

—Todo es sencillo, si nosotros queremos.

La voz de Grace se había vuelto ronca y sensual, y fue como un imán para Jack. Antes de que pudiera darse cuenta, se inclinó y la besó.

El día anterior y durante toda la cena, Grace se había preguntado cómo sería besar a Jack. En ese momento, cuando él se inclinó a hacerlo, Grace acercó sus labios. Aquello era algo que había deseado. Ya que lo tenía, no se pudo resistir.

La inquisitiva presión de sus labios no duró más que unos momentos, pero fue suficiente para abrasarla por dentro. Segundos después de apartarse de ella, Grace todavía permanecía con los ojos cerrados y agarrada a la pechera de su camisa.

—Grace…

Grace abrió los ojos, se apartó rápidamente y rezó para que Jack no notara los rápidos latidos de su corazón.

—¿Ha sido eso… una prueba?

Jack paseó su mirada de ojos grises por el rostro de Grace.

—No, ha sido un error.

Ella dejó escapar un suspiro tembloroso.

—¿Por qué?

—Porque deseo hacerlo otra vez.

Capítulo 5

—Al menos eres un hombre sincero, Jack.

Pero eso no significaba que debiera volver a besarlo. Con un breve roce de sus labios la había hecho estremecer de pies a cabeza. ¿Qué sentiría si volviera a hacerlo? Debía quitarle importancia al asunto, porque sabía que ese beso no había sido más que el resultado de un deseo físico por su parte.

Jack se volvió y se pasó la mano por la cara.

—Grace, te equivocas. No soy un hombre sincero.

Ella sonrió divertida.

—Así que has mentido al decir que querías volver a besarme.

—Cualquier hombre desearía besarte más de una vez —dijo con frustración.

Ella sonrió aún más.

—No hace falta que seas tan amable, Jack. Soy consciente de que parezco una morsa.

—No me refería a eso. Soy abogado. ¿No te dice eso lo suficiente de mí?

Grace vio su expresión sombría y notó que se había arrepentido de haberla besado. Y eso le dolió, aunque no podía entender por qué. Jack Barrett no era nada para ella; tan solo el vecino de al lado, y encima solo temporalmente.

—Dijiste que el trabajo de un abogado consistía en desviar la atención del tema principal. Yo no equipararía eso a mentir.

¿Por qué tenía que ser tan tremendamente agradable? ¿Por qué no le mostraba la mujer egoísta y maquinadora que él había esperado encontrar en ella? Se lo pondría todo mucho más fácil.

—Y yo no creo que tengas el aspecto de una morsa.

Grace vio una suavidad especial en la mirada de Jack, y se sintió turbada porque era lo mismo que ella sentía por dentro.

Rápidamente se dio la vuelta y fue hacia la puerta que daba al jardín trasero.

—Creo que iré a limpiar la mesa —le dijo—. Sírvete el café que te apetezca; ahí te he dejado galletas.

Antes de que pudiera dar dos pasos, Jack le puso la mano en el hombro. Grace se detuvo. El calor que irradiaban sus dedos le llegó hasta las mejillas. Avergonzada por la reacción, le costó trabajo alzar la cabeza para mirarlo.

—Yo recogeré la mesa —dijo él—. Tú tómate el café y las galletas.

—Recuerda que soy yo la que trabajo para ti, Jack.

—Como tú bien has dicho, esta noche no cuenta. Ya tendrás tiempo de ver lo negrero que soy.

La sonrisa que se dibujó en sus labios le dijo que ella jamás podría creer que fuera un negrero. Eso le recordó a Jack todas las veces en las que había obligado a Irene a trabajar de noche. Su secretaria se había quejado a menudo de que también tenía una vida fuera del despacho, pero a Jack jamás le habían importado las necesidades de Irene. El estar preparado para el caso siguiente era lo único que le importaba.

Jack salió y dejó a Grace sola en la cocina. En tres viajes terminó de recoger la mesa. Cuando empezó a fregar los cacharros, Grace se puso de pie rápidamente para echarle una mano.

—Deja los platos —le dijo—. Yo los fregaré.

Si Jack podía conseguir que se quedara sentada un par de minutos, le ayudaría a sentirse un poco menos culpable.

—Mira, Grace, no me siento tan generoso muy a menudo. Por favor, siéntate. Cuando haya terminado de fregar y de secarlo todo, tú podrás guardar los cacharros.

La suave expresión de su rostro le dijo que Grace estaba dispuesta a discutir.

Jack dejó un plato enjabonado en el fregadero, la agarró del brazo y la obligó a sentarse en una de las sillas del comedor.

—Tómate el postre —le ordenó en tono afable.

—No lo necesito.

—El bebé probablemente sí.

Eso fue suficiente para que se llevara una galleta a la boca. Jack volvió al fregadero para seguir con lo que estaba haciendo.

—No has tomado postre.

—Estoy lleno. No me cabe nada más.

—Me alegro —contestó—. Temía haber olvidado lo que es cocinar para dos personas.

Jack se quedó pensativo mientras secaba los platos. El mero hecho de pensar en ella cocinando para otro hombre, aunque fuera Trent, lo molestó. Lo cual era una estupidez. Jamás había pensado en una mujer, incluida Lenore, de un modo tan tradicional. Pero lo cierto era que Jack jamás había estado con una mujer que le preparara una comida por el placer de hacerlo.

—¿Le hacías comidas a Trent?

—En realidad no. Le gustaba la comida basura —arrugó la nariz mientras daba un sorbo de café—. La verdad es que cuanto más lo pienso más me doy cuenta de que él y yo no teníamos nada en común.

—¿Entonces por qué saliste con él?

Grace no contestó inmediatamente.

—Me he hecho a mí misma esa pregunta miles de veces. Al final supongo que me sentía sola y que él… parecía quererme de verdad.

Jack se volvió hacia ella.

—Eres una mujer preciosa, Grace. No puedo imaginarme que estés sola.

—Oh, tengo amigos y conocidos. Pero eso no es lo mismo. Desde que murió mi abuelo me he sentido perdida. Supongo que creí que Trent llenaría ese vacío —resopló—. Qué tonta fui.

Sus respuestas no eran las de una mujer que intentara cazar a un marido rico. Pero también sería un iluso si creyera que, en caso de ser así, fuera a reconocerlo.

Se volvió hacia el fregadero y dijo con toda la naturalidad posible:

—¿Vivías acaso con tu abuelo?

—Desde los trece años. Mi abuela ya se había muerto para entonces. Elías, mi abuelo, murió justo después de cumplir yo dieciocho. Él ya tenía ochenta y muy mala salud. Creo que vivió lo suficiente para verme celebrar mi cumpleaños. Esta era su casa. Había vivido aquí desde pequeño. Antes de morir, me la regaló.

Jack se dio cuenta de lo mucho que eso significaba para ella por el orgullo y el afecto que mostraba al hablar.

—Se ve que estabais muy unidos.

—Lo quería más que a nadie en el mundo —reconoció—. Sabes, era la única persona de mi familia que se preocupó por mí. Mi madre es… Nunca fue una madre para mí. Se ha casado cinco veces. No sabría decirte dónde vive ahora; creo que en Nevada. Hace más de un año que no sé nada de ella y no la veo desde el funeral de mi abuelo hace ya cinco años.

Cuando Grace le había dicho que su madre no sabía lo de su embarazo, Jack no había entendido por qué. Pero ya lo entendía.

—¿Por qué no quiere tener contacto contigo? ¿No os lleváis bien?

—Entiende que no me gusta demasiado el estilo de vida que lleva, pero no peleamos ni nada de eso, si es a lo que te refieres —le dijo Grace—. Básicamente ella va a lo suyo y se olvida de que tiene una hija.

Jack volvió la cabeza para mirarla.

—Eso debe dolerte.

—Cuando era pequeña sí. Sobre todo cuando me dejaba en casa de algún pariente lejano o de alguna amiga durante varias semanas. Pero ahora… Bueno, me obligo a no pensar en ella demasiado. Y, además, Jenny, así se llama mi madre, tiene sus propios problemas. Cosas de

las que jamás se recuperará.

—¿Qué clase de problemas? ¿Con la Ley?

Grace adoptó una expresión adusta y sacudió la cabeza.

—No. Supongo que podría llamarlos psicológicos o emocionales. Mi abuelo siempre me decía que Jenny habría sido una mujer distinta si mi padre no hubiera muerto. Solía decir que ella lo amaba mucho y que su muerte la trastornó. No logró superarlo.

—Quizá por eso se ha casado tantas veces —razonó Jack—. Tal vez intentaba reemplazar a tu padre.

Grace suspiró.

—Creo que no quiere verme porque le recuerdo demasiado a la vida que tuvo con él. Supongo que le duele verme.

Jack sintió una oleada de resentimiento en su interior. Sabía lo que significaba ser ignorado y abandonado. Sin duda, en su niñez Grace había experimentado la misma soledad y el mismo dolor que él.

—Yo nunca veo a mi madre. Ni tampoco quiero —dijo sinceramente.

Grace se acercó a él y lo miró a la cara.

—¿Por qué? ¿Estáis acaso distanciados?

Jack jamás hablaba de Francine. Cuando Jillian sacaba el tema él cambiaba de conversación. Su abandono le había dejado cicatrices por dentro que no quería revelar a nadie. Pero allí estaba contándoselo a Grace.

—Jamás se preocupó ni de mi hermana ni de mí. Para ella no éramos más que una molestia, la temida consecuencia de una noche de sexo. Se divorció de mi padre poco antes de que él muriera de un infarto. Desde entonces no sé nada de ella, ni ella de mí.

—Quizá después de todo este tiempo se haya arrepentido de cómo os trató —sugirió Grace.

—Es demasiado tarde para rectificar, Grace. Ni quiero ni lo necesito. Ya no.

—¿Y tu padre? —le dijo mientras guardaba los platos en los armarios—. ¿Estabais unidos?

Demasiado. Como su padre le había dado su amor y su atención, él lo había adorado y admirado incondicionalmente. Durante su infancia y juventud había hecho todo lo que John Barrett había querido que hiciera solo para que se sintiera orgulloso de él. Todavía la influencia de John Barrett sobre Jack era tan grande que no le permitía abandonar el despacho.

—Sí, estábamos unidos. Fue bueno conmigo, pero yo cometí el error de pensar que era algo así como un dios, que no podía equivocarse.

—Todos los niños quieren creer que sus padres nunca se equivocan.

—Pero lo hacen —dijo Jack.

Ella suspiró.

—Sí. Y supongo que yo también lo haré. Pero voy a intentar por todos los medios hacerlo lo mejor posible. Sobre todas las cosas, quiero que este niño sea feliz.

Cuando había conocido a Grace días atrás, solo le había preocupado averiguar el dinero que quería sacarle a su sobrino. Pero eso cada vez le importaba menos.

¿Qué podría hacer? ¿Cómo iba a sustentar al niño?

—¿Cuánto te falta para terminar la carrera?

Habían terminado con los cacharros. Jack quitó el tapón y aclaró la pila mientras Grace guardaba unos vasos.

—Si no tuviera que tomarme tiempo para tener el bebé, terminaría a mediados de diciembre. Pero ahora supongo que lo tendré que dejar hasta la primavera.

—¿Qué carrera estás haciendo?

Grace esbozó una sonrisa deslumbrante y Jack se dio cuenta de que había tocado un tema del que se sentía muy orgullosa.

—Seré profesora de Música. Quiero enseñar violín en un colegio donde le den mucha importancia a la música.

—¿Y dónde será eso? —preguntó—, ¿En un colegio privado?

—No lo sé todavía —dijo con expresión de duda—. Preferiría que fuera en uno público, donde alumnos de todas las clases puedan tener la oportunidad de estudiar Música.

—La mayoría de los colegios públicos no tienen más que una banda de música —señaló—. Y no incluyen instrumentos de cuerda.

—Es una triste verdad. Entonces me iré a la costa este o a la oeste si es necesario.

—¿Y dejar este lugar?

—No me gustaría —reconoció Grace—. Pero tengo la intención de ganarme la vida de ese modo —Grace sirvió otra taza de café y se la pasó a Jack—, ¿Prefieres que nos lo bebamos fuera que hace más fresco?

Ya que todo estaba recogido, Jack no tenía razón para quedarse, a menos que quisiera hacerlo.

—Has tenido un día muy largo y estás cansada —le dijo Jack.

—Estoy bien. Pero si tienes que marcharte, hazlo.

Grace le estaba dejando elegir, y eso era algo nuevo para Jack. Su ex esposa y todas las novias que había tenido siempre le habían exigido cosas.

—De acuerdo. Me tomaré el café contigo, y después volveré al bungaló.

Bajo el gran roble de Virginia, Grace y Jack bebieron el café en silencio. A unos cuantos kilómetros hacia el este las luces de Biloxi titilaban entre las copas de los árboles, pero gracias a Dios no les llegaba el ruido de los coches que recorrían la zona de los casinos.

—Esta mañana te he visto salir temprano —dijo Jack después de un rato—. ¿Ibas a limpiar alguna casa?

¿La habría estado observando, o habría sido por casualidad? Rápidamente se recordó a sí misma que Jack solo estaría allí unos cuantos días más. Aun así, la idea de que un hombre tan atractivo como él se fijara en ella resultaba de lo más emocionante.

—No. Fui a la Universidad de Hattiesburg para trabajar en la biblioteca. Tenía que mirar muchas cosas para un trabajo que estoy haciendo para una de las asignaturas.

Jack la miró con incredulidad.

—¿Has ido y vuelto de allí? Pero si debe de estar a unos ciento cuarenta kilómetros, por lo menos.

—Eso es. Pero ahí es donde está la Universidad del Sur de Mississippi. Hago el mismo trayecto tres veces por semana. A veces más.

Jack sabía que no podría quedarse más cerca de la universidad porque no tenía dinero.

—Es cansado conducir tantos kilómetros —continuó diciendo—, pero vivir por allí sería muy caro. Y no quiero deshacerme de esta casa jamás. Incluso aunque no siempre viva aquí en el futuro, será un buen sitio para veranear.

A Jack no le sorprendió que le tuviera tanto cariño a ese sitio. Parecía que era lo único que tenía. Eso y a su hijo.

«Maldita sea, todo esto está consiguiendo que me ponga tierno», se dijo Jack.

Grace era una mujer inteligente. No siempre estaría en esa situación. Cualquier día conocería a un hombre que estaría bien dispuesto a darle todo lo que necesitara…

Pero solo de pensarlo Jack se puso malo. Para intentar ignorar la sensación miró hacia Grace, que estaba colocando las piernas sobre una silla que tenía delante. Jack se fijó en las uñas de los pies pintadas de rojo, le miró los tobillos y seguidamente las piernas, hasta el bajo del vestido azul. Cuando estaba pensando en lo suave que tendría la piel, ella le preguntó:

—¿Qué tipo de abogado eres?

—Tanto mi padre como mi abuelo eran abogados de empresa. Yo

no quería romper la tradición.

Ella lo miró en silencio.

—¿No querías? ¿O simplemente no podías?

Jack bajó la vista. Después de un par de sorbos más tendría que marcharse.

—Mi hermana mayor no tenía madera de abogado, así que la responsabilidad de continuar con el despacho cayó sobre mí.

—Podrías haber tomado una dirección distinta.

Jack soltó una risa mordaz.

—No es tan fácil, Grace.

—Bueno, creo que piensas que soy una ingenua, pero creo en lo que te he dicho antes. Las cosas son sencillas si dejas que así sean.

Él se bebió el resto del café y dejó la taza sobre la mesa.

—Sabes, estoy seguro de que voy a echar de menos charlar contigo cuando me vaya —reconoció.

Grace experimento un temor extraño y lo miró angustiada.

—¿Te marchas pronto?

—No lo sé —dijo—. Tal vez mañana. O el día después. La verdad es que debería volver.

Pero la idea de no volver a ver a Grace le estaba empezando a fastidiar mucho. Y no por lo que pudiera hacerle a Trent cuando él se marchara.

—¿Tienes algún caso esperándote?

—Siempre.

—¿Y otros abogados que te ayuden?

—A muchos. Es una compañía grande.

—¿Entonces por qué no dejar que lo hagan durante un tiempo? —le sugirió—. Me apuesto a que hace mucho que no te has tumbado en la playa a contemplar los pájaros y las nubes, o a leer un libro.

—Lo único que leo son expedientes y declaraciones.

Grace arrugó la nariz.

—Eso no se puede comparar con una novela.

Y ella no podía compararse con nada de lo que él había imaginado. Había empezado a sentir cosas por ella que jamás habría esperado sentir. Por primera vez desde hacía mucho, no controlaba la situación.

—Se está haciendo tarde —dijo, y se puso de pie.

Ella se levantó y entraron en la casa juntos. Una vez dentro, lo acompañó a la puerta de entrada y le dio las gracias por las verduras y la compañía.

Jack salió al porche y se volvió a mirarla.

—Grace… Espero que ese beso no te dé ideas equivocadas.

Grace lo miró a la cara durante lo que a él le pareció una

eternidad.

—Por supuesto que no. No soy tan ingenua como tú crees.

Miró hacia el océano. Estaba en calma y por el este se alzaba la luna, grande y amarilla, que reflejaba rayos dorados sobre el agua. Era una imagen preciosa, pero no tanto como la cautivadora mujer que tenía detrás.

—La verdad es que no voy por ahí besando a mujeres impulsivamente. Quiero decir, a mujeres que acabo de conocer.

—Olvídalo, Jack. No tengo a un padre vigilándome. Si ese fuera el caso, Trent estaría metido en un lío hace mucho tiempo.

Pero Trent ya no estaba allí. Era Jack el que se estaba enamorando de Grace… y metiéndose en un lío.

—No permitiré que vuelva a ocurrir —dijo, más para sí que para ella.

Grace intentó no sentirse dolida. El hombre no estaba intentando más que actuar con sensatez. Ella y Jack Barrett no tenían por qué besarse. Ni en ese momento ni nunca. Pero la idea le hizo sentirse igualmente vacía.

—Estoy segura de ello —dijo con voz entrecortada—. Buenas noches, Jack.

—Buenas noches —murmuró él. Entonces salió del porche y se perdió entre las sombras en dirección al bungaló.

Capítulo 6

Al día siguiente era sábado, y Grace siempre le hacía la colada a la señorita Kate los sábados por la mañana. La señora era parte integrante de la zona, ya que llevaba unos ochenta y cinco años viendo allí, tan solo a unas manzanas de casa de Grace. Había sido amiga de su abuelo y aunque él la había pedido en matrimonio mucho antes de morir, ella había dicho que prefería seguir siendo independiente.

Pero Grace estaba convencida de que la mujer seguía enamorada de su marido, que había muerto en una isla del Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial.

A través de los años las visitas de Grace a la casa se habían convertido en algo más que un trabajo. La mujer era como una abuela para ella y Kate la trataba como si fuera su nieta. Antes de dejar que Grace se ocupara de la colada, tenía que prepararle un vaso de té helado con limón y tocarle al menos un par de melodías al violín.

Después de tocarle un segundo vals, Grace dejó el violín y miró a Kate con una sonrisa pícara dibujada en su rostro.

—¿Por qué estás hoy tan romántica, Kate? ¿Has conocido a un hombre?

Kate resopló y se llevó el vaso de té a los labios.

—Soy demasiado vieja para tener a un hombre haciéndome la corte.

—Pero tú sigues siendo bella; sé que el abuelo así lo creía.

Kate sonrió.

—Tu abuelo tenía un corazón demasiado blando. Igual que tú —la miró significativamente—, ¿Qué tal está el bebé?

—No para de dar patadas. El médico dice que solo quedan cuatro semanas.

Kate asintió con aprobación; seguidamente frunció el ceño.

—Supongo que no habrás sabido nada de ese tipo despreciable.

Grace sacudió la cabeza.

—No, señora. La otra noche pensé que había vuelto. Vi luz en el búngalo, pero resulta que lo ha comprado otra persona.

Kate resopló de nuevo.

—Supongo que eso significa que no tiene intención de volver.

—No —concedió Grace en voz baja—. No volverá. Pero el nuevo dueño me ha dado trabajo —añadió alegremente—. Todavía no he

empezado, pero espero que tenga algo de trabajo que darme hoy.

Kate arqueó una ceja.

—¿Es un hombre?

—Sí. Un abogado de Houston.

—Un texano rico —afirmó—. ¿Tiene familia?

Grace sacudió la cabeza.

—Me dijo que estaba divorciado.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuarenta.

Kate chasqueó la lengua en gesto de desaprobación.

—Es una edad muy mala. A esa edad un hombre es pícaro y atractivo. Ha vivido mucho y sabe muchas cosas, pero no todo. ¿Sabes a lo que me refiero?

Grace miró a la mujer mientras pensaba en Jack y en las inquietantes sombras que había visto en su mirada de ojos grises.

—Creo que sí.

Kate la señaló con el dedo y le dijo:

—Ten cuidado, hija. Tal vez empiece a asomarse para mirarte.

Grace se echó a reír.

—Señorita Kate, estoy a punto de tener un hijo. Ningún hombre me va a mirar como está pensando.

Kate se echó a reír.

—Ese bebé no te afea, cariño. Tan solo te da un aspecto muy sensual y fértil.

Grace se agachó y colocó el violín y el arco en la funda.

—No se preocupe por mí, señorita Kate. A este hombre no le preocupa encontrar una mujer fértil. No desea casarse, conque menos tener un hijo.

—Vaya. Parece peor que el otro.

De repente Grace recordó la suavidad de los labios de Jack, su aroma, el intenso placer que esos breves segundos le habían proporcionado. A pesar del calor del porche, estaba casi temblando.

—Quizá tenga razón, señorita Kate. Quizá tenga razón.

Esa tarde Jack se limpió el sudor y miró furtivamente a su alrededor. Menos mal que no tenían vecinos cerca, de otro modo habrían sospechado al verlo en el patio de Grace.

Probablemente no debería haber entrado en la casa, pero no había otro modo de ver el termostato que controlaba el aparato de aire acondicionado. Había descubierto un cable suelto y una vez arreglado el aparato parecía funcionar perfectamente.

Estaba contento de haber terminado el trabajo antes de que Grace

llegara a casa. La noche anterior había pasado mucho rato tumbado en su agradable y fresco dormitorio, preguntándose cómo podría dormir Grace con tanto calor. Y encima en un estado tan avanzado de gestación.

Lo que Jack no sabía era por qué eso lo preocupaba. No era culpa suya que la mujer estuviera embarazada y sin dinero. Él no era su tutor. Además, no debería meter la nariz en los asuntos de Grace, ni siquiera aunque Trent fuera el padre del bebé.

Aun así, no descartaba totalmente que los planes futuros de Grace incluyeran a Trent de algún modo. Desde luego parecía amable, buena, e incluso no interesada en el dinero, al menos en la cantidad que poseían los Barrett. ¿Pero qué haría cuando naciera el bebé y su bolsillo no pudiera soportar los gastos? ¿Y qué iba a hacer Jack? ¿Quedarse allí hasta que naciera el bebé, solo para averiguar a quién le iba a pedir dinero? No podía. Tenía un trabajo, una vida propia.

Jack se quitó la camiseta sudada y entró en el bungaló. Fue a la nevera, abrió una botella y dio un buen trago de cerveza helada.

Antes de que pudiera dar un segundo trago, el teléfono móvil que se había llevado consigo empezó a sonar. No muchas personas tenían el número. Solamente Irene, su hermana Jillian y un par de socios. La lkamada sería sin duda importante.

Fue hacia el salón y apretó el botón del teléfono.

—¿Qué estabas haciendo, Jack? —era Irene—. Tú nunca estás lejos del teléfono.

—Recuerda que vine aquí para alejarme del teléfono precisamente —se apresuró a recordarle—. Solo he contestado porque pensé que era algo urgente.

Su secretaria se echó a reír.

—Me ha parecido urgente asegurarme de que seguías vivo.

Él hizo una mueca.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—Hoy te he llamado un par de veces, pero no me has contestado.

—He estado fuera de casa, lejos del teléfono.

No pensaba decirle lo que había estado haciendo. Seguramente se echaría a reír. O peor aún, le diría que era un imbécil por interesarse por una mujer embarazada diecisiete años más joven que él.

—Bueno, siento haber interrumpido, pero desde que hablé ayer contigo estoy preocupada.

—Es sábado, Irene. ¿No estás en casa?

Su secretaria hizo una pausa y luego se echó a reír con incredulidad.

—¿Desde cuándo he tenido tiempo de tomarme los sábados libres?

Estoy hasta arriba de trabajo.

Él frunció el ceño, bebió otro sorbo de cerveza y dijo:

—Olvídalo, Irene. Vete a casa y haz lo que te plazca.

—¡Jack! ¿Has olvidado que el caso de la empresa de neumáticos está a la vuelta de la esquina? Querías tener toda la información mecanografiada y preparada para cuando volvieras. Y está también el caso de la compañía farmacéutica; ya sabes que la investigación se tambalea… incluso aunque tus socios estén haciendo parte del trabajo.

—Tienes ahí empleados para ayudarte —le recordó.

—No los suficientes.

—Entonces contrata a un par de trabajadores temporales. O a dos o tres fijos.

—¿Yo sola? No tengo autoridad para hacerlo.

—Yo te la estoy dando.

Irene resopló y Jack se la imaginó recostándose sobre el respaldo de la butaca.

—¿Jack, has ido a nadar y has pisado una medusa venenosa? Estoy empezando a pensar que algo te ha afectado a la cabeza.

—No estoy enfermo, Irene. O bien llevo cuarenta años loco o me he vuelto ahora. No sé bien cuál de las dos cosas. Pero no importa. Haz lo que te digo y vete a casa. Deja de preocuparte por Barrett, Winslow y Layton.

—¿Eso es lo que has hecho tú?

De momento Jack había dejado de pensar totalmente en la empresa. Llevaba dos días y medio en los que solo podía pensar en Grace. Lo cual era sin duda perjudicial. Pero obsesionarse con ella no podía ser mucho peor que dejarse controlar por el trabajo. ¿O sí?

—Durante los últimos dos días lo he hecho. En cuanto a ti, el mismo lunes quiero que contrates a varias personas y les ofrezcas el salario que te parezca. Y tú súbete el sueldo quinientos dólares.

—¿Al mes? —preguntó asombrada.

Esa vez Jack se echó a reír.

—Eso es lo que he dicho.

—Está bien, no voy a discutirte eso —dijo despacio—. ¿Quieres que me ocupe de algo más?

Jack pensó un momento.

—Sí. Dame el número de teléfono de Jillian.

—¿No te sabes el número de tu hermana? —dijo con desaprobación—. Qué vergüenza —le reprochó.

Jack hizo una mueca.

—Hay muchas cosas por las que debería sentirme avergonzado. Pero Jillian sabe que la quiero.

En el fondo, no se había metido en aquel lío por Trent, sino por su hermana. Empezaba a creer que el joven no merecía nada más que una patada en el trasero. Su hermana ya había sufrido bastante en la vida. Si le era posible, Jack quería evitarle más disgustos.

Anotó el número que Irene le dictó en un cuadernillo que había junto al teléfono. Después terminó la conversación y se sentó.

Cuando se había terminado la botella aún no sabía qué excusa inventar para llamar a su hermana sin que esta sospechara que algo iba mal. La única plausible era decirle que como estaba de vacaciones, tenía un rato para charlar con ella. Pero incluso eso le parecería sospechoso a Jillian, que sabía que su hermano nunca se iba de vacaciones.

Alguien llamó a la puerta y Jack salió de su ensimismamiento. Se puso de pie y fue rápidamente a abrirla. No se sorprendió al encontrar a Grace en el umbral, pero sí lo que sintió al verla: una especie de corriente eléctrica de pies a cabeza.

—Hola, Grace.

Ella se limitó a mirarlo con expresión interrogante.

—¿Te importaría decirme lo que crees que haces?

—Pues bebiéndome una cerveza. ¿Te molesta?

Grace giró los ojos y apretó los labios.

—No. Y no te hagas el tonto. Sabes a qué me refiero.

Jack abrió la puerta de par en par y la invitó a pasar. Hasta que no hubo cerrado la puerta no se dio cuenta que solo llevaba un par de téjanos viejos y unas zapatillas de tenis igualmente gastadas. Le paseó la mirada por el pecho desnudo, aún más ancho y musculoso de lo que se lo había imaginado.

Tenía una suave mata de vello rojizo en medio del pecho, y el estómago liso y musculoso. Tragó saliva y se dijo para sus adentros que en realidad no deseaba acariciarlo, ni enredar los dedos entre el rizado vello. Estaría loca si se permitiera a sí misma desear a aquel hombre.

—¿Te apetece algo de beber? —le preguntó él.

Ella negó con la cabeza.

—No, gracias. Solamente quiero saber por qué… bueno, por qué te ha parecido bien reparar mi aparato de aire.

Él le sonrió.

—¿No te gusta estar fresquista?

—Por supuesto que sí. Es estupendo. Pero esa no es la cuestión.

Él fue hacia la cocina y Grace se vio obligada a seguirlo.

—Es la única cuestión —dijo mientras sacaba otra cerveza de la nevera—. El aire no te servía de nada tal y como estaba. Pero ahora sí.

¿Qué tiene eso de malo?
—De acuerdo —dijo con cierta exasperación—. Entonces dame la factura. La pagaré de algún modo.
Jack se volvió a mirarla mientras abría la cerveza.
—No hay factura que valga, Grace. Lo he reparado yo solo.
—¡Lo has reparado tú! ¿Me has estado mintiendo?
Jack, que iba a dar un trago, retiró la botella al oírla.
—¿Qué quieres decir con mentir?
—Me dijiste que eras abogado, no técnico de aparatos de aire.
Jack se relajó visiblemente.
—Soy abogado, pero eso no significa que sea un inútil con los ingenios mecánicos.
Como ella no parecía convencida, Jack añadió:
—Tenía un buen amigo en la facultad que era un genio con los motores, o cualquier cosa mecánica o eléctrica. Aprendí un montón de cosas yendo por su garaje.
Grace adoptó de pronto una expresión de burla.
—Me imagino que en esa época estabas más interesado en las chicas que en nada que tuviera que ver con los motores.
Jack sonrió.
—Para entonces ya había aprendido todo lo que necesitaba saber de eso.
—¿De verdad?
Jack sonrió aún más y Grace sintió una ligera opresión en el pecho al ver su deslumbrante sonrisa de blancos dientes.
—Sí. Aprendí que si no quería meterme en líos debía mantenerme alejado de ellas.
Grace estaba haciendo un gran esfuerzo para centrarse en el tema que tenían entre manos.
—Si aprendiste tanto entonces deberías saber que cuando uno mete la nariz en la vida de una mujer también se mete en líos.
Él la miró con incredulidad.
—¿Vida privada? Vamos, solo he arreglado un cable que se había soltado, no he ojeado tu diario.
—No tengo diario —dijo concisamente.
—Ya entiendes lo que quiero decir —le respondió.
Ella resopló ruidosamente.
—Sí, pero debes entender que es mi aparato de aire acondicionado. ¡No tenías derecho a arreglarlo!
—Bueno, pues discúlpame por intentar ser amable —dijo en tono sarcástico.
Jack se bebió media cerveza de un trago.

—¡No te pedí que fueras amable! —le respondió—. Pero ahora…

Se interrumpió bruscamente y Jack vio que miraba hacia un lado y se mordía el labio inferior. Estaba muy enfadada con él, de eso se dio cuenta, pero no entendía por qué.

—¿El qué? ¿Qué pasa ahora?

Le echó una mirada cargada de acusación.

—Bueno, no tengo otro remedio que pagarte por la reparación.

Jack abrió la boca con sorpresa y seguidamente la cerró y apretó los dientes.

—Ni hablar.

—No lo aceptaré de otro modo —dijo rotundamente.

—¡Estás loca! He unido dos cables y he apretado un tornillo. Pues vaya cosa. No quiero que me pagues; no lo he hecho por eso.

—¿Entonces por qué lo has hecho?

Vaya, tenía que preguntarle algo que no quería siquiera contestárselo a sí mismo. Al final decidió decirle la verdad.

—Porque no quiero que pases calor y estés angustiada. Sobre todo de noche, cuando estás intentando dormir. ¿Te parezco tan malo por eso?

No, Grace pensó angustiada, le parecía todo lo contrario. De repente no podía seguir allí delante de él. La emoción le atenazó la garganta y tenía ganas de llorar. Antes de hacerlo, se dio la vuelta y salió del bungaló a toda prisa.

Jack tiró la botella de cerveza a la basura y se pasó las manos por los cabellos. Le había reparado el aire sin pedirle permiso porque sabía que se habría negado. Después de pensárselo, se había dicho a sí mismo que Grace se alegraría. Pero, al final, se había enfadado con él.

Paseó por la diminuta cocina durante unos segundos. Entonces soltó un taco y salió por la puerta, cruzó el patio y entró en casa de Grace. Se la encontró en la cocina, sentada a la mesa y con la cabeza apoyada sobre los brazos. Estaba llorando en silencio. Ella no le había oído entrar, y por un instante Jack se quedó mirándola y sintiendo cosas extrañas. En su vida había visto llorar a muchas mujeres; Lenore, por ejemplo era una experta en derramar lágrimas de cocodrilo para conseguir algo. A través de los años, Jack se había hecho insensible a las lágrimas.

Pero con Grace era distinto. No había querido que Jack la viera llorar, y él comprendió que estaba llorando porque algo le había dolido de verdad. Jack detestaba pensar que pudiera ser por culpa suya.

Se acercó en silencio a ella y le puso la mano sobre la brillante mata de pelo negro.

—¿Grace, qué te ocurre?

Rápidamente levantó la cabeza de la mesa y volvió la cara lo suficiente para verlo.

—¿Qué haces aquí? ¿No has hecho ya suficiente por hoy?

Le temblaba la voz de dolor y resentimiento. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados.

—¿Quieres que me disculpe? —le preguntó con amabilidad.

—No. Es demasiado tarde. Has estropeado todo.

Tenía el pelo sedoso. Antes de darse cuenta se lo estaba acariciando lentamente.

—¿Por qué, Grace? Vas a tener que explicármelo, porque, francamente, no entiendo nada.

El hecho de que sus caricias le resultaran tan agradables y dulces la atormentó aún más. Una cosa había sido hacer el ridículo con Trent, pero enamorarse de Jack Barrett sería algo propio de la veleidosa de su madre.

Grace tragó saliva y respiró hondo, intentando calmarse.

—Porque no quiero estar en deuda. Ni contigo, ni con ningún hombre.

Él arqueó las cejas.

—Yo no pretendo que estés en deuda conmigo. Esa no fue mi intención. Solo estaba intentando ayudarte.

El dolor le laceró el corazón y se echó de nuevo a llorar. Apretó los ojos con rabia y volvió la cabeza.

—No quiero que ningún hombre me ayude —añadió con amargura.

—Tú me pediste un trabajo —le recordó con suavidad—, ¿No es eso lo mismo?

—No.

Jack soltó un suspiro.

—En otras palabras, te parece bien trabajar para un hombre, pero eres demasiado orgullosa para aceptar su ayuda, ¿no?

Se limpió las lágrimas con el envés de la mano y Jack sintió un deseo apremiante de abrazarla y besarla hasta que se calmara. Que Dios le librara de hacerle daño a esa mujer; fuera cual fuera la razón.

—No soy demasiado orgullosa, Jack. Pero aprendí una lección con Trent. Los hombres siempre esperan algo a cambio del favor más pequeño. Cuando hacen algo siempre es por su propio interés.

Sus palabras lo molestaron y al hablar lo hizo enfadado.

—Yo no espero ni quiero nada de ti.

Pero no era cierto, Jack se dijo con pesar. Quería información y respuestas; si Grace supiera su secreto lo odiaría.

—Quizá no —dijo cansinamente—. Pero ahora ya no puedo trabajar para ti; no estaría bien.

Jack se enrolló al dedo un mechón de su pelo, y sintió ganas de tirar de ella y ponerla de pie.

—¿Por qué?

Ella lo miró sorprendida.

—No podría aceptar dinero tuyo si tú no quieres aceptar el mío.

Que Grace quisiera que su relación fuera estrictamente laboral lo molestó aún más. No deseaba que fueran patrón y empleada. Quería que fueran más, mucho más.

¿Como qué? ¿Amigos? ¿Amantes? Eso no podría ser. En cuanto descubriera que era el tío de Trent todo terminaría entre ellos. ¡Y, además, la idea en sí era una locura! No quería ninguna relación con una mujer.

—De acuerdo, Grace. Trabajé durante treinta minutos. Así que dame diez dólares. ¿Te quedarás contenta así?

Grace se puso de pie e intentó sonreírle.

—Sí. Pero no es un precio justo.

—No tengo licencia de electricista, así que no te puedo cobrar la tarifa oficial. Y como estoy a solo unos metros de aquí, tampoco te puedo cobrar el desplazamiento. Diez dólares es un precio adecuado.

Ella lo miró a los ojos durante un buen rato, y Jack se preguntó si lo estaría viendo por dentro; si estaría viendo las mentiras y el engaño.

—De acuerdo. Me parece bien —dijo en voz baja—. Deja que vaya a por el bolso.

Lo dejó allí junto a la mesa y durante una décima de segundo Jack pensó en marcharse. No quería aceptar su dinero, y menos aún meterse más y más en su vida como lo estaba haciendo. ¿Pero qué adelantaría? Grace lo seguiría, y estaba claro que lo último que deseaba era estar en deuda con él.

La idea lo irritó en extremo.

Se metió las manos en los bolsillos y fue hacia la puerta que daba al patio. Por la ventana vio las sombras del atardecer cayendo sobre el jardín. Pronto se haría de noche y las flores se abrirían para exhalar su dulce perfume. Jack no recordaba si su casa de Houston tenía ese tipo de flores blancas u otra clase de plantas. Irene le hacía un cheque mensual a un jardinero para que la finca estuviera bien cuidada, pero él apenas se fijaba al marcharse o volver del trabajo. En realidad, apenas salía al jardín. Pero le gustaba el acogedor jardín de Grace, sus colores y el aroma de aquellas flores blancas.

El sonido de sus pasos interrumpió sus pensamientos y se volvió para verla acercarse a él. Mientras la miraba se dio cuenta que la

redondez de su vientre resultaba tan bella como su rostro.

—Aquí están los diez dólares —le dijo mientras le pasaba dos billetes de cinco.

Jack no quería aceptar el dinero. Estaría ciego para no ver lo mucho que lo necesitaba. Pero no quería discutir más con ella y que se echara a llorar. Encontraría el modo de devolvérselo.

—Gracias, Grace —murmuró.

Entonces, incapaz de resistirse, le echó la mano a la espalda y empezó a acariciársela.

Ella lo miró con confusión y Jack se preguntó si percibiría el angustiado anhelo que sentía en ese momento.

—¿Jack, qué…?

—Aceptar tu dinero es una estupidez, Grace. Casi tanto como esto…

Mientras se inclinaba a besarla vio el desconcierto dibujado en su rostro. El íntimo contacto le arrancó un gemido y al oírlo Jack se animó a continuar. La abrazó hasta que sus pechos y su vientre le aplastaron el pecho desnudo. Mientras su lengua cruzaba la barrera de sus dientes le hundió los dedos en la espesa mata de pelo.

No podía recordar haber saboreado algo parecido a la boca de esa mujer. Era como un trago de coñac caliente en una noche muy fría. Jack experimentó un inmenso calor y la urgente necesidad de poseerla.

Ella le echó los brazos, suaves y finos, al cuello y seguidamente le acarició los cabellos, presionándole la cabeza suavemente, como si no quisiera que se apartara de ella.

Jack le acarició la espalda y después llegó hasta los suaves y redondos pechos bajo la suave tela de su blusa. Deseaba desesperadamente tocarla y saborearle la piel, ver al descubierto sus curvas femeninas. Quería acariciarle los pechos y besarle los pezones; los mismos pezones que su bebé chuparía.

Ojalá la semilla que crecía en su interior hubiera sido plantada por él. Oh, Dios mío, cuánto le hubiera gustado.

La idea era tan descabellada, tan inesperada, que Jack se asustó muchísimo. Al momento se apartó de ella y fue hacia la puerta.

—Jack, qué… ¿Te marchas?

Jack se volvió, y al verla tan dolida sintió asco de sí mismo.

—¿No te parece que ya es hora?

Fue hacia él, pero Jack sabía que si la tocaba se perdería del todo. En realidad temía que ya le hubiera pasado.

—Sí, supongo que sí —murmuró ella con tristeza—, ¿Entiendes ahora por qué antes estaba tan disgustada? Bueno, no quiero que estés

tan cerca de mí. No puedo permitírtelo, Jack. Tengo que pensar en mí y en el bebé.

Todo lo que estaba diciendo era razonable, sensato. Sin embargo, a Jack le dolía cada palabra.

—Hace un momento me besabas como si no me estuviera acercando a ti lo suficiente.

Grace se ruborizó y lo miró con arrepentimiento.

—Soy humana —le dijo sin mirarlo a la cara—. Y a veces una mujer necesita sentirse deseada. No lo estropees todo ahora diciéndome que no me has deseado. Al menos durante un par de minutos.

—No se me da tan bien mentir, Grace.

Entonces, antes de que pudiera detenerlo, salió por la puerta. Y ella se quedó allí temblando, preguntándose desesperadamente por qué sentía tales deseos de ir tras de él.

Capítulo 7

Esa noche, cuando Jack se había serenado lo suficiente, llamó a su hermana. E incluso entonces marcó los números de mala gana.

Por la tarde, después de dejar a Grace, se había metido en el coche y había conducido hasta Gulfport. Después había hecho los más de veinte kilómetros de vuelta a Biloxi simplemente para concentrarse en el tráfico y el paisaje a su alrededor en lugar de en la creciente necesidad que sentía hacia Grace.

Desesperado, se había detenido en la Dama de la Suerte y había echado unas cuantas manos al blackjack. Se había jugado los dos billetes de cinco que le había dado Grace y los había transformado en más de cien dólares. Se preguntó qué diría Grace cuando le diera el dinero.

—¿Diga? ¿Diga?

De pronto se dio cuenta de que era la voz de Jillian.

—Hola, hermana. ¿Estabas en la cama?

—¡Jack! ¿Qué estás haciendo? —preguntó extrañada—. ¿Pasa algo?

Era natural que pensara que algo iba mal; raramente llamaba a su hermana. Siempre esperaba a que ella lo hiciera.

—No ocurre nada. Se me ocurrió llamar a ver qué hacías.

Ella empezó a toser y Jack volteó los ojos.

—Oh, venga, Jillian, de vez en cuando te llamo, ¿no?

—Bueno, supongo que una vez al año es mejor que nada. ¿Pero qué pasa? ¿Has estado trabajando hasta tarde y decidido que querías hacer una pausa?

Estiró las piernas mientras escogía las palabras cuidadosamente.

—En realidad no estoy trabajando. Estoy en Biloxi pasando unos días de descanso, eso es todo.

Su hermana se quedó un rato callada y luego le preguntó:

—¿Jack, estás borracho?

Jack se echó a reír. Por encima de todo, no quería que Jillian sospechara que algo no iba bien.

—Hace años que no me emborracho. Simplemente decidí que necesitaba tomarme unos días de descanso, e Irene me aseguró que ella podría hacerse cargo.

—Irene es la única que puede hacerse cargo, eso desde luego. Y me alegro que por fin te hayas convencido de que necesitabas unas

vacaciones, Jack. Quizá estando allí te des cuenta que en la vida hay más cosas aparte de ganar un caso.

Jack quería decirle que lo que estaba intentando hacer era evitar un caso, precisamente en relación con su hijo. Pero no dijo nada.

—Ni siquiera quiero pensar tanto, hermana. Aprovecho que estoy lejos de la oficina para disfrutar del sol y del mar. Y también de la soledad.

—¿Ah, así que estás ahí solo? Imaginaba que te habrías llevado a alguna amiga.

—Tu hermano ha jurado dejar a las mujeres.

Jillian se echó a reír.

—¿Desde cuándo?

Desde que había conocido a una diosa morena de ojos verdes y labios de cereza.

—Desde que me di cuenta que no me hacían feliz.

—Jack, me gustaría que no sintieras tanta amargura hacia las mujeres —dijo -con desaprobación—. No todas somos tan malas.

—Tú no, querida hermana.

—Ay, Dios mío, si me hablas así supongo que querrás algo de mí a cambio.

Parecía que Grace tenía razón sobre lo que pensaba de los hombres. Incluso de él, pensó con culpabilidad.

—No, solo quería oír tu voz… recordar que todavía tengo una familia.

—Jack —dijo con afecto—. Tú sabes que siempre te llevo en mi corazón. Tú y yo solo nos hemos tenido el uno al otro.

—Tú tienes a Trent —señaló.

—Sí. Al menos fui bendecida con mi hijo antes de que Paul decidiera que no quería que una esposa y un hijo le pusieran trabas a su vida de playboy.

Jack se frotó la mandíbula mientras intentaba decidir hasta dónde podría preguntarle sobre Trent sin que Jillian sospechara nada.

—¿Por cierto, cómo está Trent?

—Estupendamente. Consiguió el empleo que tanto quería. Ese con Petroleras Americanas.

—¿En Houston?

—Sí. No es maravilloso.

Por una parte Jack no estaba tan seguro de ello. ¿Por qué Trent tenía tanta suerte mientras Grace estaba allí intentando arreglárselas sola? La idea lo asqueó.

—Me alegro por él. Supongo que el sueldo será estupendo.

Ella mencionó una cifra escandalosa y se echó a reír.

—Y me parece a mí que lo va a necesitar. Parece que va en serio con una joven de Houston.

Jack hizo una mueca de asco, se puso de pie, y se dirigió hacia la ventana desde donde se veía la casa de Grace. Había una luz encendida y Jack no pudo evitar preguntarse qué estaría haciendo, y si, como él, estaría pensando en el beso que se habían dado.

—¿Así que crees que tu hijo tiene intención de casarse?

—No me sorprendería que cualquier día de estos viniera y me dijera que se han prometido. Eso es lo que espero. Es una chica estupenda, y de una familia muy respetable. Y la verdad es que estoy deseando tener un nieto.

Jack cerró los ojos y se pellizcó el caballete de la nariz. No pensaba decirle a su hermana que estaba a punto de tener uno. Aunque Jillian tenía un gran corazón, se quedaría deshecha si se enterara de que su hijo había eludido las responsabilidades como hombre y que había resultado no ser mejor que el loco de su padre. Y, aunque conocía poco a Grace, sabía que no querría que su hijo tuviera una abuela solo por obligación.

—Así que pertenece a una buena y respetable familia de Houston —repitió en tono seco—. Eso te importa mucho, ¿verdad, Jillian?

—¡Jack! ¡Qué desagradable te poner a veces! ¡Sabes de más que no soy una esnob!

—Oh, venga, Jillian, sabes que no te alegrarías tanto si Trent te llevara a casa a alguna pobre chica que jamás hubiera oído hablar de una puesta de largo.

—Bueno, no, debo admitir que no sería… pero no por la razón que tú me das —dijo en tono dolido—. Tengo el suficiente sentido común para saber que si Trent se casara con una chica pobre el matrimonio no duraría.

Probablemente tampoco duraría con una rica, quiso decirle Jack. Soltó un largo suspiro y se pasó la mano por la cara.

—Lo siento, Jillian. No debería haberte dicho eso.

—Jack, te has vuelto tan cínico que a veces me da miedo pensarlo.

—No ha sido mi intención hacerte daño, Jillian.

Pero mientras su hermana se regodeaba mientras le contaba lo del compromiso de Trent, él no había hecho más que pensar en Grace. En su bondad, en su amabilidad, en su orgullo. Era tan buena o mejor que cualquier princesa de la alta sociedad que hubiera nacido entre algodones. Pero en cuanto a Jack, Jillian jamás sabría lo de Grace ni la conexión que tenía con Trent.

—Tendrás que disculparme. Estoy… revisando unos documentos en este momento… que son un poco difíciles.

—Jack —dijo su hermana en tono suave—. Los dos sabemos que tienes que dejar la empresa, así que no voy a molestarme en echarte el mismo sermón. Lo único que voy a decirte es que necesitas un cambio en tu vida. Un cambio drástico. De lo contrario, nunca serás feliz.

Él suspiró.

—El venir a Biloxi es un comienzo. Y quizá dentro de poco tome una decisión en lo referente a la empresa.

—Ojalá decidieras también que quieres tener una esposa e hijos.

Jack se echó a reír de modo burlón.

—¿Empezar a mi edad?

—Eres un hombre joven, Jack. Necesitas una familia. Llevas todos estos años intentando llenar ese vacío con el trabajo. Pero no es lo mismo, créeme.

Jack hizo una mueca. No le hacía ninguna falta que Jillian le dijera todo eso. Nunca le había dicho esas cosas y no sabía por qué había elegido precisamente esa noche para hacerlo.

—Pues no veo que tú estés haciendo ningún esfuerzo para volverte a casar, y llevas soltera mucho más tiempo que yo.

Jillian se quedó en silencio unos segundos y luego continuó.

—Créeme, Jack, si diera con la persona adecuada no me lo pensaría dos veces. Pero el amor es algo especial. No lo encuentra uno así como así. Algunas personas lo encuentran. Le pido a Dios que si lo encuentras tú, no lo dejes pasar.

Jack quería decirle que el amor no existía. Ya no. Los tribunales estaban llenos de sentencias de divorcio y los matrimonios se rompían a diario. Dos hijos y un montón de dinero no habían conseguido que sus padres se quedaran juntos. Y nada podría haber evitado que él y Lenore se hubieran separado. No, Jack no quería nada de eso. Había intentado amar, y en el proceso había aprendido que no existía.

—¡Jack! ¿Me has oído?

Jack salió de su ensimismamiento y se volvió de espaldas a la ventana.

—Perdona, hermana, ¿qué decías?

—Te estaba preguntando si estás en tu casa de la playa; la que le prestaste a Trent en invierno.

—Sí, estoy aquí. ¿Por qué?

Ella se echó a reír.

—Espero que te haya dejado la casa ordenada y todo eso. Ya sabes que siempre lo deja todo por ahí tirado.

Jack maldijo para sus adentros. Durante años, antes de divorciarse de Paul, Jillian se había estado engañando a sí misma con referencia a su marido. Solo había querido ver las cosas buenas en él y ninguna

de las malas. Estaba claro que hacía lo mismo con su hijo.

—No ha dejado nada desordenado —le aseguró.

Al menos no en la casa, pensó con gravedad. Entonces, antes de que Jillian pudiera continuar, terminó la conversación con la promesa de llamarla pronto.

A la mañana siguiente Jack estaba arreglando una contraventana que estaba un poco suelta cuando vio a Grace bajando por el camino en dirección al coche. Llevaba puesto un vestido largo color rosa moteado de pequeñas flores azules. En una mano llevaba un sombrero de paja y en la otra un libro blanco pequeño, parecido a una biblia. Era domingo. Grace iba de camino a la iglesia.

Se bajó de la escalera a toda prisa y la alcanzó justo cuando ella se disponía a abrir la puerta del coche.

—Buenos días, Grace.

Se volvió hacia él y Jack se sorprendió al ver una leve sonrisa dibujada en sus labios. Después del insensato encuentro de la noche pasada en la cocina, no sabía cómo iba a reaccionar.

Llevaba el pelo recogido a ambos lados de la cara con dos peinetas de perlas y en las orejas llevaba unas perlas en forma de lágrima; completaba el conjunto un collar también de perlas. El sol de la mañana le besaba la piel, que era de un rosado dorado. Tenía un aspecto precioso y descansado, y con solo mirarla sintió una gran alegría por dentro.

—¿Vas a la iglesia?

Ella asintió, entonces le echó una mirada al martillo que tenía en la mano.

—¿Estás construyendo algo?

—Solo estoy haciendo algunas reparaciones en la casa. Yo… quería hablarte de algo. Pero puede esperar —dijo, pensando en el dinero que había conseguido en La Dama de la Suerte.

—¿Te gustaría venir conmigo a la iglesia? —lo invitó.

Él arqueó las cejas y se echó a reír.

—¿Yo, a la iglesia? Grace, el techo podría derrumbarse.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Lo dudo. Todos somos pecadores.

Sí, y en esos últimos días él estaba pecando aún más. Pero eso iba a cambiar.

La noche anterior, después de hablar con Jillian, se convenció de que Trent había utilizado a Grace y luego había vuelto a su lujosa vida, sin remordimientos ni nada por el estilo. Jack no deseaba que su hermana sufriera a causa del mezquino comportamiento de su hijo. Pero cuanto más conocía a Grace, más convencido estaba de que

jamás entraría en acciones legales para quedarse con una parte de la fortuna de Trent. En ese momento lo que más le preocupaba a Jack era cómo decirle que le había estado mintiendo.

—No estoy vestido adecuadamente para ir a la iglesia.

—Estás bien con esos pantalones de soldado y esa camisa. No somos una congregación muy elegante —le dijo con una sonrisa.

—De acuerdo —accedió—. Deja que guarde las herramientas y te llevaré. Y después, tengo algo con lo que me gustaría que me ayudaras.

* * *

Desde la muerte de su abuelo Grace no había tenido a nadie que se sentara junto a ella durante el servicio. Durante el sermón, allí sentada junto a Jack, compartiendo su biblia con él, su presencia la llenó de calor y bienestar.

Cada vez que se volvía y se miraban a los ojos, él le sonreía suavemente, como si estuviera contento de estar al í con ella.

Después del servicio, varias amistades y conocidos de Grace se acercaron a ellos. Cuando les presentó a Jack se alegró mucho al ver la sinceridad con que este les daba la mano y los saludaba. Su actitud era bien distinta del duro cinismo que había mostrado unos días atrás. Se preguntó si ella sería la única que tenía conocimiento de ese aspecto de su personalidad, o si quizá esos días que llevaba en Mississippi estaban empezando a relajarlo.

—Gracias por venir conmigo a la iglesia —dijo mientras se montaban en el elegante sedán de Jack—. Me ha gustado mucho tenerte aquí conmigo.

Él la miró mientras encendía el motor.

—Gracias por invitarme, Grace. Tenéis una congregación muy agradable; es la primera iglesia en la que me he sentido a gusto en mi vida. Me ha dado la impresión de que todos estabais allí para adorar a Dios, no para ver cómo iba vestido el vecino.

Ella se echó a reír.

—Ya te dije que somos personas sencillas. Por cierto, no tenías por qué poner ese billete tan grande en la cesta de los donativos.

Él se volvió a mirarla rápidamente.

—No sabía que lo hubieras visto.

Grace había notado que había doblado el billete cuidadosamente para que nadie viera o sospechara que lo había puesto él. Y el hecho de hacerlo con tanta discreción hizo que Grace lo mirara con más respeto.

—Ha sido un gesto muy generoso.

Su halago le hizo sentirse incómodo, sobre todo porque a cada momento que pasaba le pesaba más el haberle mentido.

—¿Tienes la tarde libre?

Ella se volvió a mirarlo.

—Sí. ¿Por qué?

—Pensé que quizá no te importe acompañarme al supermercado. Necesito comprar comida. Puedes tomártelo como parte del trabajo, si así te vas a sentir mejor.

Grace sabía que no debía ir con él a ningún sitio. Pero él la había acompañado a la iglesia sin protestar y se había mostrado muy amable con sus amistades. No se podía negar.

—De acuerdo —accedió—. ¿Quiere decir esto que te vas a quedar más tiempo del que habías planeado?

Él no contestó inmediatamente y Grace notó que estaba aguantando la respiración de la emoción.

—No estoy seguro… del tiempo que me voy a quedar…

—¿Qué quiere decir eso?

Él la miró con irritación.

—Quiere decir que aún no lo he decidido. ¿Por qué? Ya estás harta de tenerme como vecino, ¿no?

Ella se cruzó de brazos y los apoyó sobre el abdomen.

—Cometí el error de confiar en mi último vecino —dijo mientras miraba por la ventana abierta.

Si Jack fuera inteligente, aprovecharía aquel momento para sincerarse con Grace, para decirle quién era y explicarle por qué no le había dicho la relación que tenía con Trent. Pero en el fondo sabía que si le decía la verdad, Grace lo odiaría y no quería renunciar a estar con ella. Ella le hacía sentirse joven y lleno de energía.

Estando con ella, había vuelto a pensar que quizá pudiera empezar de nuevo.

—No tengo intención de hacerte daño, Grace.

—Quizá no —dijo sin mirarlo—. Pero parece que hay momentos en los que no congeniamos.

—Mira Grace, ayer por la noche…

—Todavía me siento confusa por lo de anoche, Jack. La verdad es que prefiero no hablar de ello ahora.

Puso el intermitente y tomó el camino del supermercado.

—¿Por qué? ¿Porque te avergüenza? ¿Porque ahora que has tenido tiempo de pensarlo no quieres reconocer que te gustó besar a un viejo como yo?

Ella se volvió y lo miró de hito en hito.

—¿Es que has perdido la cabeza? En lo que a mí respecta, tu edad

no tiene nada que ver con lo de anoche. Y te repito, tú no eres viejo.

Soltó un sonoro suspiro mientras metía el coche en el aparcamiento del súper, no demasiado lejos de la entrada.

—Si mi edad no tiene nada que ver con ello, entonces…

De pronto ella lo miró con ojos suplicantes.

—¿Es que no lo entiendes, Jack? Me muero de miedo al pensar en confiar en otro hombre. Me he dado cuenta que nos hemos besado de una manera que lo contradice. Pero debo reconocer que me atraes. Y mucho. Aun así, eso no quiere decir que sea lo correcto o lo más sensato.

Jack se inclinó hacia ella y le acarició la mejilla.

—Grace, desde que te conozco me parece que estoy haciendo el ridículo. Normalmente no me comporto así nunca.

Grace no podía evitarlo. El roce de sus dedos le derretía el corazón.

—¿Entonces cómo te comportas con otras mujeres?

Él esbozó una tímida sonrisa.

—No tan bien como contigo.

De repente ella se echó a reír y Jack sintió un gran alivio. No había sido su intención que la conversación se volviera tan seria; tampoco sacar a relucir el apasionado beso que se habían dado la noche antes. Pero cuando estaba con Grace perdía el control. Y eso era algo que jamás se había permitido a sí mismo anteriormente.

—Vamos —le apremió—. Hagamos la compra.

Dentro de la tienda, Grace y Jack caminaron juntos por el pasillo principal.

—¿Qué quieres que haga por ti, Jack? ¿Decirte los ingredientes que necesitas para cocinar?

Él sacudió la cabeza.

—Quiero que empieces a meter en el carro todo lo que te guste o todo lo que creas que pueda apetecerte.

Ella se echó a reír.

—Esta compra es para ti, no para mí. Dime lo que te gusta y yo te ayudo a elegir las mejores marcas y a escoger la fruta y las verduras.

—No, Grace. Esto va a ser para ti. Bueno, yo también comeré parte —concedió—. Pero la mayoría de las cosas serán para ti.

Se paró en seco.

—Por favor, Jack, no quiero discutir aquí —dijo en voz baja—. Los demás clientes nos van a oír y me da vergüenza.

La miró y le sonrió con suficiencia.

—Entonces no discutas.

—No dejaré que me pagues mi comida. No es tu obligación.

—Yo no la voy a pagar, lo va a hacer La Dama de la Suerte.

Ella lo miró desconcertada.

—¿De qué hablas?

—Me llevé los dos billetes de cinco dólares que me diste por arreglarte el aire y me los jugué al blackjack. Tu dinero me dio suerte, y doblé la cantidad varias veces.

Grace abrió la boca pero la volvió a cerrar.

—Jack, eres increíble. A veces me pregunto si debería creer nada de lo que me cuentas.

Jack deseó poder haberle dicho siempre la verdad, pero no era así. Y le hizo pensar en lo mucho que necesitaba y deseaba ser merecedor de la confianza de Grace.

—Si no me crees, puedes preguntárselo al croupier. Seguro que se acuerda de la sustanciosa propina que le di.

—¡Jack! Como si fuera a creer que ganaste apostando los dos billetes que te di.

Jack soltó un suspiro de frustración.

—Ya sabía que ibas a discutírmelo. Por eso no te he ofrecido el dinero. Sabía que no lo aceptarías.

¿Por qué era tan generoso con ella? ¿Querría algo a cambio?

Pero qué estupidez. Estaba embarazada de ocho meses y parecía una morsa. Era imposible que estuviera buscando acostarse con ella. Y por otra parte no había nada que una mujer como ella pudiera darle. Excepto su corazón, y era lo suficientemente inteligente para saber que Jack no quería su amor.

No, le estaba ofreciendo su ayuda simplemente porque quería, del mismo modo que la había acompañado a la iglesia. De repente eso le hizo sentirse mejor y Grace sonrió.

—De acuerdo, vamos a darnos prisa. Tengo un hambre de lobo. Compraremos algo preparado para comer, quizá algo de la charcutería —dijo, toda emocionada—. ¿Me dejas que elija yo?

Él se echó a reír. Era sorprendente lo mucho que lo afectaba la felicidad que vio reflejada en su rostro. Jamás habría imaginado que la sonrisa de otra persona pudiera hacerle sentir tanto.

—Por supuesto —le dijo—. Incluso podríamos llevarlo a la playa y comer allí, si te apetece.

Ella lo miró con los ojos como platos.

—¿De verdad quieres?

Él se encogió de hombros mientras se preguntaba por enésima vez qué demonios le pasaba. No había pensado en hacer algo tan frívolo desde los quince años. Ni siquiera estaba seguro de haberlo hecho tampoco a esa edad.

—Claro. Es domingo. No tenías planeado trabajar hoy, ¿verdad?

—No. ¿Qué planes tienes tú?

Había trabajado tan poco en los últimos días que le resultaba vergonzoso. Había planeado hacer algunas anotaciones en el caso de la compañía farmacéutica, pero en lugar de eso allí estaba con Grace.

—Trabajar.

Grace le echó una sonrisa comprensiva.

—Pobrecillo. Parece que te has olvidado de cómo divertirte un rato en la playa.

Jack no estaba seguro de haber sabido nunca cómo divertirse. Se había pasado toda su vida adulta trabajando; al menos eso era todo lo que recordaba. En cuanto a su infancia, la diversión no era común en casa de los Barrett.

—No soy un tipo muy divertido, Grace. ¿Crees que podrías enseñarme?

—Lo intentaré —le prometió ella, entonces le agarró del brazo—. Espera, Jack, nos hemos pasado las sandías, y quiero comprar una para postre.

Jack nunca comía sandía; nunca iba al supermercado. Ni tampoco había comido nunca en la playa. En ese momento se sintió más vivo de lo que se había sentido en mucho, mucho tiempo.

Capítulo 8

Una hora en el supermercado fue suficiente para llenar el maletero del coche. Cuando llegaron a casa de Grace, él metió las bolsas mientras ella guardaba los alimentos.

—Tengo la nevera y los armarios a tope. Hacía tiempo que no veían tanta comida —exclamó Grace mientras vaciaba la última bolsa —. Esto me durará hasta que llegue el bebé.

Jack la miró sorprendido.

—¿Quieres decir que el bebé nacerá pronto?

—En cuatro semanas, más o menos. El médico dice que la fecha del parto es difícil de determinar con el primero.

En un mes, quizá menos, Grace sería madre… del bebé de su sobrino. De pronto Jack experimentó una emoción que no alcanzaba a entender. ¡Ese niño tendría su sangre! Jack solo sabía a ciencia cierta que deseaba que esa mujer y ese niño recibieran los cuidados necesarios. No solo de momento, sino también en el futuro. Pero cómo planeaba conseguir eso era algo que Jack no había resuelto aún.

—¿Sabes el sexo del bebé?

Grace sonrió y sacudió la cabeza.

—Antes de la última ecografía le dije al médico que no quería saberlo. La vida no tendría sentido si no existiera el elemento sorpresa, ¿no crees?

Jack siempre había odiado las sorpresas. Sobre todo en la sala de un tribunal. Era un hombre al que le gustaba conocer cada ángulo, cada posibilidad de antemano. De ese modo uno podía controlar. Esa filosofía lo había convertido en un estupendo abogado. Pero no sabía qué tipo de hombre había hecho de él. Llevaba varios días empezando a entender que se había perdido un montón de cosas; muchas más de las que jamás pudiera imaginar.

—Supongo —dijo con brusquedad—. ¿Has terminado ya de meter la comida que nos vamos a llevar?

—No, pero me falta poco. Y necesito cambiarme de ropa. ¿Vas a nadar?

—No se me había ocurrido.

—Será mejor que vayas a cambiarte tú también —le sugirió—. Vas a pasar calor con esos pantalones; y, además, querrás nadar, ¿no?

—Tienes razón —dijo Jack—, Vuelvo en un momento.

Grace terminó de meter el resto de la comida en una cesta de

mimbre y seguidamente fue corriendo a la habitación a cambiarse de ropa. Hacía meses que ya no le servía el bañador, así que se puso los pantalones más cortos que pudo encontrar y una camiseta suelta de un color oscuro para que no se le notara nada una vez mojada.

Después de atarse una cola de caballo, llevó la cesta con la comida hasta el porche delantero. En ese momento Jack subía para buscarla.

Llevaba un bañador azul marino que dejaba al descubierto sus largas y musculosas piernas, y por arriba una camiseta gris pálido de cuello en pico.

—Dame, yo llevaré eso.

Ella le pasó la cesta agradecida.

—¿Vamos a esta playa o quieres que vayamos en coche a otra?

—Eres tú la que te conoces esta zona.

Ella sonrió y lo agarró del brazo.

—Entonces caminaremos. La mejor playa es esta que tenemos aquí; y normalmente está medio vacía.

No muy lejos de la orilla, bajo la sombra de un pino, Grace extendió la toalla y seguidamente se sentó en un extremo. Jack colocó la cesta de la comida delante de ella, se sentó con las piernas cruzadas junto a Grace, y la observó mientras sacaba lo que habían comprado en el supermercado.

Había refrescos, pollo asado, ensaladilla y habas con tomate. A eso le había añadido cebollitas en vinagre, aceitunas, queso y una buena rodaja de sandía, aparte de otras frutas.

—Hay comida suficiente para más de dos personas —se burló Jack —. ¿Te has olvidado de que solo somos dos?

Ella se echó a reír.

—Yo como por dos, y sin embargo me quedo con hambre —le pasó un plato de papel y cubiertos—. Empieza —lo invitó.

Ambos llenaron sus platos y empezaron a comer. Pasado un rato Jack dijo con sorpresa:

—Nunca me ha gustado demasiado la comida preparada, pero esto está delicioso.

Grace sonrió de manera cómplice.

—Todo está más rico cuando se come al aire libre, sobre todo en la playa.

Jack miró pensativo hacia el mar.

—En Houston, no podría decirte lo que como la mayoría de los días. Mi secretaria me pide algo y me lo pone delante. Normalmente me veo obligado a comer entre llamada y llamada. Nunca me paro a pensar en el sabor; lo único que hago es tragar para reponer fuerzas.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Eso es horrible, Jack. La comida hay que saborearla y celebrarla. No me extraña que tu médico te recomendara que salieras de la oficina unos días. ¿Y cuando estás en casa, qué? ¿No disfrutas nunca de una comida?

Jack hizo una mueca.

—Siempre llego a casa muy tarde. Para entonces, el ama de llaves, que también me hace la comida, se ha ido a casa. Así que lo que hago es calentar lo que me haya preparado y mientras como leo alguna sentencia.

Grace chasqueó la lengua con desaprobación.

—Hay veces en las que tengo mucho trabajo con las clases, pero jamás hago eso. Elías solía decir que el trabajo seguirá ahí cuando seas viejo y te hayas muerto. Y después nada de ello importará ya, así que es mejor tomarse uno su tiempo para disfrutar de la vida mientras esté en este mundo.

La miró e inmediatamente se sintió hipnotizado por el afecto sincero que reflejaba su rostro. Se veía que había querido mucho a su abuelo, y Jack entendía por qué. Por lo que le había contado hasta ese momento, el viejo había sido lo único seguro en su vida.

—¿A qué se dedicaba tu abuelo?

—Desde niño hasta que fue viejo se dedicó a pescar camarones. Le gustaba hacerse a la mar, casi tanto como tocar el violín. Así fue como empecé a amar la música.

—¿Te enseñó él a tocarlo?

Ella asintió con orgullo.

—Tocaba totalmente de oído y así fue como yo aprendí también; cuando empecé a tomar lecciones la profesora sufrió mucho para conseguir que aprendiera solfeo. A mí me parecía una pérdida de tiempo.

—¿Entonces ahora tocas también con partituras?

Grace se echó a reír de nuevo.

—Oh, sí. No podría dar clases si no conociera toda la teoría —lo miró con mirada risueña—. Ojalá hubieras conocido a Elías. Tocaba la música cajún mejor que cualquiera. Por muy cansado que estuvieras, cuando sacaba su violín y empezaba a tocar, nadie podía quedarse sentado.

Jack sonrió y sacudió la cabeza.

—Yo seguro que sí. Soy un pato para el baile.

A Grace le dio la risa.

—Jack, estás empezando a preocuparme cada vez más. Nunca sales a comer al aire libre, ni juegas en la playa; no te tomas tu tiempo para disfrutar de una comida, y tampoco bailas. Tengo miedo de

preguntarte qué haces para divertirte.

Él se encogió de hombros y dio un mordisco a un muslo de pollo.

—Hablas igual que mi médico. Él dice que debo hacer cualquier cosa menos trabajar.

—Parece un médico muy inteligente. Deberías seguir su consejo.

—Lo hago. Al menos por hoy.

Mientras comían, Grace lo miró disimuladamente. Debía reconocer que no parecía tan cansado como cuando había llegado a Biloxi; pero todavía seguía algo demacrado. Era como si, en el fondo, no se sintiera relajado o en paz consigo mismo.

A Grace le hubiera gustado saber qué era lo qué le preocupaba. Pero dudaba mucho que le gustara hablar de esas cosas.

—¿Trabajas tanto porque te hace falta, o porque quieres? —le preguntó.

Había terminado de comer y, en ese momento, mientras se cortaba un trozo de sandía, pensó que quizá aquel fuera el mejor momento de sincerarse con Grace.

—En lo que al dinero se refiere, podría dejar de trabajar y no volver a mover un dedo. Además de lo que me aporta la empresa, llevo años haciendo inversiones que me han resultado muy beneficiosas. No necesito más dinero.

—Entonces lo haces porque te gusta —afirmó Grace.

Mientras pensaba en lo que acababa de decirle ella, Grace observó cómo la brisa jugueteaba con sus cabellos.

—¿Por qué demonios iba a hacerlo si no me gustara?

Ella arrugó el entrecejo al oír su sarcasmo, pero no se amilanó.

—No lo sé. Dímelo tú.

Jack permaneció un buen rato mirando el océano, con expresión vacía. Finalmente la miró y empezó a hablar.

—De acuerdo, Grace, te lo diré. Lo hago porque… porque dejarlo sería como fallarme a mí mismo. Y yo nunca pierdo, Grace; no soy un perdedor.

Grace percibió en su voz una determinación llena de angustia que la atormentó. Estiró el brazo y le puso la mano en el hombro.

—Jack, no pasa nada si uno pierde de vez en cuando. No quiere decir que seas un fracaso. Eres un hombre inteligente, eso debes saberlo.

El calor de sus dedos, junto con su expresión amable, le llegaron al alma. No recordaba que ninguna otra mujer, aparte de su hermana, se hubiera preocupado por sus necesidades y sus tribulaciones. Su madre, su ex mujer, su ex novia y todas las demás mujeres, habían mostrado más interés por lo que su profesión de altos vuelos pudiera hacer por

ellas que por él.

Se volvió hacia ella, le tomó la mano y empezó a examinársela. No llevaba anillos y tenía las uñas cortas, pero tenía unas manos sensuales. Solo con mirarle los delgados y morenos dedos su mente se inundó de imágenes eróticas.

Cuando ella no contestó, supo que estaba esperando a que él le explicara.

Maldita sea, no debería haber empezado. Pero Grace tenía un extraño efecto en él, y no quería decepcionarla.

—Sabes, Grace, mi madre no era… una persona especialmente afectuosa. Mi hermana y yo teníamos de todo, pero raramente afecto y atención. Papá, por el contrario, nos llenaba de cariño y atenciones. Y por eso yo lo tenía en un pedestal, y quería complacerle de cualquier manera posible. Deseaba con todas mis fuerzas que siempre se sintiera orgulloso de mí.

—Estoy seguro de que fue así —le dijo Grace.

Jack asintió.

—Cuando me colegié, él era el hombre más feliz del mundo. Adivinó que tendría mucho éxito y, gracias a Dios, no lo defraudé. Se fue a la tumba seguro de que preservaría el legado que me había dejado.

—¿Te refieres a la empresa?

Suspiró.

—Sí.

Grace le apretó la mano.

—Tu padre ya no está. Puedes sentirte bien por haberle hecho tan feliz mientras estaba vivo. Pero esa parte de tu vida con él ya ha pasado. Ahora deberías preocuparte de ser tú feliz.

Dicho así, parecía lo correcto y lo más razonable. Pero llevaba años casado con la empresa y si se separara de ella se quedaría sin nada que hacer.

—Estoy bien, si deseara más sería un avaricioso.

Pero en realidad deseaba más de lo que había conseguido hasta el momento. Anhelaba algo más que el trabajo, más que una mujer a quien solo le preocuparan su riqueza y su posición. Deseaba a alguien como Grace.

Pero una voz en su interior le dijo que no podía tenerla. Ella iba a dar a luz al hijo de Trent. Además, había demasiados años de diferencia entre ellos. Sus vidas jamás encajarían.

Desesperado por ahuyentar aquellos pensamientos, le tiró de la mano y la hizo ponerse de pie.

—Está empezando a hacer mucho calor. ¿Te apetece un baño?

Lo que Grace deseaba en realidad era acariciarlo, besarle los labios y apoyar la mejilla en su pecho. Deseaba decirle que a partir de ese día debía empezar a dedicar más tiempo a sí mismo y ser feliz. Pero notó que Jack no quería hablar más de momento, así que simplemente asintió y dejó que la llevara hasta la orilla.

Como la marea estaba baja, tuvieron que caminar varios metros hasta que hubo suficiente profundidad para nadar. Grace nadó a braza paralela a la costa hasta que llegó a un viejo embarcadero de madera. Se había quedado sin aliento y debía descansar un poco. Agarrada a un poste, observó cómo Jack se adentraba en el mar.

Momentos después, Jack se dio la vuelta y fue hacia el embarcadero.

—Seguro que vas al gimnasio. Se nota que estás en plena forma.

Él se echó a reír.

—Según mi médico no voy lo suficiente. Antes solía jugar al frontenis, pero ahora solo hago ejercicio en la rueda de andar.

—¿Entre tus visitas a la audiencia, tu oficina y tus comidas a toda pastilla? —le preguntó, y entonces sacudió la cabeza—. Debes de tener una jornada muy ajetreada.

—Así es. Por eso tengo que cuidarme y hacer ejercicio. Mi abuelo murió de un ataque cardiaco.

Grace echó la cabeza hacia atrás y lo miró a la cara. Tenía gotas de agua enredadas entre las pestañas y cubriéndole las mejillas, y Grace deseó poder limpiárselas con la lengua.

—¿Te has parado a pensar que el corazón necesita más que ejercicio para sobrevivir?

Él soltó una risa burlona. En ese momento, una ola echó a Grace encima de Jack. Para no perder el equilibrio Grace se agarró a sus hombros y en ese momento sintió que él le rodeaba la cintura con los brazos.

Cuando Grace recuperó el equilibrio, en lugar de soltarla, Jack siguió agarrándola mientras estudiaba sus facciones.

—Estoy empezando a creer que estás chapada a la antigua, Grace —murmuró.

De pronto a Grace empezó a latirle con fuerza el corazón.

—Seguramente tienes razón. Creo que nací demasiado tarde. Yo… Yo no soy como la mayoría de las amigas que tengo de mi edad. Me relaciono mejor con gente mayor.

Él sonrió mientras seguía observándola con interés.

—¿Y eso por qué?

Grace bajó la vista y vio el vello del pecho perlado de gotas de agua. Estar allí junto a él, flotando en el agua cálida, era la cosa más

erótica que Grace había experimentado en su vida. Deseaba tanto besarlo que apenas si podía concentrarse en lo que le estaba preguntando.

—Porque… tengo ideas distintas de lo que es la vida. Tengo opiniones más sencillas, más anticuadas quizá, acerca de lo que es la familia, y sobre el papel de la mujer en el mundo. Tal vez eso sea por haberme criado con mi abuelo.

Él le agarró de la barbilla para que lo mirara.

—O quizá sea porque eres una romántica —le sugirió en tono suave.

Grace se puso seria.

—En eso te equivocas, Jack. No soy romántica. No después de… Ya no.

Hizo una mueca y sus manos le acariciaron el vientre, venerando la plenitud que latía bajo sus dedos. Hasta que no había estado con Grace no había caído en la cuenta de lo maravilloso que era para una mujer el poder darle a un hombre un hijo.

Y aunque el niño que llevaba dentro no era suyo, deseaba ampararlo y protegerlo, pensar que era su hijo. Sabía que se le estaban ocurriendo tonterías, que la idea era una imprudencia, pero no podía poner freno a sus sentimientos.

—Estás amargada porque Trent te hizo daño —le dijo—. Pero en el fondo eres la misma mujer que desea ser amada, que anhela formar una familia. ¿Acaso no lo has dicho tú misma?

De repente sus ojos verdes se ensombrecieron.

—No creo que jamás pueda volver a confiar en otro hombre lo suficiente como para formar una familia. Creo que no voy a cometer el error de acercarme tanto a un hombre, a no ser que estuviera convencida de que me amara de verdad.

Él subió las manos hasta que le rodeó los pechos. Grace a su vez se agarró a sus hombros con más fuerza, a pesar de saber que en realidad debía apartarse de él.

—Te estás acercando a mí —le susurró.

Grace se ruborizó.

—Sí. Y la verdad es que no tengo idea de por qué lo estoy haciendo; ni de por qué tú querrías acercarte a mí —discutió—. Quizá sea inocente en muchas cosas, Jack, pero no soy tonta. Me doy cuenta que puedes tener todas las mujeres que desees. Por eso no entiendo por qué estás perdiendo el tiempo coqueteando con una gorda embarazada.

Grace tenía el cabello mojado y brillante. Jack empezó a darle un masaje en el cuero cabelludo y fue descendiendo hasta la nuca. Grace

no tenía idea de lo encantadora y deseable que le resultaba.

—Sí, maldita sea, puedo elegir a la mujer que desee. Pero qué crees que adelanto con eso cuando sé de sobra que cualquiera de ellas está más pendiente de lo que pueda comprarle que de mí.

Ella lo miró detenidamente.

—Por todo lo que me has contado, me parece que es así como te gusta que sean las cosas. Sin vínculos afectivos.

Volvió la cabeza y soltó un taco entre dientes.

—Antes pensaba que eso era todo lo que quería. Pero ya no. Incluso el sexo ha dejado de interesarme.

Su confesión le hizo soltar una exclamación entrecortada.

—¿Te sorprende? —dijo con expresión irónica—. Pues bien, esto te va a sorprender aún más.

Antes de que Grace pudiera imaginar sus palabras, inclinó la cabeza y empezó a besarla con posesividad. Al principio estaba demasiado perpleja como para resistirse, y pasados unos segundos le resultó imposible hacer otra cosa que disfrutar del dulce y mareante sabor de su boca.

Al momento sus lenguas se enredaron íntimamente, y Jack le exploró cada dulce rincón. Cuando dio con la punta de la lengua, se la succionó hasta que Grace empezó a gemir y se pegó aún más a él.

Jack metió la mano bajo el dobladillo de la camiseta y enseguida encontró sus pechos. Le acarició suavemente los duros y enhiestos pezones, imaginándose al mismo tiempo el caudal de dulce leche que le daría a su hijo.

Sin apenas levantar la cabeza, le mordisqueó los labios suavemente, para continuar por la barbilla y después por el cuello. A su vez, Grace le acarició el pecho muy despacio. El agua cálida pasaba entre ellos con su dulce vaivén.

Pasado un momento, Grace sintió como si flotara y entonces notó que no estaba de pie. Tenía las piernas enrolladas a la cintura de Jack y él la sujetaba contra su cuerpo. Grace gimió su nombre mientras él le mordisqueaba la oreja.

—Jack… Tenemos que parar… —le suplicó entre gemido y gemido.

Él levantó la cabeza y la miró con preocupación. Y esa mirada le hizo aún más irresistible a los ojos de Grace.

—No se trata de eso —le susurró—. Yo… Quiero que me hagas el amor, Jack. Pero no puedo dejarte.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Por qué no sería bueno para el bebé?

Ella sacudió la cabeza e intentó controlar el llanto.

—No. Porque no sería bueno para mí.

Jack aspiró profundamente para calmar el primitivo deseo que le corría por las venas.

—¿Por qué? —insistió.

Grace le agarró la cara entre ambas manos y tuvo que controlarse para no besarlo otra vez.

—Pronto te marcharás de aquí, Jack. Y cuando vuelvas a Houston no seré para ti más que un recuerdo. Ya dejé que eso me ocurriera una vez. No podría soportarlo una segunda.

Grace no confiaba en él; pensaba que era otro Trent. Y en parte tenía razón, pensó Jack. No podía ofrecerle un compromiso de por vida. Y aunque pudiera, ya la había mentido. Quizá no del mismo modo que Trent, pero el engaño estaba ahí.

Él suspiró largamente.

—Lo siento, Grace. Debes pensar que soy un traidor.

—No. Pero probablemente crees que como ya he tenido un romance, y que como soy joven e inexperta, soy el blanco perfecto para tener otro.

—No pienso tal cosa —dijo con expresión dolida—. Y no deseo tener un romance contigo.

Ella apartó la vista de él mientras el rubor le teñía las mejillas.

—Entiendo, tan solo tenías en mente pasar una noche conmigo, no algo tan a largo plazo como un romance.

Él la zarandeó ligeramente.

—No, maldita sea. No tenía tal cosa en mente. Yo… Es terrible, ni siquiera puedo pensar. Ese es el efecto que tienes en mí, Grace.

Suspiró, inclinó la cabeza y se mordió el labio de abajo.

—Tú también me causas ese efecto, Jack. Nosotros… Parece que no somos buenos el uno para el otro. Tal vez… los días que te queden en Biloxi no deberíamos… no deberíamos vernos —de pronto alzó la cabeza—. Puedes llevarte la comida que compraste. No quiero quedármela… así no.

—Me importa un comino la comida, Grace. Es a ti a quien deseo.

Grace cerró los ojos e intentó armarse de valor.

—Pues no puedes tenerme, Jack.

—¿Acaso crees que no lo sé? —le preguntó angustiado.

—Ya no sé lo que creer —susurró con turbación.

Jack le acarició los cabellos con pasión.

—¿Te sentirías mejor si no volvieras a verme?

Grace sacudió la cabeza, y entonces abrió los ojos para enfrentarse a su mirada turbulenta.

—Tal vez te sintieras más tranquilo estando lejos de mí.

Si Jack no podía estar con Grace, no había razón alguna para quedarse en Biloxi. Y si tenía que alejarse de Grace, no se le ocurría ningún lugar donde quisiera estar. El reconocer eso le hizo preguntarse cuándo y cómo se había dejado llevar de tal modo para meterse en aquel lío.

—No. Eso no me gustaría, Grace. Me encanta estar contigo, mucho más de lo que nunca sabrás.

Su mirada de ojos verdes se tornó más cálida y de repente Grace le echó los brazos al cuello.

—Oh, Jack —sollozó—. Tú eres la única persona que se ha preocupado por mí desde… bueno, desde que murió mi abuelo. La verdad es que no quiero que te marches. No lo harás, ¿verdad? —echó la cabeza hacia atrás y buscó su mirada—. Quiero que estés aquí cuando llegue el bebé. Significaría tanto para mí tener a alguien… tenerte conmigo. Y entonces… Bueno, entiendo que después te tengas que marchar.

Jack pensó en los juicios que tenía programados, en los muchos clientes que Irene ya les habría pasado a sus socios. Una semana más allí en Biloxi iba a costarle mucho. Dos le causarían multitud de problemas. Pero por una vez en su vida no le importaba. No podía decirle que no a Grace. Y lo más sorprendente era que no quería.

—Me quedaré, Grace, hasta que llegue el bebé —le prometió—. Pero ahora creo que será mejor que volvamos a la playa.

La levantó en brazos y empezó a vadear hacia la orilla. Grace se agarró con fuerza a su cuello e intentó poner freno a la dicha que le llenaba el corazón.

Todos a los que había querido en su vida se habían marchado por una u otra razón. Su padre y su madre, sus abuelos, Trent. Pero Jack iba a quedarse un poco. Se lo había prometido y ella lo creía. No iba a tener que pasar por el trauma de tener el hijo sola. Por fin alguien se preocupaba de ella.

Se preguntó cómo afrontaría la marcha de Jack cuando llegara el momento. Bueno, no iba a pensar en ello esa noche. Ya tendría tiempo suficiente para pensar en el futuro sin Jack.

Capítulo 9

A la tarde siguiente Jack estaba en el bungaló, volviéndose medio loco. Tenía que contarle la verdad a Grace. No le restaba otra alternativa. Grace debía saber que era el tío de Trent. Pero se preguntaba cómo iba a decírselo sin que sus intenciones parecieran tan solapadas, tan calculadas.

Lanzó su cuaderno de notas sobre la cama y se puso a pasear de un lado a otro de la pequeña habitación.

No había modo alguno de poder suavizar la verdad. Simplemente tendría que reconocer que al principio ella había sido una extraña para él y que su preocupación inicial había sido hacia su sobrino.

De haber sabido de antemano que Trent se había comportado tan cochinamente, entonces jamás habría mentido a Grace. Con gusto hubiera dejado que Trent sufriera las consecuencias que Grace hubiera querido.

Suspiró cansinamente mientras miraba las notas que tenía desparramadas sobre el escritorio. La noche anterior, al volver de la playa, había vuelto a casa e intentado centrarse en su trabajo. Si planeaba quedarse allí un par de semanas más no tenía más remedio que enviar por fax información vital para el caso del laboratorio farmacéutico.

Jack echó una mirada a su reloj de pulsera. Tenía todavía un par de horas o tres antes de que volviera. Para entonces tendría que tener algo pensado. Había desenmascarado terribles verdades en algunos de sus juicios y había sobrevivido.

Aquello no podría ser mucho peor, se dijo para tranquilizarse. Pero, desde luego, no lo consiguió.

Grace llegó a casa de la facultad muy cansada. Pero la fatiga era solo física. El corazón ya no le pesaba. Había pasado todo el día contenta y feliz, y le había costado trabajo centrarse en las charlas de los profesores. No era capaz de pensar en los grandes compositores cuando tenía a Jack rondándole el pensamiento.

Tenía unas ganas tremendas de verlo, de contarle cómo había pasado el día, de prepararle la cena, de que él le contara lo que había estado haciendo. Necesitaba escuchar su voz, sentir la caricia de sus manos. Solo estar junto a él le proporcionaba un bienestar inmediato.

Por primera vez en su vida, Jack le hacía sentirse verdaderamente deseada. Si todo ello significaba que se estaba enamorando de ese hombre, entonces tenía que estar loca. Sabía que debía echar freno a su insensato corazón. ¿Pero cómo podía hacer eso si Jack no hacía más que llenar un tremendo vacío en su interior?

Después de cambiarse de ropa, fue hacia el bungaló y llamó a la puerta.

Él la abrió inmediatamente y la invitó a entrar.

—Me alegro de que hayas venido —le dijo—. Estaba a punto de llamarte.

—¿Para decirme que quieres que te prepare la cena?

Sonrió tímidamente.

—No, en realidad soy yo el que te la va a preparar esta noche.

Ella lo miró aturdida y él le señaló el sofá para que se sentara.

—Mira, Jack —le dijo después de ponerse cómoda—, ya hemos hablado de esto antes. Soy yo la que se supone que debe hacerlo para ti. No al contrario.

Él se sentó junto a ella y le agarró la mano.

—No discutas conmigo esta vez, Grace. Esta noche yo… bueno, hay algo de lo que quería hablarte.

Grace examinó su expresión sombría y de pronto el corazón empezó a latirle de aprensión. Quizá se hubiera precipitado al confiar en Jack. Quizá, a pesar de su promesa, fuera a marcharse.

—¿Qué es? —le preguntó con cautela.

Él sacudió la cabeza.

—Te lo diré dentro de un momento. Antes, quiero darte algo.

Ella arqueó las cejas e inconscientemente se llevó la mano al pecho.

Jack se puso de pie y de detrás del sofá sacó un paquete envuelto en papel azul y con un lazo blanco.

Ella sonrió, pero enseguida se puso seria.

—Jack, no soy de esas mujeres que espera recibir regalos. Ojalá no lo hubieras comprado.

No recordaba ningún momento en su vida en el que se hubiera sentido tan falso como en ese. Maldijo el día en el que decidió no desvelarle su verdadera identidad.

—No es nada del otro mundo, Grace.

Ella le sonrió de nuevo y Jack pensó que esa noche estaba especialmente de buen humor. Lo cierto era que había estado así desde que le había dicho que se quedaría hasta el nacimiento del bebé. Jamás hubiera podido imaginar que su promesa le habría hecho tan feliz.

—¡Un regalo para el bebé! —exclamó de repente mientras sacaba un diminuto peto tejano de una caja—. ¡Ay, es tan bonito, Jack!

—También lleva una gorra a juego —añadió él.

Rápidamente metió la mano en la caja y sacó emocionada una pequeña gorra de béisbol.

—¡Qué estupendo! Muchas gracias, Jack. Y como es un regalo para el bebé no discutiré por el dinero que te hayas gastado.

Al menos llevaba algo de ventaja esa tarde.

—¿Cuánto tiempo tendrá que tener el niño para poder ponérselo? —preguntó Jack.

Examinó la prenda, intentando calcular la talla.

—Oh, quizá cuatro o cinco meses —dijo, entonces lo miró a los ojos—. ¿Un momento, has dicho el niño?

—Será un niño —dijo Jack con seguridad.

Ella se echó a reír.

—¿Y cómo estás tan seguro? Las niñas también pueden llevar petos.

—Lo sé. Pero el bebé será un niño. Con el pelo negro y los ojos verdes como tú —sonrió ligeramente—. Y si tiene suerte, tendrá el buen corazón de su madre.

Conmovida por sus palabras, le puso la mano sobre la suya.

—Jack —dijo en voz baja—. Eres muy amable al decirme eso.

Él apartó la vista y aspiró profundamente.

—Solía pensar que un hombre no necesitaba tener corazón, pero estoy empezando a pensar que quizá haya estado equivocado. En realidad, sobre muchas cosas.

Se volvió a mirarla y supo que había llegado el momento. No podía posponerlo más.

—Grace, yo…

Dejó de hablar cuando de repente ella miró hacia la cocina y empezó a olisquear.

—¿No te huele a carbón encendido?

La parrilla. Jack había olvidado que la había encendido momentos antes de llegar Grace.

—No te muevas —le ordenó mientras se ponía de pie—. Ahora mismo vuelvo.

—Me quedaré aquí —le aseguró mientras él desaparecía en dirección a la cocina.

Segundos después oyó cómo se cerraba la puerta que daba al jardín trasero. Entonces se fijó en el pantalón de peto. Lo sacó de la caja y pasó la mano por la suave tela. Aquel era el primer regalo que recibía su bebé. Se dijo que cuando se lo pusiera, siempre pensaría en Jack.

El timbre del teléfono la sacó de su ensimismamiento. El aparato estaba sobre la mesa que tenía delante. En un principio Grace pensó en ignorarlo, pero después se le ocurrió que podría tratarse de algo importante relacionado con su trabajo. Contestaría y apuntaría el mensaje.

—¿Diga? Residencia de Jack Barrett —añadió.

—¿Oiga? ¿Está ahí Jack? —preguntó una voz de mujer.

—Sí. Pero en este momento está fuera. ¿Quiere dejar un mensaje? Soy su… ama de llaves —dijo, ya que no se le ocurría otra palabra mejor.

La mujer se echó a reír.

—Debería haberme imaginado que Jack no iba a ponerse a limpiar, no importa dónde esté —dijo—. Solo dígale que su hermana ha llamado para decirle que su sobrino se ha prometido en matrimonio.

—De acuerdo. ¿Sabrá de qué sobrino se trata?

—Trent es el único que tiene, así que no hay problema.

¡Trent! ¿Estaría hablando del mismo Trent? Grace se quedó tan perpleja que apenas oyó a la mujer despedirse. Aturdida, colgó el teléfono y se quedó mirando al vacío. ¡No podía ser cierto! Jack no le habría ocultado algo así. ¡Y ella llevaba todo ese tiempo hablando de Trent, de cómo los había abandonado a ella y al bebé! ¿Si de verdad era el tío de Trent, cómo era posible que no hubiera dicho nada?

Allí debía de haber un malentendido, alguna extraña coincidencia con los nombres. Pero Trent era de Houston, igual que Jack. Le había dicho que su familia era rica y que su abuelo había sido un abogado famoso. Grace había asumido que su nombre sería Jurgenson, igual que el de Trent. Pero de repente se daba cuenta que el abuelo rico de Trent había sido un Barrett, el padre de Jack.

El sonido de las pisadas de Jack le hizo volver la cabeza. Al verlo entrar, sintió que el corazón se le partía en dos.

—¡Grace! ¿Qué ocurre? ¡Estás pálida!

—Tengo un mensaje para ti —dijo finalmente—. De tu hermana.

No había necesidad de que dijera más. Su expresión dolida le dijo que lo sabía. Con el corazón en un puño, Jack se acercó al sofá y se sentó junto a ella. Sin embargo, cuando fue a darle la mano, ella la retiró rápidamente.

—Grace —empezó a decir—. Eso era lo que quería decirte. Cuando…

—Es un poco tarde, ¿no te parece? —lo interrumpió con frialdad.

Él sacudió la cabeza con frustración.

—Sí. Reconozco que lo es. Pero tenía mis razones para no decírtelo.

—Estoy segura —contestó, entonces se puso de pie—. Pero no hay necesidad de perder el tiempo con explicaciones. En lo que a mí respecta, no quiero oír nada más de ti.

Echó a andar pero Jack la agarró del brazo y volvió a tirar de ella para que se sentara otra vez.

—Merezco cinco minutos, Grace. Concédeme eso, al menos.

Lo miró a la cara, los ojos echando chispas.

—¡No mereces nada! ¡Tú… no eres mejor que tu despreciable sobrino!

Sus palabras lo hirieron como un latigazo.

—Grace, créeme, cuando llegué a Biloxi, ni siquiera sabía que existías. Ni siquiera sabía que Trent hubiera pasado unos días en el bungaló.

Grace abrió la boca con rabia.

—¿Quieres decir que este bungaló ha sido siempre tuyo? ¿No lo acabas de comprar?

Él sacudió la cabeza.

—Hace dos años o más que es mío. Si Trent te dijo que era suyo, te mintió.

Echó la cabeza hacia atrás, como si intentara digerir lo que le estaba diciendo.

—Trent dijo que era suyo, que su familia era rica y que lo había comprado para tener una casita en la playa.

—¡Será canalla! —soltó Jack.

Ella le echó una mirada de desdén.

—¿Si es así como te sientes, por qué no me dijiste que eras su tío desde el principio?

Jack respiró profundamente.

—Cuando entraste aquí esa primera noche, no supe qué pensar. No tenía ni idea del tipo de relación que tenías con Trent. Y entonces empecé a preocuparme por mi hermana. Pensé que si Trent te había dejado de verdad embarazada, entonces intentarías sacarle dinero en un futuro. Jillian ha tenido muchos problemas en la vida, y yo no quería que sufriera más.

—¿Y con mentirme ibas a ahorrarle sufrimientos? —le preguntó con incredulidad.

Él sacudió la cabeza con remordimiento.

—En ese momento no pensé que fuera mentir; simplemente evité contarte la verdad. Quería averiguar tus intenciones. Si resultaba que estabas detrás de la fortuna de los Barrett, yo… bueno, no te iba a dejar que hicieras eso.

—Oh, Dios mío… —suspiró con dolor—, ¿Pensaste que…? ¿Creíste

de verdad que sería capaz de tal cosa? ¿Cómo pudiste, Jack? ¿Cómo pudiste pensar eso y luego tocarme como si… de verdad me desearas? —se estremeció de repulsión—. Después de marcharse Trent, me dije a mí misma que había sido engañada por un falso y un embustero. Pero me había equivocado. ¡Tú eres aún peor!

—Pero yo te he deseado de verdad, Grace. Eso no tiene nada que ver con ser el tío de Trent —intentó razonar y su frustración se trasformó en rabia; jamás en su vida le había importado la opinión de nadie tanto como la de Grace, y saber que le consideraba un indeseable era más de lo que podía soportar—. ¡Y no me compares con Trent! ¡Yo no me he aprovechado de ti!

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Entonces qué has estado haciendo?

—¿Maldita sea, Grace, es que no te das cuenta? Al principio no lo sabía. Podrías haber estado a la caza de un marido rico. Solo estaba velando por el interés de mi familia.

—Y lo hiciste mintiéndome —dijo con los dientes apretados—. Pensabas que era una caza fortunas. Una zorra de la peor calaña. ¡Pues bien, ahora mismo podría decirte lo que pienso de ti!

Intentó soltarse de Jack, pero él no la dejó.

—Grace, por favor, escúchame. Reconozco que hice muy mal. Y no me llevó demasiado el ver, no solo con los ojos sino también con el corazón, que no eras una aprovechada. Pero, para entonces… Bueno, tenía tanto miedo de decirte la verdad, porque temía que fueras a reaccionar exactamente así, como lo has hecho… No quería que la buena relación que teníamos se echara a perder.

Grace se vio obligada a volverle la espalda mientras luchaba por controlar el llanto. Todo el tiempo que había pasado con ella, todas las cosas buenas que había hecho por ella, habían sido simplemente una excusa. Sus motivos no habían sido ni la bondad, ni la preocupación, ni la atracción. Y el a, la muy tonta, había creído que le importaba, que quería de verdad estar con ella. Qué imbécil había sido.

—Pues bien, se ha echado a perder Jack —dijo con voz entrecortada—. Quiero que salgas de mi vida. ¡Y, para que te enteres, no quiero saber nada ni de vuestra familia ni de vuestro maldito dinero! ¡Ni ahora ni nunca! ¡Y desde luego no quiero saber nada más de ti!

—El bebé…

Ella se volvió a mirarlo enloquecida y se colocó la mano libre sobre el estómago en ademán protector.

—¡El bebé es mío! —le dijo con rabia—. No me importa que seas

un abogado importante. No dejaré que me lo quites.

Jack la miró con rabia e incredulidad.

—¿Cómo puedes pensar que podría hacerte tal cosa, Grace?

Por un momento algo en su expresión le llegó al corazón, y de pronto recordó sin querer la pasión de sus besos, la aspereza de sus manos cálidas sobre sus pechos. Le había hecho sentir cosas que no había sentido jamás. Había deseado entregarle todo lo que tenía, incluso su corazón, pensó con tristeza.

—Porque acabo de descubrir que no te conozco, Jack. Tú no eres el hombre que fue conmigo a la iglesia, el que me besó bajo el embarcadero, el que… me prometió que se quedaría conmigo hasta que naciera el bebé.

—Me quedaré.

Se le saltaron las lágrimas y se soltó de él con rabia, antes de ponerse de pie.

—No quiero volver a verte en mi vida. Por ninguna razón. Espero que vuelvas a Houston… y que te entierres en ese despacho de abogados tuyo. ¡Te lo mereces!

Fue hacia la puerta y aunque Jack intentó desesperadamente detenerla, se dio cuenta que sería inútil intentar razonar con ella esa noche.

Cuando agarró el pomo, Jack le dijo:

—Lo siento, Grace. Mi intención no fue nunca hacerte daño.

Ella se detuvo y se volvió a mirarlo y Jack se odió a sí mismo al ver una lágrima cayéndole por la mejilla.

—No. Solamente estabas mirando por tu familia. Y Grace Holliday a la porra. Te entiendo completamente, Jack.

Abrió la boca para negar lo que acababa de decirle, pero ella salió y cerró de un portazo, negándole cualquier oportunidad de seguir hablando. Jack se preguntó si así era como se sentía una persona que había cometido un delito grave cuando se cerraba la puerta de la celda tras de sí y con ella la oportunidad de vivir una vida feliz.

A la tarde siguiente las maletas de Jack estaban ya junto a la puerta. Había llenado el tanque de gasolina. Lo único que tenía que hacer era llevar todo al maletero y cerrar la puerta con llave. Pero hasta el momento no había logrado dar el paso final. Llevaba todo el día diciéndose a sí mismo que aquello era lo mejor. Si se quedaba más tiempo junto a Grace cometería alguna estupidez como enamorarse de ella. Y eso jamás resultaría.

¿En qué demonios estaba pensando? No podía enamorarse de Grace. Pero si ni siquiera creía en el amor. Sin embargo, algo le

detuvo durante todo el día. La idea de marcharse y no volver a ver a Grace le dolía en el alma. No estaba dispuesto a renunciar a ella.

«Despierta, Jack», se dijo. «Nunca tuviste a Grace. Tu relación con ella estaba condenada desde un primer momento».

Ignoró la voz que lo atormentaba, agarró la caja que Grace había dejado en el sofá, y fue hacia la puerta. Algo pasaba. Había visto a Grace dejar el coche en el garaje varias horas antes. Pero desde entonces no había visto a ninguno de sus alumnos de violín aparecer para la clase de los martes.

No le importaba lo furiosa que estuviera con él, quería que el bebé tuviera el peto que él le había comprado y que ella había dejado la noche anterior. Y, sobre todo, tenía que saber qué le pasaba a Grace.

Tras llamar a la puerta varias veces y no obtener respuesta, Jack la llamó.

—Grace, sé que estás ahí. No voy a marcharme hasta que no hable contigo.

Cuando Jack vio que no le contestaba empezó a preocuparse. Grace no era de las que se escondía o huía. Aunque estuviera enfadada, no lo ignoraría.

Con eso en mente, Jack entró en la casa y fue a buscarla. Momentos después la encontró en su habitación, tendida en la cama. A pesar de estar morena, se le veía extremadamente pálida. Inmediatamente Jack sintió un miedo horrible por ella y el bebé.

—¿Por qué has venido? —le preguntó en tono seco—. Pensé que ya te habrías marchado.

—He hecho la maleta, si eso te hace feliz —se sentó en el borde de la cama y ella le echó una mirada de advertencia.

—Lo que me haría feliz sería no volver a verte.

Tenía los ojos muy rojos, como si hubiera estado llorando. No le hacía gracia pensar que había estado llorando por él por ninguna razón.

—No hasta que me digas qué pasa. Tus alumnos de violín deberían haber empezado a llegar hace ya una hora.

Ella bajó la vista.

—Y tú cómo ibas a saberlo —le preguntó con desánimo.

—Porque hoy es martes, y tú me dijiste que dabas clases los martes y los viernes por la tarde.

—¿Te has acordado de algo así tú solo, o estabas tomando notas sobre el sospechoso?

—No seas maliciosa, Grace. No es propio de ti. Además, eres demasiado guapa para ser así.

Ella alzó la cabeza y por un instante Jack vio el dolor reflejado en

sus ojos verdes.

—¿Tienes que seguir mintiendo? ¿O es que vosotros los abogados mentís tanto que ya no sabéis diferenciar la verdad de la mentira?

—Supongo que merezco que me digas eso, de otro modo no lo aguantaría, Grace. Ni siquiera de ti. Pero si quieres saber la verdad, no me gustó mentirte. Ojalá no lo hubiera hecho nunca.

—Pero lo hiciste —dijo; entonces suspiró cansinamente—. Preferiría que te marcharas, Jack.

Él se cruzó de brazos, como si no tuviera intención de marcharse hasta que Grace hubiera contestado a sus preguntas.

—¿Le ocurre algo al bebé?

Ella se mordió el labio y volvió la cabeza hacia la ventana.

—No. Todavía no —susurró.

Él le puso las manos sobre los hombros.

—¿Qué quieres decir con que todavía no? ¿Ha sucedido algo?

Ella se volvió a mirarlo.

—Yo… Tengo algunos problemas, así que el médico me ha ordenado que me quede en cama.

Algo parecido al pánico se apoderó de él, pero no iba a permitir que Grace lo viera. Aunque no sabía mucho de embarazos, sabía que una mujer embarazada no debía llevarse disgustos.

—¿Qué clase de problemas?

—Me da… mucha vergüenza decírtelo.

—No es el momento de ponerte así, Grace. Además, conozco la anatomía femenina. No me vas a hacer sentir vergüenza.

Grace aspiró profundamente y soltó el aire despacio. Al final su necesidad de compartir su problema con alguien fue mayor a su empeño por rechazarlo.

—Esta mañana cuando iba a clase empecé a perder líquido amniótico. ¿Entiendes lo que es eso?

Él asintió.

—Es el líquido que baña el embrión. ¿Entonces qué significa? ¿Qué vas a ponerte de parto?

Su desasosiego parecía tan real que Grace quiso creer que estaba de verdad preocupado por ella. Y quizá lo estuviera, pensó de repente con temor. Su bebé estaba relacionado con él.

Quizá hubiera cambiado de opinión y planeara quitarle al niño cuando naciera. La idea le hizo palidecer aún más.

—Eso es lo que el médico no quiere que ocurra. Dice que el niño nacerá mucho más sano si puedo llevarlo durante al menos un par de semanas más. Sobre todo por los pulmones. Por eso me ha prohibido estar de pie, para no perder más líquido. O, que Dios no lo quiera,

para que no se rompa la bolsa.

—¿Por qué no te han ingresado en el hospital? —le preguntó Jack —, ¡Esto es una locura! Deberías estar rodeada de enfermeras.

Grace sacudió la cabeza.

—No necesito enfermeras, Jack. Solo descansar. Y el médico sabe que no tengo seguro médico. Está intentando mantener los gastos al mínimo por mí. A no ser, por supuesto, que la hospitalización sea la única solución.

Jack la miró enfadado.

—El dinero no importa, Grace. Si necesitas estar en el hospital, yo…

—¡No me hace falta! —se apresuró a cortarle—. Así que olvídalo.

Él le soltó los hombros.

—No puedes estar tú sola en este estado. ¿Quién te va a cuidar?

Ella no lo miró.

—Le dije al médico que tenía alguien en casa para ayudarme.

—Parece que tú también sabes decir mentiras —dijo Jack.

Ella lo miró con irritación.

—Pero vendrá alguien. Solo tengo que hacer unas cuantas llamadas.

—¿A quién vas a llamar?

—Solo porque no tenga familia no significa que tampoco tenga amigos.

—Estoy seguro de que los tienes. ¿Pero crees que podrán quedarse contigo durante un periodo de tiempo indefinido? ¿O más bien están liados con las clases o el trabajo?

Grace tragó saliva con dificultad y Jack supo que había dado en el clavo. Excepto él, Grace estaba totalmente sola.

—Probablemente —murmuró ella—. Pero siempre me queda la señorita Kate. Podría ir a quedarme con ella.

No pudo evitar acariciarle los cabellos que le caían junto a los hombros.

—¿Quién es la señorita Kate?

—Mi mejor amiga, que vive a solo un par de minutos de aquí. Tiene ochenta y cinco años, pero no está decrépita. Me ayudará.

Él emitió un sonido de exasperación y ella lo miró, sintiéndose insultada.

—Te dije que me llevo mejor con la gente mayor —le dijo.

—Eso no tiene nada de malo. Pero me temo que vas a necesitar a alguien más que a la señorita Kate durante los próximos días, Grace. Me necesitas a mí. Y, además, lo sabes.

—¡Tú eres la última persona que necesito! —lo miró con dureza—,

¡Quiero que te vayas de aquí!

Sus palabras lo hirieron, aunque sabía que tenía motivos para decirlas.

—Quieres que el niño nazca sano, ¿verdad?

La rígida expresión de su rostro se relajó y Jack sintió que la tensión de sus hombros cedía.

—Más que nada en el mundo.

—Entonces tendrás que aguantarte conmigo. No creo que tengas otra opción.

A Grace le ponía enferma pensar que ella y el bebé tuvieran que depender de un hombre que le había mentido deliberadamente. Y además de eso, Jack le había hecho creer que ella era honorable, que era más que la nieta medio huérfana de un pobre pescador de camarones. Él la había hecho sentirse bella y deseada.

—Estoy segura de que tienes trabajo suficiente esperándote en Houston —dijo en tono cortante.

—Ya te he prometido que me quedaría hasta que naciera el bebé. Eso no tiene nada que ver con mi trabajo.

Excepto que se había dado cuenta de lo insignificante que le parecía comparado con el bienestar de Grace y del bebé.

—Has dicho que tenías las maletas hechas. Es evidente que deseas marcharte.

Él hizo una mueca.

—Me ordenaste que me marchara. ¿Lo recuerdas?

Grace se volvió hacia él y lo miró con recelo.

—¿Por qué estás haciendo esto? No me debes nada. ¿Lo quieres hacer acaso para quitar un peso de tu conciencia?

Jack le acarició la mejilla con la punta de los dedos, para seguidamente bajar hasta la base del cuello. Y entonces entendió que acariciar a Grace, bajo cualquier circunstancia, era un privilegio.

—Mi secretaría seguramente te diría que no tengo conciencia, ya desde hace años.

—No me sorprende —dijo con sarcasmo—. ¿Entonces qué motivo tienes? ¿Es esto un plan para intentar quitarme al bebé?

Su desconfianza lo asqueó y Jack supo que dijera lo que dijera, ella no lo creería. Iba a tener que demostrarle su sinceridad a través de sus actos, no con palabras.

—Tú eres la madre y el bebé te pertenece. Parece que Trent no quiere ese hijo. Y yo seré el primero en decir que no lo merece. ¿Por qué iba yo a querer quedarme con el niño?

Ella se encogió de hombros y bajó la vista para ocultar su duda.

—El bebé tiene también vuestra sangre. Quizá quieras que tu

hermana tenga un nieto que criar.

Él sacudió la cabeza.

—Jillian tendrá otros nietos. Y, aunque quiero a mi hermana, ya ha tenido la oportunidad de educar a su propio hijo. Y parece que no lo ha hecho demasiado bien —le puso la mano en el vientre y sintió un gran alivio al notar que el bebé se movía—. Da la casualidad de que yo creo que tú mereces la oportunidad de criar a tu propio hijo. Y sé muy bien que lo harás mucho mejor que nadie.

Si Grace pudiera creer aunque fuera una pequeña parte de lo que le había dicho, lo perdonaría. Pero su engaño le había llegado muy hondo. Ya no se fiaba de su propio juicio. Lo había creído con el corazón en lugar de con la cabeza.

El empeño la fortaleció y le apartó la mano. Entonces se volvió a mirar hacia el otro lado.

—Palabritas dulces, Jack. Pero, la verdad es que eso se te da de perlas, ¿no? Tienes años de experiencia. No te creería ni aunque firmaras una declaración jurada.

Él no dijo nada, y momentos después sintió que se ponía de pie y salía de la habitación. Entonces Grace apoyó la cara en la almohada e intentó desahogar la pena que le atenazaba el corazón.

Capítulo 10

—¿Dónde quieres que duerma?

Grace se volvió y vio que Jack estaba junto a su cama. Llevaba puestos unos pantalones cortos de color gris y una camiseta negra algo descolorida. Habían pasado casi dos horas desde que había salido de su habitación. Durante la última hora lo había oído entrar y salir, e instintivamente sabía que se había estado mudando a su casa. Grace supuso que era lo más razonable, dadas las circunstancias.

Sin embargo su pregunta fue suficiente para recordarle el drástico cambio que sus sentimientos hacia él habían experimentado. Antes de saber de su engaño, habría sido feliz de tenerlo tan cerca. Pero en ese momento apenas si podía mirarlo a la cara.

—La habitación de invitados está bien —dijo.

—Pensé que quizá querrías que estuviera más cerca. Por si acaso me necesitas durante la noche. Podría colocar una cama aquí —sugirió.

—Como te he dicho, la habitación de invitados será conveniente tanto para ti como para mí.

—De acuerdo —soltó Jack muy molesto—. ¿Te puedes levantar para algo?

—Solo para ir al cuarto de baño.

—Entonces te traeré algo de comer dentro de cinco minutos. ¿Necesitas algo más?

—No. Voy a intentar dormir.

Asintió y se dio la vuelta: pero cuando había dado dos pasos se giró a mirarla.

—¿Grace, qué vas a hacer con tus clases?

Grace suspiro.

—No puedo hacer nada.

—¿Tendrás que volverlas a hacer?

Que se preocupara por el bebé, lo entendía; pero que lo hiciera por su carrera era otra cosa.

—Sí. Para cuando pueda ponerme en pie y volver a la facultad, habré perdido ya muchas clases.

—Lo siento, Grace.

—Sí, yo también.

Tantas cosas, pensó, pero sobre todo sentía haber confiado en él.

* * *

A la mañana siguiente a Grace la despertaron unos ruidos que salían de la cocina; y después le llegó el olor a panceta frita y a café. Entonces se imaginó que su abuelo estaba vivo y preparándole el desayuno. Cuando colocara la comida en la mesa la llamaría, y después ella lo ayudaría con los cacharros antes de irse al colegio.

Pero hacía tiempo que aquellos días inocentes habían pasado. No era su abuelo el que estaba en la cocina, sino Jack. Y no sabía cómo iba a sobrevivir durante las dos semanas siguientes con él tan cerca.

—Es la hora de desayunar —anunció.

Miró y vio al objeto de sus pensamientos entrar en el dormitorio con una bandeja.

Esperó a que Grace se sentara cómodamente para colocársela sobre el regazo. Además de panceta frita y huevos revueltos, había mantequilla, gelatina, zumo y leche. Se había tomado muchas molestias en prepáralo.

Acercó una mecedora que había allí y se sentó, como si pensara en hacerle compañía. Grace estuvo a punto de decirle que no necesitaba conversación mientras desayunaba. Pero lo que había dicho Jack la noche antes era verdad. Ella no era una persona maliciosa. Jack ya sabía lo que Grace sentía hacia él; no hacía falta recordárselo a cada oportunidad.

—No sabía que supieras cocinar.

Él sonrió.

—En realidad, no pensé que fuera tan mal cocinero hasta esta mañana. Eso ha sido a la segunda intentona. La primera está en el cubo de la basura.

—Jack, no espero que cocines para mí. Puedo comer cualquier cosa de lata o calentar algo en el microondas. ¿Has desayunado ya?

Él asintió.

—Más o menos lo mismo que tú. ¿Cómo te encuentras hoy?

Grace sintió cómo la miraba y, aunque sabía que era una estupidez, se alegró de haberse peinado y lavado la cara al ir al baño.

—Cansada de estar en la cama. Por lo demás, estoy bien.

Siguió comiendo y durante un rato Jack se contentó con mirarla. Había pasado mala noche, imaginándose lo peor, y preguntándose cómo se sentiría o qué haría si algo le ocurriera a Grace o al bebé. Solo de pensar en perder a alguno de los dos se echaba a temblar. Eso en sí también lo aterrorizaba.

Tan solo hacía una semana que conocía a Grace, y solo la había besado. Sin embargo, ella le había hecho cambiar. No era el mismo hombre que había salido de Houston exhausto y hecho un manojo de

nervios. Por primera vez en muchos años había alguien que significaba algo para él. ¿Pero de qué servía eso, cuando el a no quería ni verlo?

—Espero que no te importe, Grace, pero voy a llamar a mi secretaria y le voy a dar este número de teléfono para que pueda localizarme desde la oficina. Intentaré llamar lo menos posible y, por supuesto, yo correré con los gastos. En cuanto al fax, lo dejaré conectado en el bungaló. No me importa ir allí cuando lo necesite.

Irene se quedó sorprendida cuando Jack la llamó esa tarde y le dijo que estaría en Biloxi durante dos semanas más o menos.

—¿Te has vuelto loco, Jack? ¡El juicio de los laboratorios tiene fecha paraldentro de tres semanas! ¿Qué pasará si no estás aquí?

—Marshal puede llevarlo si yo no he vuelto para entonces. Mientras tanto, voy a enviarte por fax todas las notas que he hecho hasta ahora. En ellas encontraréis información suficiente para que Marshal se vaya preparando.

Oyó que Irene soltaba el aire despacio.

—Jack, entiendo mejor que nadie que necesitabas tomarte unos días de descanso. Sobre todo trabajando en este despacho. Pero esto… no es propio de ti. ¿Te sientes bien? ¿Te has tomado la tensión desde que estás allí?

Tomarse la tensión sería inútil. Le subía cada vez que veía a Grace.

—Estoy bien, Irene. No me mimes tanto.

—¡Mimarte! Me gustaría darte una patada en… ¿Y, además, qué estás haciendo ahí? Antes de marcharte te estabas volviendo loco con el caso este de las píldoras. Ahora, en cambio, es como si te importara un comino.

Jack hizo una mueca mientras consideraba las palabras de su secretaria. Había estropeado a Irene. A lo largo de los años la había presionado y dado la lata hasta que la mujer ya no vivía más que para el éxito de la empresa.

—Irene, mira las cosas objetivamente. Por lo único que estas dos compañías están peleando es por dinero. Si el resultado del juicio afectara a la salud de un paciente, me sentiría de otro modo, pero francamente, tal y cómo son las cosas me da exactamente igual quién gane.

En lugar de la exclamación de sorpresa que esperaba oír, Irene se quedó callada.

—¿Irene? ¿Maldita sea, es que no puedes hablar? Di algo o cuelgo.

—Eres tú el que deberías decir algo. De otro modo, voy a llamar a las urgencias de Biloxi para que te internen en un hospital. Te ha dado

una depresión o algo por el estilo. Tu meta principal en la vida siempre ha sido ganar.

Jack miró hacia la puerta abierta de la habitación de Grace. Como él estaba al otro lado del salón, dudó que pudiera oírlo.

—Mis metas han cambiado, Irene. He decidido que necesito una razón de más peso que el dinero para luchar por un caso. Ahora, busca un bolígrafo. Tengo un nuevo número de teléfono donde puedes localizarme a partir de ahora.

Le dictó el número de Grace a su secretaria.

—¿Te has marchado del bungaló? ¿Por qué? Pensé que te gustaba.

—Estoy en casa de una vecina.

Tras una dilatada pausa, Irene dijo con fastidio:

—Una mujer.

—¿Y qué?

—Pero si dijiste que nunca ibas a volver a estar con una —le recordó—, ¿Jack, es ella la razón por la que…?

—No es lo que piensas, Irene. Es joven, está embarazada y enferma. Necesita a alguien que la cuide.

—¡Embarazada! —Irene le gritó al oído—. ¿Cómo vas a cuidar de ella? ¡Tú no has estado con una embarazada en tu vida!

—Bueno, pues ahora sí —dijo enfadado; entonces cambió de tema bruscamente—. ¿Está Marshal en la oficina?

—Eso creo.

—Dile que me llame al número que te he dado en cuanto tenga un rato libre.

—Muy bien. ¿Algo más? —le preguntó con brusquedad.

—No. Solamente ocúpate de las notas que te voy a enviar y asegúrate de que llegan a manos de Marshall.

—¿Jack?

Suspiró largamente.

—Irene, si me vas a echar el sermón otra vez, te voy a despedir. Y ahora mismo.

—Iba a preguntarte si Jillian te ha contado lo del compromiso de Trent.

—Me llamó anoche.

Qué pena que no había contestado al teléfono antes de hacerlo Grace. Una confesión voluntaria por su parte quizá le habría hecho ver las cosas de otro modo.

Después de pasar una semana en la cama, Grace se estaba volviendo loca. Nunca había sido una persona a la que le gustara estar sentada, mucho menos tumbada, y se sentía muy frustrada de no

poder salir al jardín o bajar a la playa, o ni siquiera ir a la cocina a beber agua.

Pero había dejado de perder líquido y el médico estaba muy contento. Sin embargo, cuando le había pedido que la dejara levantarse, él se había negado. No quería arriesgarse y Grace no discutió con él. Al final no le importaba lo que tuviera que soportar. Haría lo que fuera para que el bebé naciera sano.

Durante los últimos días, Jack le había llevado un montón de libros y revistas para leer y había instalado el televisor en su dormitorio para que se entretuviera. Le puso un segundo teléfono en la mesilla de noche y se aseguró de que tenía todo lo que le apeteciera de comer y beber. Le tenía limpios sus camisones favoritos y le había comprado un reproductor de discos compactos y varios de estos de música clásica.

Como Jack era tan amable con ella, le había resultado imposible seguir enfadada. Y cuando su rabia se disipó, también lo hizo la horrible tensión entre ellos. Grace había sentido un gran alivio de poder charlar con él otra vez. Hablaban de todo menos de lo que Jack le había hecho.

Su compañía era un bálsamo en su confinamiento y no podía negar que le alegraba los días. A pesar de su resolución inicial de no perdonarlo, a medida que pasaban los días se le iba ablandando el corazón. Sin embargo no podía creer que solo estuviera haciendo todo eso por su bien. Había cometido ese error ya una vez y no estaba dispuesta a repetirlo.

Durante la pasada semana había pensado mucho y llegado a la conclusión de que en realidad había sido una mujer afortunada. De no haber descubierto quién y cómo era Jack cuando lo había hecho, el asunto podría habérsele ido de las manos.

Volviendo la vista atrás, se dio cuenta de que se había estado enamorando de Jack. Pero gracias a Dios que eso había parado cuando se enteró de su engaño. Aun así, cada vez que lo miraba le dolía, y la atracción que había sentido hacia él seguía tan fuerte, sino más, que antes. Pero la verdad le había abierto los ojos a Grace y miraba las cosas desde un punto de vista realista.

El interés que Jack había mostrado por ella había sido totalmente calculado. No dudaba que seguía siendo así. Y aunque no la hubiera engañado, había reconocido abiertamente que no quería volver a casarse. Lo máximo que habría sacado de Jack Barrett habría sido un corto romance. Lo cual habría echado a perder cualquier esperanza de ser feliz en el futuro. Porque, mentiras o no, sabía instintivamente que teniendo a Jack como amante los demás hombres no le llegarían ni a

la altura del zapato.

Jack llamó a la puerta suavemente y Grace volvió la cabeza. Estaba a la puerta de su dormitorio, y una leve sonrisa iluminaba su apuesto rostro.

—Tienes visita. Le dije que quería asegurarme de que estabas visible cuando entrara.

Inmediatamente Grace se incorporó y se cubrió el vientre con la sábana. Desde que había estado confinada unos cuantos compañeros de clase la habían llamado por teléfono, pero ninguno había ido a verla.

—¿Una visita? ¿Quién?

Se acercó a la cama.

—Una señora menuda de pelo canoso. Me ha dicho que se llama Kate.

—¡La señorita Kate! ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —exclamó Grace.

—Su hijo la dejó aquí de camino a la ciudad. ¿Querrá beber o comer algo si se lo ofrezco?

La idea de que Jack hiciera de anfitrión, tal y como si fuera su esposo, la conmovió de un modo que no quería ni pensar.

—A la señorita Kate le gusta el té helado con limón y azúcar. Con mucho limón y mucho azúcar.

Jack le hizo una señal con el pulgar como que la había entendido.

—¿Y tú, qué quieres?

Quería que las cosas fueran distintas entre ellos.

—Cualquier cosa, Jack. Sé que piensas que soy una mujer difícil de complacer, pero no lo soy.

Jack se acercó a ella y le puso el dedo bajo la barbilla.

—Sé que no lo eres, Grace. Si lo fueras, estar aquí contigo me resultaría mucho más fácil.

Ella frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido, Jack.

Le acarició la mejilla y fue hacia la puerta.

—Bien —dijo antes de salir—. No quiero que le encuentres sentido.

Antes de que Grace tuviera tiempo de pensar en su extraño comentario, la señorita Kate entró por la puerta. Llevaba un vestido de algodón estampado, una pamela y zapatillas de tenis.

Al ver su querida y arrugada carita, a Grace se le saltaron las lágrimas y le tendió la mano a la mujer.

—Señorita Kate, no tenía por qué molestarse en venir.

Kate le apretó la mano con sus huesudos dedos.

—¿Y si quería hacerlo?

Grace sonrió.
—Entonces me alegro infinitamente de ello.
Kate le dio una palmada en el hombro.
—¿Cómo estás, hija?
—Mucho mejor. Pero el médico no quiere que me levante. Dice que en cinco días podré hacerlo. Para entonces no habrá problema si me pongo de parto.
—¿Y cree que eso te ocurrirá cuando te levantes y empieces a moverte?
—Sí —dijo Grace sonriendo—. No puedo más. Estoy tan cansada de esta cama. Y ya tengo ganas de ver a mi bebé.
Kate asintió y se quitó la pamela.
—Yo también.
—Siento no haber podido hacerle la colada, señorita Kate. Pero en cuanto tenga al niño, iré a ayudarla.
La mujer se echó a reír e hizo un gesto con la mano rechazando sus palabras.
—La colada me importa un comino. Es tu violín lo que echo de menos. Y tu compañía.
Grace adoptó una expresión nostálgica.
—Cuánto me alegro de que el abuelo no esté aquí para verme. Estaría avergonzado.
Kate sacudió la cabeza.
—Ni hablar. Tu abuelo no era perfecto; nadie lo somos.
—No —concedió Grace tristemente—. Pero quería que estuviera orgulloso de mí. Sobre todo después de cómo salió mi madre. Detesto pensar que yo voy por el mismo camino.
Kate abrió la boca para decir algo, pero en ese preciso instante entró Jack con una bandeja de refrescos en la mano. Grace observó a la señorita Kate mientras esta miraba a Jack de arriba abajo.
—Grace pensó que quizá le apeteciera un poco de té con hielo, señorita Kate —le dijo mientras le pasaba un vaso.
Mientras Jack le daba otro a Grace, Kate dio un pequeño sorbo.
—Uy, qué bueno —dijo—. No tan suave como el de Grace, pero casi.
El halago hizo reír a Jack y Grace pensó en lo raro que debía ser para él hacer algo tan mundano como servirle a alguien un vaso de té.
—Gracias, señorita Kate, me halaga usted.
—¿A qué se dedica, joven?
Se colocó junto al cabecero de la cama.
—Soy abogado. Tengo un bufete en Houston, Texas.
—Yo estuve en Houston una vez, allá por los años cincuenta.

Demasiado grande para mí. Pero Texas es un lugar muy bonito —siguió mirándolo con atención—. Ha dicho abogado… Eso está muy bien. ¿Es usted bueno?

Jack sonrió con agradecimiento.

—Eso quiero pensar. ¿Por qué? ¿Tiene algún problema legal con el que precise ayuda?

—No. Pero quizá lo tenga… cuando me haga vieja. Uno nunca sabe lo que le deparará el futuro.

—Jack es el hombre que estaba en el bungaló de al lado, señorita Kate —Grace sintió la necesidad de explicarle.

La mujer miró a Grace.

—Sí, recuerdo que me lo dijiste —se volvió hacia Jack—. ¿Cuánto piensa quedarse?

Jack miró a Grace.

—Hasta que Grace tenga al bebé. Entonces volveré a Houston.

Solo de oírle decir que se marcharía pronto, a Grace se le partía el corazón sin saber por qué. No quería que se quedara con ella permanentemente. Tenía que continuar con su vida y él con la suya. Necesitaba olvidar el placer y el dolor que le había proporcionado.

—Qué pena. Grace va a necesitar ayuda cuando llegue el bebé.

—¡Señorita Kate! —exclamó Grace—. Ahora no es como antiguamente. En cuanto tenga al bebé estaré de nuevo en pie en dos o tres días. Puedo cuidar de mí misma. Y, además, Jack tiene trabajo esperándolo. No puede quedarse.

La mujer le puso mala cara.

—No he dicho que pueda quedarse, solo que es una pena que no pueda.

Grace suspiró y Jack se dio cuenta que era el momento de dejarlas.

—Voy a seguir trabajando —dijo—. Llámame si me necesitas.

Kate lo observó mientras salía por la puerta; entonces se inclinó hacia delante para acercarse más a Grace.

—Cariño, no puedes dejarle escapar. Está colado.

Grace supuso que con «colado» la señorita Kate se refería a su imponente físico.

—El físico no lo es todo, señorita Kate —dijo Grace algo molesta—. Mismamente, le he oído decir varias veces que Walter no era ninguna maravilla, pero que fue un marido maravilloso.

La mujer hizo un gesto de exasperación.

—No estoy hablando de aspecto, niña. Aunque tengo que reconocer que tu Jack es más que suficiente para hacer que una mujer pierda la cabeza.

Acaso no lo sabía ella demasiado bien, pensaba Grace con tristeza.

—¿Entonces en qué está pensando? ¿En su dinero?

Kate la miró con decepción.

—Yo nunca he tenido mucho dinero. Y, además, me importa poco —soltó.

—¿Entonces, qué…?

—Estoy hablando de amor —la interrumpió Kate—. Está por ti, cariño. Solamente que aún no lo sabe.

Grace se quedó boquiabierta, entonces soltó una carcajada mordaz.

—¡Oh, no, señorita Kate! No lo entiende. Jack no me está ayudando por… —se calló y cambió de cara—. Jack es el tío de Trent. Al principio no me lo dijo. Lo averigüé yo hace unos días. Me molestó tanto que le pedí que se marchara. Pero él… Bueno, no quiso irse cuando se enteró de lo que me pasaba.

Kate arqueó las cejas sugerentemente.

—Me preguntó por qué… —musitó en voz alta.

—Eso es algo que yo todavía no he averiguado. Pero creo que… Bueno, lo único que se me ocurre es que esté intentando quitarme al bebé. Seguramente piensa que no puedo ofrecerle la seguridad económica que creer que deba tener.

—¡Tonterías!

Grace la miró significativamente.

—¿Es que no entiende lo que le estoy diciendo? Jack me mintió. Me engañó a propósito. ¡Y yo confié en él!

—¿Tenía alguna razón para no decirte que era el tío de ese canalla?

Grace le contó la versión de Jack a Kate.

—Dice que estaba intentando proteger a su familia, porque en ese momento no me conocía —Grace terminó de explicar.

Kate tamborileó con los dedos sobre el brazo de la mecedora.

—Debió de ser una gran sorpresa para él. Llegar aquí y encontrarte embarazada de su sobrino.

—Si quiere saber mi opinión, creo que son los dos de la misma calaña —dijo Grace con amargura—. El tío no es mejor que el sobrino.

—¿Cómo piensas eso?

Grace la miró aturdida.

—¿Tengo que volver a decírselo? Ambos me mintieron. Los dos me engañaron para aprovecharse de mí.

Kate sacudió la cabeza.

—No, hija. Tu Jack no te mintió por él; estaba intentando proteger a su hermana. Hay una gran diferencia entre los dos hombres. Y tú no te das cuenta de lo más importante.

Grace la miró con desconcierto.

—¿Y qué es?

—Trent salió huyendo y te dejó en la estacada. Jack sigue aquí. Si eso no te dice algo, entonces será mejor que te compres unas gafas para esos bonitos ojos tuyos.

Capítulo 11

A la tarde siguiente las palabras de la señorita Kate seguían resonando en su mente, abrumándola aún más que el hecho de estar postrada en cama. No podía negar que Jack se había portado maravillosamente con ella aquellos días pasados. En realidad, había visto facetas de él totalmente desconocidas para ella. El hombre duro, cínico y extremadamente impaciente que había conocido los primeros días parecía haberse evaporado. El nuevo Jack era amable y bueno, incluso tierno. Y hacía más que llevarle y buscarle cosas; sacaba tiempo para sentarse a charlar con ella, para consolarla, para animarla a pensar en un futuro cercano, cuando estuviera fuera ya de la cama, cuidando de su recién nacido.

Grace sonrió con pesar. Durante esa última semana Jack seguía diciendo que el bebé sería un chico. Era casi como si quisiera que fuera un varón. A veces, incluso le daba la impresión de que tenía ganas de que naciera, como si él fuera su padre.

Grace se incorporó en la cama y empezó a cepillarse el pelo con un cepillo que tenía sobre la mesilla. Quizá Jack hubiera sido especialmente amable y considerado con ella. Pero eso no significaba que la amara y quisiera que estuvieran juntos.

De repente se detuvo. ¿Quería de verdad que Jack la amara? ¿Deseaba ser su esposa?

Con un gemido de angustia dejó caer el cepillo en su regazo; entonces se cubrió la cara con las dos manos.

Desde que se había enterado de su engaño, se había dicho a sí misma que lo odiaba, que solo toleraba su presencia porque no había nadie más que pudiera ayudarla. Pero, en el fondo, cuando pensaba en el día de su marcha, sentía un enorme vacío en el corazón. No podía imaginar los días y meses venideros sin ver su cara, su sonrisa, las arrugas que se le formaban alrededor de los ojos al sonreír, o no poder escuchar el timbre de su voz.

Lo mejor sería que se enfrentara a ello, pensaba Grace con tristeza. Se había enamorado de Jack. Cuando entró aquel primer día en su jardín, también lo hizo en su corazón. Ni siquiera su mentira había puesto freno a sus sentimientos.

¿Entonces, qué iba a hacer? Su bebé nacería en más o menos una semana. Estaba deseando tener a su hijo en brazos. Sin embargo su llegada significaría perder a Jack. ¿Cómo iba a soportarlo?

En eso estaba cuando oyó abrirse la puerta de entrada, y después una serie de golpes en el suelo. Antes, Jack le había dicho que iba a la ciudad a hacer algunos recados; debía de haber vuelto con un montón de bolsas de comida.

—¿Jack, eres tú?

—Sí, pero ahora estoy ocupado. Estaré contigo en cinco minutos.

Creyó oír la voz de otro hombre, y la puerta se abrió y se cerró unas cuantas veces más. Finalmente, asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—¿Cómo estás?

—Bien —dijo.

Al menos físicamente estaba bien. Claro que, no podía decir lo mismo de su corazón.

—Estupendo. Porque tengo algo que enseñarte.

Ella lo miró con escepticismo.

—¿Has comprado demasiada comida y no cabe en la nevera?

Él se echó a reír.

—No. Ni siquiera he estado en el supermercado. Pero he ido de compras —entró en el dormitorio y fue junto a ella—. ¿Crees que te haría mal si te llevara al salón?

—¿Había otra persona ahí contigo? —le preguntó con sospecha.

—Un repartidor. Pero ya se ha marchado.

Se puso una fina bata de algodón y se adelantó hacia el borde de la cama.

—Si es tan importante, entonces iré hasta la puerta del dormitorio y me asomaré al salón —le dijo—. Peso demasiado para que me lleves en brazos.

—¡No! No debes caminar más allá del cuarto de baño —discutió mientras se agachaba para levantarla en brazos—. No soy un debilucho. Te llevé en brazos en la playa, ¿te acuerdas?

—Sí —murmuró con voz estrangulada mientras le echaba los brazos al cuello.

La levantó en brazos y la miró a la cara, que estaba a pocos centímetros de la suya. Desde el momento en que había abrazado a esa mujer, la había deseado. Pero hasta esos días pasados, con la salud del bebé en peligro, no se había dado cuenta de la magnitud de sus sentimientos hacia Grace. No se trataba de que la deseara; la amaba. No solo tenía la necesidad de saber que en un futuro ella y el bebé tendrían seguridad económica; deseaba ser él quien se la diera. Los necesitaba para tener una vida plena; para que tuviera significado. Sin embargo no estaba nada seguro de que ella estuviera dispuesta a creer lo que albergaba su corazón.

—No he olvidado ni un momento ese día, Grace —dijo—. Te sigo deseando tanto como entonces.

Su confesión le abrió una herida en el pecho. Cerró los ojos y sintió un gemido brotar de su garganta.

—Jack, no…

—Grace, sé que no puedes perdonarme por no decirte quién era. Pero te pido que lo intentes. El bebé llegará pronto. Y yo… no puedo volver a Houston pensando que todavía me odias.

Escondió la cara, apoyada en el hombro de Jack y luchó por no derramar las lágrimas que tanto deseaba derramar.

—Será mejor que me lleves al salón. No podemos… hablar de nada así de pie.

—De acuerdo —accedió Jack—. Cierra los ojos hasta que te diga que puedes abrirlos.

—¿Por qué?

—No preguntes por qué, simplemente haz lo que te digo —le ordenó suavemente.

Grace cerró los ojos y sintió la fuerza de su cuerpo mientras la sacaba del dormitorio. Momentos después la sentó en el sofá con delicadeza. Jack se puso de cuclillas junto a ella y dijo:

—De acuerdo, ya puedes abrirlos.

Los abrió y miró a Jack, que sonreía con satisfacción. Él le indicó que mirara hacia la izquierda, y al hacerlo, abrió mucho los ojos y la boca de pura sorpresa.

En el centro del salón había varias piezas de mobiliario de bebé fabricadas en madera lustrada.

—¡Oh! ¡Oh, Dios mío!

Empezó a incorporarse, pero antes de que pudiera hacerlo del todo, Jack la empujó suavemente para que se tumbara de nuevo.

—No. Tú quédate donde estás. Te traeré todo aquí más cerca para que puedas mirarlo mejor —le dijo.

—¡Jack! ¡Es precioso!

Con una tímida sonrisa en los labios, Jack le acercó la cuna para que pudiera tocarla desde donde estaba.

—Me costó un poco encontrar una tienda de bebés, pero finalmente lo conseguí e hice unas cuantas compras.

—¡Unas cuantas compras! El bebé tendrá al menos diez años antes de que necesite nada más —exclamó.

Además de la cuna, había un enorme moisés con su pequeño colchón, más un cambiador. Desde donde estaba tumbada vio que dentro de la cuna había un montón de paquetes de ropa de bebé, pañales, ropa de cama y peluches.

—Está todo hecho en madera de cerezo —le dijo mientras ella pasaba la mano por el borde de la cuna—. Y cuando sea lo suficientemente mayor para dormir en cama, tienen una a juego con todo esto. ¿Te gusta?

Ella miraba de un lado a otro con perplejidad.

—Es… No sé qué decir —dijo con voz quebrada—. No puedo creer que tenga algo tan bonito para el bebé. Pero tú…

Se sentó en el sofá en un hueco que había entre las piernas de Grace.

—Me dijiste que ibas a poner el dormitorio del niño en la habitación vacía junto a la tuya. No sería un cuarto muy completo sin muebles.

Jack empujó la cuna que empezó a balancearse de un lado a otro y Grace no pudo dejar de sonreír mientras imaginaba al bebé quedándose dormido con el suave movimiento.

—Limpié la habitación hace tiempo pensando en hacer allí un cuarto para el bebé, cuando tuviera ahorrado lo suficiente para comprar muebles de segunda mano. Pero esto… —lo miró a la cara—. ¡Es madera de cerezo auténtica! ¡Debe de haberte costado una fortuna!

Le fue a tomar la mano y sintió una emoción tremenda cuando ella no la retiró.

—Grace, por primera vez en mucho tiempo he disfrutado comprando algo. Toda mi vida he tenido dinero, pero nunca significó nada para mí. Y ahora sé por qué. No tenía a nadie con quien compartirlo.

Ella lo miró con incredulidad.

—Tuviste a tu esposa.

Hizo una mueca de sarcasmo mientras sacudía la cabeza.

—No. Lenore no quería compartir nada. Esperaba y exigía todo lo que pudiera darle y más —su expresión se suavizó mientras la miraba a la cara—. Pero creo que… cuando te lo doy a ti… Creo que significa algo para ti. ¿Me equivoco?

De pronto se le saltaron las lágrimas y le echó los brazos al cuello.

—Oh, Jack, todo lo que has hecho por mí significa mucho. ¿No sabes por qué? —le susurró junto a la mejilla.

Él la abrazó y empezó a acariciar la larga y sedosa melena.

—¿Quiere decir esto que me has perdonado?

Se apartó de él lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—No habrás comprado todo esto solo para hacer las paces, ¿verdad?

—No. Es para ti y el bebé, porque lo necesitas y yo quería que lo

tuvieras. Esa es la única razón.

Ella tragó saliva con dificultad mientras le acariciaba el mentón.

—No… No estarás pensando en quitarme al niño. Al principio así lo creí, pero ahora…

—¡Grace! —dijo en tono de acusación—. ¿Cómo puedes creer eso?

—¿Es que no lo entiendes, Jack? Aparte de mi abuelo, nadie se ha preocupado lo suficiente de mí como para darme nada. Por eso me cuesta tanto trabajo creer que no lo estás haciendo por otros motivos.

—Bueno, pues debes creerlo —le dijo rotundamente—. Pero supongo que sigues pensando que todo lo que sale de mi boca es mentira. Y si es así… no te lo voy a echar en cara. Pero tú y el bebé sois muy importantes para mí, Grace. Más de lo que sabrás nunca.

Grace cerró los ojos y aspiró profundamente. Poder tocarlo otra vez, aspirar el aroma de su cabello y de su piel, sentir el calor de su cuerpo junto a ella era lo más maravilloso que había sentido jamás. Jack era parte de su ser. Sin él, se moriría.

—Oh, Jack. Hace días que te he perdonado —murmuró.

Jack le acarició la mejilla suavemente y al abrir los ojos Grace vio la duda reflejada en sus ojos.

—Pues desde luego me has engañado muy bien —dijo—. No te he visto sonreír desde… bueno, desde que fuimos a comer a la playa.

Un dolor le atravesó el corazón y Grace deseó poder volver a disfrutar de unos momentos como aquellos. Sin embargo se daba cuenta de que eso era imposible.

Jack tenía su vida en Houston, y pronto se marcharía. Y aunque pudiera convencerlo para que se quedara un poco más, al final no funcionaría. No era un hombre que pudiera quedarse de brazos cruzados. Tenía que trabajar, ejercer su profesión de uno u otro modo. Y, además, el bebé ya habría nacido. El bebé de Trent. Sería mucho pedir esperar que olvidara que era su sobrino y tratarlo como a su propio hijo.

—No he sonreído porque…

Lo que en realidad quería decir era porque lo amaba, porque no quería que se marchase. Porque quería que estuvieran juntos, para siempre. Coma una familia.

—¿Porque qué? —le preguntó Jack.

—He estado preocupada —soltó lo primero que se le ocurrió.

—¡Preocupada! Maldita sea, Grace, eso es…

Esa vez fue Jack el que tuvo que callarse a mitad de frase, ya que alguien llamó a la puerta. Tanto Jack como Grace se volvieron a mirar hacia allí.

—¿Quién podrá ser? —Jack le preguntó mientras se ponía de pie.

Grace estaba igualmente desconcertada. Raramente iba gente a su casa, excepto los alumnos de violín o la visita que le había hecho la señorita Kate días atrás.

—Quizá el repartidor olvidara algo. O tal vez sea uno de mis alumnos.

Mientras Jack iba a contestar la puerta, Grace se relajó sobre los almohadones que había en un rincón del sofá.

Estaba a punto de sacar un pequeño oso de peluche marrón de la cuna cuando oyó la voz de Jack.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Más que una pregunta, era una dura exigencia, y Grace volvió la cabeza hacia donde estaba él.

—¿Jack? ¿Quién es?

Jack la miró con expresión sombría; entonces, como toda respuesta, abrió la puerta de par en par y la otra persona entró. Aunque estaba medio tumbada en el sofá, Grace pensó que iba a desmayarse al ver entrar a Trent.

—Hola, Grace.

Lo miró atónita mientras él se dirigía hacia ella. Su aspecto era el mismo de siempre. Era alto y delgado, con el cabello rubio y corto. Sus caros pantalones y mocasines eran del mismo estilo que había utilizado cuando había estado allí la otra vez. Al igual que el reloj de oro que llevaba en la muñeca. Todo en él era igual que meses atrás. Sin embargo, a sus ojos parecía tan distinto; y Grace adivinó que era porque lo veía de otro modo. Y, comparado con Jack, no era más que un niñato adinerado y superficial, que no sabía lo que era amar a una mujer.

—¿Qué estás haciendo aquí? —repitió la pregunta de Jack.

—Yo… —miró a su alrededor mientras Jack cerraba la puerta—, ¿Qué estás haciendo tú aquí, tío Jack?

Con expresión pétrea, Jack asintió hacia Grace.

—Creo que deberías contestar a la pregunta de la señorita, ¿no te parece?

Trent se puso de pronto colorado y Grace se figuró que la imponente presencia de Jack era más que suficiente para bajar a Trent de su pedestal.

—Quería hablar contigo, Grace —dijo sin rodeos.

Ella arqueó las cejas con escepticismo.

—¿No has oído hablar del teléfono?

Trent se encogió de hombros, se metió las manos en los bolsillos y miró a su tío con nerviosismo.

—Quería hacerlo en persona. Me supongo que al menos te debo

eso, ya que… Bueno, ya que hace tiempo que no te veo.

—¿Quieres decir desde que la dejaste embarazada y luego la abandonaste? —le preguntó Jack en tono claro y amenazador.

Trent miró asombrado a su tío.

—¿Qué sabes tú de esto?

—Lo suficiente —le soltó.

Trent arrugó el entrecejo y empezó a balancearse nerviosamente de un lado a otro.

—¿Tío Jack, te importaría mucho si Grace y yo habláramos a solas? Esto es entre nosotros.

Jack le dirigió una mirada a Grace y el corazón se le derritió.

—¿Quieres que me marche?

Durante la última semana Grace se había dado cuenta de que necesitaba a Jack. Pero hasta ese momento no fue consciente de lo mucho que necesitaba su fuerza, su bondad y, sobre todo, su amor. Si no supiera demasiado bien que la regañaría por ponerse de pie, se habría levantado y habría ido a su lado. En vez de eso, sacudió la cabeza.

—Lo que tengas que decirme, Jack puede oírlo también.

Trent miró a Jack y luego a Grace.

—Así que estáis juntos.

Como si Jack le hubiera adivinado a Grace el pensamiento, fue hacia el sofá y se sentó junto a ella. Le puso la mano sobre la pantorrilla.

—Suelta lo que has venido a decir, Trent —le dijo Jack.

Trent respiró hondo. Se veía que eso de enfrentarse a Jack le había puesto nervioso.

—Bueno, yo… Hace unos días me he prometido en matrimonio —dijo.

—Tu madre ya nos lo ha comentado —le informó Jack—. Lo sabemos.

La expresión angustiada de Trent se convirtió en la viva imagen del pánico.

—¿Sí? No le habrás contado nada sobre Grace, ¿verdad?

—Solo porque no quería que Grace sufriera.

Trent se relajó visiblemente.

—Oh, menos mal. Sabes que mamá no entendería todo esto.

—No —dijo Jack en tono seco—. Eso es porque en realidad no te conoce.

Trent puso mala cara.

—Bueno, sé que no me odiaría. No es tan cerrada.

—No. Ahora que lo pienso, lleva todos estos años dejando que te

salgas con la tuya. Pero supongo que esta vez temes que pueda cortarte el grifo de dinero y encima decírselo a tu prometida.

Trent se puso tenso.

—No estás siendo justo, tío Jack. Por lo que he visto, tú no llevas una vida modelo, que se diga.

—Jamás me las he dado de perfecto —reconoció—. Y si he actuado mal, al menos me he asegurado de no hacer sufrir a nadie, aparte de a mí mismo. Pero tú… No te paraste a pensar que tus mentiras y tus caprichos pudieran hacer sufrir a Grace. Solo pensaste en ti mismo. Y si no me equivoco, estás ahora aquí porque sigues pensando en ti mismo.

—¡Quiero estar seguro de que Grace no se va a presentar en mi boda, por amor de Dios!

Grace soltó una risotada mordaz.

—¡Qué presunción! Me importa un bledo con quién o cuándo te cases.

—Quizá no te importe —dijo en tono seco—. Pero tal vez te presentes para pedirme que te dé una contribución económica por el niño.

Sabiendo el daño que le estarían causando las palabras de Trent, Jack le tomó la mano y se la apretó suavemente.

—Lo único que quería de ti para este niño era un poco de reconocimiento por tu parte —le dijo a Trent—. Solo para que él o ella supiera quién era su padre. Pero ahora me alegro porque ya no quiero eso. No deseo que este niño se vea expuesto a un ejemplo tan lamentable.

Trent la miró con rabia.

—No estás en posición alguna de ponerte altanera conmigo. No tienes un duro. Puedo darte compensación económica por el niño si eso es lo que quieres.

—¿Acaso no la has oído? No quiere —dijo Jack con brusquedad.

—Mira, tío Jack, por eso vine aquí. Sé que Grace no tiene dinero y quiero resolver esto antes de mi boda. No quiero que mamá o mi prometida sepan de Grace o del bebé. Solo causaría problemas innecesarios.

—Es Grace quien yo no quiero que tenga problemas innecesarios —le respondió Jack.

Trent le puso a su tío mala cara.

—Entiendo que Grace necesita una ayuda económica para el bebé, y estoy dispuesto a…

—No entiendes nada —lo interrumpió Jack—. Dejaste a la mujer más maravillosa que podrías haber conocido jamás. Podrías haber

tenido un hijo, una maravillosa familia, pero lo echaste todo por la borda. No fuiste hombre suficiente para darte cuenta siquiera de lo que tenías.

Trent de pronto se fijó en el mobiliario del cuarto del bebé y en su tío, sentado junto a Grace y agarrándole de la mano.

—Parece que has salido ganando gracias a mi estupidez.

Grace miró a Jack y lo que vio en sus ojos hizo que el corazón le saltara de esperanza y asombro. ¿Sería posible que la quisiera a ella y al bebé? Antes de que le diera tiempo a pensar en ello, Jack dijo:

—Cuando conocí a Grace, planeé hacerme responsable de ella y del bebé, y es una tarea que me hace feliz. ¿Crees que podrás vivir con eso? ¿Te molestará saber que estaré criando a tu hijo como si fuera el mío?

Trent los miró a los dos y seguidamente sonrió con pesar.

—En lo que a mí se refiere, el bebé es y será siempre tuyo, tío Jack. Creo que debo vivir y aprender mucho antes de poder ser padre. Al menos, antes de poder llegar a ser un buen padre. Y espero que ninguno de los dos me odiéis por renunciar a todos mis derechos.

—No puedo odiarte, Trent. No cuando he ganado tanto —le dijo Jack—. Pero no puedo hablar por Grace. Ella es la persona a la que tú maltrataste.

Grace sacudió la cabeza mientras le echaba el brazo a Jack por la cintura.

—Jamás te odié, Trent. Y aunque lo hubiera hecho, ahora me resultaría imposible. Todo esto nos ha juntado a Jack y a mí. Quizá tú y tu futura esposa seáis tan felices como lo vamos a ser nosotros. Te lo deseo de corazón.

Él asintió y sonrió con humildad.

—Bueno, parece que no hay mucho más que decir, excepto daros las gracias a los dos. Y desearos toda la suerte del mundo. Yo me vuelvo a Houston esta noche.

Jack se levantó del sofá y acompañó a su sobrino a la puerta.

—¿Os mudaréis Grace y tú a Houston dentro de poco? —preguntó Trent al salir al porche.

Preso de una gran emoción, Jack sonrió. Ya que sabía lo que pensaba Trent de todo ello, no había nada que le impidiera empezar una nueva vida junto a Grace y el bebé.

—No. No creo que Houston sea un buen sitio para nosotros.

A Trent le sorprendió su respuesta.

—¿Y qué pasará con la empresa?

—Tendrá que continuar sin mí.

Cuando Trent se marchó, Jack cerró la puerta y volvió a donde

estaba Grace.

Ella lo miró con inquietud mientras él se sentaba a su lado.

—Jack, sé que me he tomado unas cuantas libertades hace un momento con Trent al darle la impresión de que tú y yo estábamos… bueno, que íbamos a vivir juntos. Pero me di cuenta de que…

—¿Qué te amo?

Grace se quedó sin aliento.

—¿Cuándo has llegado a esa conclusión?

En los labios de Jack se dibujó una sonrisa jubilosa y enigmática al mismo tiempo.

—No estoy seguro. Quizá fue cuando te vi con Joshua, diciéndole que muy pronto podría interpretar a Strauss, o quizá cuando me serviste aquel té frío con limón después de portarme como un verdadero zopenco. No lo sé. Pero desde el día que estuvimos en la playa supe que no podría marcharme y no volverte a ver. Aunque después creyeras que era la persona más mentirosa del mundo.

Ella sacudió la cabeza y él le tomó las manos.

—Oh, Jack, durante estos días no he hecho más que repetirme lo imbécil que he sido por enamorarme de ti. Tu vida es…

—Va a cambiar. Gracias a ti.

—Somos tan distintos —dijo, llena de dudas—. Yo jamás encajaría en tu estilo de vida. No estoy tan segura de querer aunque pudiera. Quiero criar a mi hijo en un ambiente relajado y familiar.

—¿Como por ejemplo aquí?

Ella asintió y él le acarició el cabello con cariño.

—Y yo entiendo que tu vida y tu trabajo están en Houston —siguió diciendo Grace—. No podría pedirte que lo abandonaras todo por mí.

Jack gimió al ver su expresión de angustia.

—Grace, acabo de oírte decir a Trent que íbamos a ser muy felices juntos.

—Solo es lo que a mí me gustaría que pasara.

—Oh, cariño mío —dijo mientras la abrazaba—. Vamos a ser muy felices. Mucho.

—Tú dijiste que no querías volver a casarte. Dijiste que estando soltero eras más feliz que un niño con zapatos nuevos.

—¿Por qué tienes que acordarte de una cosa así? Eso fue antes de saber lo que significaba amar a alguien de verdad —murmuró mientras le frotaba la oreja con la nariz—. Antes de que me ayudaras a darme cuenta que hay un montón de cosas ahí fuera que me estaba perdiendo.

—Pero tu trabajo…

—Mi trabajo estaba acabando conmigo. El médico tuvo que

obligarme a que salir de la oficina. Pero has sido tú la que me has hecho ver lo que de verdad sentía y siento hacia mi trabajo.

Ella se echó hacia atrás para estudiar su expresión.

—¿Y qué es lo que sientes? —le preguntó.

—Que no me gusta. Y eso me ocurre hace mucho tiempo. A lo mejor nunca me gustó —reconoció con seriedad—. Me hice abogado para complacer a mi padre y porque creí que haciéndolo, yo también estaría contento. Pero ahora me doy cuenta que necesito más, Grace. Quiero hacer algo que valga la pena, algo más que pasar enormes cantidades de dinero de una empresa a otra.

—No he tenido el honor de verte en un tribunal —dijo Grace—, pero estoy segura de que eres muy bueno en tu trabajo. Sería una pena malgastar tu talento. Pero si no te hace feliz, yo seré la primera en animarte a dejarlo.

Jack le sonrió maravillado mientras le acariciaba la mejilla.

—A pesar de ser muchos años más joven que yo, eres muy madura y sabia.

Ella sacudió la cabeza.

—No. No siempre, Jack. No vi la verdadera naturaleza de Trent hasta que no fue ya demasiado tarde. Pero no me arrepiento de haber concebido este bebé —lo miró a los ojos con delicadeza—, ¿Ibas en serio al decir que tenías la intención de criar a este hijo como si fuera tuyo?

Jack le puso las manos sobre el vientre y sonrió al sentir que el niño se movía.

—«Es» mío. Hace tiempo que reivindiqué mi derecho sobre él y sobre ti. Lo que pasa es que tú no te diste cuenta.

Ella se echó a reír, con el corazón rebosante de dicha.

—Creo que a ti también te costó darte cuenta —se burló Grace; entonces se puso seria—. Pero si quieres volver a Houston, lo haremos. Solo tendrás que darme unos días para que me recupere después del parto.

Jack se apresuró a sacudir la cabeza.

—Acabo de decirle a Trent que no vamos a volver a Houston. Creo que aquí estaremos mejor. He estado pensando lo que voy a hacer y he decidido que quiero hacerme abogado defensor. El ayudarte a ti y al bebé me ha hecho cambiar. Y sé que será bueno ayudar a otras personas. Biloxi es lo suficientemente grande para practicar la abogacía. Y no será un problema encontrar un pequeño edificio de oficinas. Y en cuanto a tu música, se me ha ocurrido algo.

Grace le sonrió asombrada.

—¿Has pensado también en eso?

Él se echó a reír y alzó la mano para acariciarle un pecho.

—Entre otras cosas —reconoció—. Pero ya has dicho que no te quieres mudar de aquí para enseñar música. Me gustaría construir un centro de música, donde todos los niños, ricos y pobres, puedan aprender a tocar a Strauss o a Chopin.

Grace rompió a reír y a Jack le pareció que estaba escuchando música celestial.

—No solo enseñaré a Strauss o a Chopin, sino también las melodías de Bob Willis o los Texas Playboys. Después de todo, me voy a casar con un playboy texano. Sería muy apropiado, ¿no te parece?

Apoyó la mejilla sobre su pecho y sintió el fuerte latido de su corazón.

Él gimió y la estrechó entre sus brazos.

—Mis días de armonía no han hecho más que empezar. Contigo.

—¿Quiere decir eso que vas a dormir conmigo esta noche? —le preguntó con esperanza.

—Dormir, sí. El resto tendrá que esperar hasta dentro de unas semanas.

Le alzó la cabeza y la besó dulcemente.

—Lo siento mucho, Jack —le susurró con pesar y deseo.

—No lo sientas, amor mío. No me voy a morir por un par de semanas más. Pero ahora mismo te voy a llevar a la cama. Llevas demasiado rato sentada y ya es hora de que prepare algo para cenar.

Ella no protestó, pero cuando la dejó suavemente sobre la cama, le agarró de la mano y tiró de él.

—Hay algo más que quiero decirte, Jack.

—¿Qué me amas?

Grace sonrió y le acarició la mejilla.

—Aparte de decirte que te amo, quiero que sepas que no te he preguntado cuánto gana un abogado defensor porque no me importa si tu salario es modesto. En realidad, no me importaría si me hubieras estado mintiendo todo este tiempo y no tengas un duro a tu nombre.

Él se echó a reír.

—No creo que a la tienda de bebés le hiciera mucha gracia si le devolvieran el cheque.

—Lo digo totalmente en serio, Jack. Si quieres regalar todo tu dinero, o si quieres que firme un acuerdo prenupcial diciendo que no heredaré ni un centavo, estaré más que dispuesta. Porque no quiero que dudes nunca de mi amor por ti.

De repente Jack la miró con seriedad.

—No tengo ninguna duda —le prometió.

—Pero ahora mismo estoy en una situación muy mala. Y cuando

vuelvas la vista atrás y lo recuerdes tal vez empieces a pensar que me casé contigo porque no tenía un duro.

Su risa se burló del comentario de Grace.

—¿Y esto lo dice una persona que me obligó a aceptar sus últimos diez dólares por arreglarle el aire acondicionado? Eh, Grace, tú eres una persona a la que le gusta dar, no tomar. Y siempre serás así —alzó la cabeza y la miró—. Y no habrá ningún maldito acuerdo prenupcial. Esto nuestro será para siempre. Y lo mío es tuyo. ¿Entiendes?

Ella asintió con timidez.

—Sí —murmuró—. ¿Pero comprendes que no tengo nada que darte a cambio excepto mi amor?

Él le sonrió con ternura.

—Eso es todo lo que espero de ti, mi querida Grace. Pero quizá quieras darme uno o dos niños más aparte de este; si quieres tú.

Como respuesta le agarró por la cabeza y le susurró sobre los labios:

—Lo haré en cuanto pueda. Pero ahora mismo me gustaría mucho que me besaras.

Sintió que Jack sonreía de nuevo.

—Ya es hora de comer. ¿No tienes hambre?

—De ti, Jack.

Él se tumbó a su lado y durante mucho, mucho rato, se olvidaron de la cena.

Cinco días después Grace y Jack se unieron en matrimonio. Tres días después de eso, nació Jack Elias Barrett. Pesó casi cuatro kilos y nació con el cabello tan negro como el de su madre. Su padre insistía en que los brillantes ojos azules del pequeño Jack pronto se volverían verdes como los de Grace. Y Grace no pensaba discutir con el presentimiento de su marido. Después de todo, no se había equivocado en cuanto al sexo del bebé. Y también había dado en el clavo con otra cosa muy importante. Fueron muy felices juntos.

Fin